15017

92
361

SEMBLANZAS DE POLÍTICOS

SEMBLANZAS

DE POLÍTICOS

POR

CONRADO SOLSONA Y BASELGA

1.ª Serie

Pí y Margall.—Navarro Rodrigo
López Domínguez.—Camacho.—Montero Ríos
Toreno.—Santa Ana.—Martos.—Bosch (A)
Cánovas del Castillo.—Moret.—Romero Robledo
Salmerón.—León y Castillo.—Silvela (F)
Gamazo.—Sagasta.—Vega Armijo
Pidal y Mon.—Martínez Campos
Azcárate.—Alonso Martínez
Gullón.—Castelar

ENTRADA
15 Marzo 88
REGISTRO FÓL.
MINISTERIO DE FOMENTO
0.021
DEPÓSITO DE LIBROS

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FE
Carrera de San Jerónimo, 2

BIBLIOTECA PROVINCIAL

Imprenta de Guillermo Osler, Espíritu Santo, 18.

MI PROGRAMA

«Si al prójimo ha de ofender
poniendo tilde en su fama,
sólo es bueno el epigrama
que se queda por hacer.

J. L. HARTZEMBUSCH.»

Después de lo copiado, ya no me queda nada que decir.

Si el lector se aficiona á mis bocetos, no le faltarán seguramente; pues no todos los hombres de la política van detrás, y asunto me sobra para escribir sobre los azares de la vida gobernante, y abundan en mi cartera los apuntes y las noticias de las grandezas y las debilidades de esta generación de hombres libres y hombres públicos.

Deme el cielo salud, la crítica apoyo y los lectores favor, y haremos licitamente conocido lo que hoy se oculta reservado por falsas consideraciones y nimias delicadezas.—VALE.

Solsona.

DON FRANCISCO PÍ Y MARGALL

Don Francisco Pí y Margall.

Hijo de un tejedor, nacido en tierra catalana, inspirado en doctrinas ideales, sometido al trabajo, sin ambición y sin pasiones, sin fortuna y sin deseo de adquirirla, tan sobrio de necesidades como ansioso de conocimientos, alma de artista, corazón de niño, inteligencia soñadora, reflexión trabajada, Pí y Margall es el más temible de los utopistas y el más desdichado infeliz é ingenuo de los hombres ilustres de la España contemporánea.

Si creyera en el Dios Padre de los católicos sería el más fanático; si creyera en cualquiera de las direcciones disidentes sería un sectario; pero no un musulmán, ni un fatalista, porque tanto poder concede al libre albedrío de la humana razón, que cree, y cree con toda su alma, que es posible hacer un mundo nuevo sobre el viejo mundo que habitamos con el panteismo de Hegel la economía de Proudhom y su concepto de las nacionalidades.

Es más federal que republicano, porque es más hacendista que político, y mejor administrador que gobernante. Vive de la teoría: parece en esto un filósofo subjetivo á lo Fichte, á la manera de aquellos filósofos que aspiraban á vivir, según los críticos, de su propia sustancia.

Hubo un tiempo en que Pí y Margall daba miedo á los propietarios y ponía el corazón de los terratenientes en la agonía. Era aquella época en la cual se hizo popular su preocupación contraria á la propiedad no colectiva. Y, en efecto, Pí y Margall es un socialista que cree en la propiedad común, que juzga que está mal repartido lo que lo está, que estima necesaria una transformación de los derechos reales, pero que quiere esta reforma por soluciones eminentemente teóricas, por medios jurídicos únicamente, por convencimientos y propagandas desinteresadísimos. Como aquel director de cocina que no quería abrir la concha de las ostras con el cuchillo, sino con la persuasión. Lo cual equivaldría á condenar á los aficionados á no probar en su vida el apetitoso molusco.

Si todos los que gritan en medio del motín: ¡mueran los ricos! Si todos los que pregonan la revisión de los títulos de propiedad pensaran como Pí sobre estas cosas, una revolución de los desheredados sería un idilio, un levantamiento de los reformistas sería un coro de iluminados, una revuelta de la gente menuda sería el espectáculo más entretenido del universo.

Suprimid los fusiles, las barricadas, las melenas sueltas, el rencor del que presume que lo ajeno puede ser suyo, los estragos de la predicación demagógica, el apetito del hambriento, la ira que produce el lujo en quien jamás ha visto satisfecha la necesidad; suprimid el ideal de la plebe, ese millón de desgraciados que funda su ventura en la posesión de lo que sobra á los otros, y habréis mellado el cuchillo y embotado el arma.

¿Qué más querrían las ostras de la ostentación y del lujo?

Pues ese es todo el programa económico, toda la aspiración intransigente de Pí y Margall.

No es otra su audacia federalista. De la nación le estorba la capital, de la monarquía la corte, de la población los grandes centros, de la patria el Gobierno, de la organización administrativa las oficinas, del Poder judicial el papel sellado, del Ejército las gerarquías, de la Iglesia el clero y el culto; todo lo que es centralización, todo lo que no se esparce, lo que no se distribuye, lo que no se limita, lo que no se desenvuelve, lo que es de todos y administran, rigen, decretan y se adjudican unos pocos: la fuerza, la autoridad, el derecho y la ley.

No quiere que la nación desaparezca, sino que se reparta en cantones; no quiere que el Estado se suprima, sino que se destornille; aborrece la unidad porque tiende al absolutismo; prefiere, á un sistema de rigidez, un organismo dislocado, y le parecen pocas las cuarenta y nueve provincias de

la Península española, y pocos los nueve secretarios de los Consejos del rey. Su República es la República del sentido popular menos enterado. Y por la lógica de esas extrañas coincidencias que juntan los extremos, su espíritu exaltado y su razón cultísima, y la más afilada y sutil de sus teorías, encarnan la intuición inculta y desapoderada de los que ven en la República un sistema que todo lo descompone, lo revuelve y lo confunde.

Su propaganda, inspirada por estas preocupaciones, no hace monárquicos, pero conserva los que hay, y hace republicanos, no por las causas que como tales define, sino por los efectos que surgirían fatalmente de sus propias predicaciones.

Consecuente con su frialdad, que asegura para todo el porvenir la misma consecuencia, un día fué declarado jefe de la minoría republicana, y el mismo día, por no ejereer aquella autoridad, entregada á un hombre solo, dejó de asistir al Parlamento. Otro día fué Ministro, y gobernaron más que Pí y Margall todos los que se rebelaban contra el Poder Ejecutivo. No pudo suprimir el hecho de su vida ministerial, y suprimió el recuerdo, porque renunció la cesantía; y es el único ex ministro que, con derecho á tales emolumentos, no los cobra; y el mismo sueldo que rechaza lo necesita. Si cree que debe discutir los asuntos generales del Estado, los discutirá; si nó, conservará la boca cerrada y el argumento en silencio, y lo conservaría aunque el mundo se desplomara por su retrai-

miento, y el equilibrio del planeta vacilase. Esclavo de su deber, no reconoce otra obediencia que sea lícita, ni otra sumisión que no sea vergonzosa.

Más nieve que en su barba hebrea ha caído en su corazón estóico, más indiferencia que en su fisonomía inalterable hay en su condición espartana, y todo lo que es efluvio de las entrañas, expansión del semblante, viveza en los movimientos, luz en la mirada y ardor en la expresión de las ideas, lo ha suprimido; y hasta sus ojos son pequeños y su vista miope, porque aquella naturaleza, creada para la meditación, siente por dentro, vive por dentro, se enardece por dentro y mira hacia dentro.

Parece un hombre al revés, una figura vista por el forro, un secreto sin apariencias; no el símbolo del misterio, sino el misterio mismo, y no la esfinge que todo lo oculta, sino la escultura que lo muestra todo y que no dice nada. El fósforo de su cerebro se enciende y no ilumina más que su palabra; la sangre de sus arterias circula para la vida interior de sus ilusiones y de sus esperanzas, y no pasea como todos los demás el esqueleto, sino que su esqueleto pasea por el mundo cargado con la envoltura de aquel cuerpo que casualmente le destinaron para que viva como pueda.

Allá en sus intimidades no le conoce más que su familia modestísima, querida por él entrañablemente, adorable para todos en una vida ejemplar; y su tertulia ni siquiera es suya, la componen los

amigos de sus hijos; y sus distracciones son las más inocentes y las más ingenuas. No sabe de los salones más que lo que ha visto, si es que lo ha mirado en los escaparates de los mueblistas, ni de los teatros más que lo que le cuentan los periódicos, ni de la ostentación de la vida cortesana más que el ruído de los trenes; pero de la literatura lo conoce todo, del arte lo adivina todo, de la historia lo público y lo secreto; tanto de las religiones, que no lo debía enseñar en los libros, y tanto de la política, que de tanto saber ya parece en el Parlamento y en el gobierno un ignorante.

Juzga como absurdos los hechos más reales de la vida y tiene por axiomas los problemas más atrevidos de la ciencia. Decidle que un discurso hace un ministro y lo pondrá en duda; decidle que la química ha hecho un hombre y lo creerá como la cosa más verosímil y más natural de todas las cosas posibles.

Escribe con la sencillez clásica y con la elegancia de los latinos. Habla con la atracción de un enciclopedista y con la amenidad de un gran literato.

Es analítico implacable, y sus críticas parecen revelaciones, y las síntesis de su pensamiento son el mayor peligro para las inteligencias que no se han formado todavía. No se le puede leer con prevención porque persuade, ni oirle sin preocupaciones porque convence. Su voz atiplada hiere el oído y hiere la conciencia, penetra sutil como el viento

de las pulmonías y hace estragos en las inteligencias vacilantes.

Afortunadamente no es catedrático de ninguna Universidad. Si lo fuera, arrojaría sus discípulos á la vida pública y no habría paz en el mundo.

Vivirá muchos años. y son bastantes los que cuenta, porque la sobriedad en su alimentación es tal, que come para vivir exclusivamente. Ni conoce las comodidades, ni la vida muelle, ni el *confort*, ni el sibaritismo, ni el más ligero perfil del restaurant, ni nada semejante.

Siempre de negro, parece que lleva el luto anticipado de sus convicciones imposibles. Envuelto en amplia capa española, bajo las alas de un sombrero que le cubre las sienes, con paso precipitado y corto, asistía con precisión exactísima á las reuniones de la minoría republicana todas las noches del último invierno. Hablaba para responder, respondía para no transigir, y al sonar las doce daba el adiós á sus amigos, y acompañado por su hijo, que le esperaba, se dirigía á su casa. No se le ha visto en otra parte. Cuando pronunció su último discurso, algunos correligionarios suyos quisieron acompañarle con aparato de manifestación, y se ocultó en las habitaciones de un paisano, hombre del todo ageno á la vida política.

Los que le siguen le admiran, los que le tratan le quieren, los que no le conocen le respetan.

No mira al cielo como los poetas, sino á la tierra como los filósofos, porque desdeña todo lo que

está muy alto en la sociedad y en la vida, y dice que el cielo que vemos está arriba porque le miramos desde abajo, pues los que habitan en el otro hemisferio del planeta ven precisamente más alta aquella atmósfera opuesta que tenemos nosotros bajo nuestros pies.

Así coloca desde su punto de vista muy abajo lo que está muy arriba. Y así, cuando gobierna, deja que se ponga encima lo que está debajo.

¿Será una consecuencia de su metafísica ó será una ilusión de óptica?

¡Quién sabe!

DON CARLOS NAVARRO Y RODRIGO

Don Carlos Navarro y Rodrigo.

La muchedumbre tiene algo de la alondra, que padece fascinaciones y espejismos; algo de la mariposa, que ama la luz intensa y el mucho brillo; algo del salvaje, aficionadísimo á la música, y mucho de las primeras inclinaciones infantiles al aparato de las cosas. Navarro Rodrigo no será jamás el hombre de la muchedumbre, y el número lo juzgará siempre, si no con injusticia, porque esto supone intención de agraviar, con notoria inexactitud y lamentable error, porque no tiene su figura política el relieve que merece su personalidad moral.

Creen las gentes que Navarro debe ser un hombre de aptitudes ocultas, de recursos misteriosos, quizá de intrigas novelescas y de extraordinaria y

peligrosa inventiva, y no hay nada de semejantes maldades en aquella voluntad quebradiza y en aquel entendimiento flexible.

Se le teme por la rudeza y la energía de su palabra; se le caracteriza por la sonrisa nerviosa que parece forzada, como sonrisa de reflexión, y se le huye por el sello de seca frialdad tan bien impreso en sus facciones merecedoras por la firmeza de las líneas del seguro pincel de Wan-Dyk y de Vecelli. Al mismo tiempo, no se sabe qué extraña simpatía despierta la franqueza de su mirada y lo bien trazado de aquellos bigotes flamencos y de aquella perilla de la Guardia civil. Y como Martos y como Cánovas, lleva los lentes sin paréntesis en el uso indispensable de este aparato, porque entre todos nuestros prohombres de la política apenas hay alguno que vea más allá de sus narices.

Pero nada más distante de la verdad de su condición que las extrañas aptitudes que se le atribuyen. Navarro no sabe conspirar ni en paz ni en guerra, no sabe disentir, ni sabe ser buen enemigo—que bueno es como tal, sin que haya paradoja en el concepto el más malo y el que más daño hace—ni la ironía suya es desesperada como la de los humoristas, ni sangrienta como la de los desheredados del poder, sino agridulce, y cuando más salina, y nunca destilada, para que la digieran más fácilmente los mismos maltratados. Navarro no tiene envidia y apenas tiene ambición, y si la tiene, se le pasa pronto. Navarro ha descubierto una

buena cualidad siquiera en todos sus adversarios políticos, y habla de ellos confundiendo el favor y el disfavor. Navarro sirve de pedestal á poca gente, pero al amigo que quiere levantarlo, de un solo impulso lo saca del subterráneo y lo pone á caballo en la misma veleta. Navarro es una buena persona, con medios extraordinarios para flagelar á Sagasta y con una ausencia de mala voluntad, rayana más allá de la buena fe, en la confianza candorosa de que al fin se cumplirán los fallos de la justicia.

De esta manera, cuando se le debe temer es cuando se le olvida, y cuando se le quiere premiar parece que se le perdona. Ni ha tenido Sagasta en los últimos tiempos un posible adversario más fuerte, ni un historiador de su política más generoso, ni un amigo que mejor lo conociera, ni un ministro menos obligado y más agradecido.

Ha representado en las anteriores situaciones fusionistas el papel precisamente contrario al de aquel arrojado espíritu que echaba las valentías por la ventana.

—¡Si ese hombre se decidiera contra el presidente del Consejo de ministros!—Así exclamaba la grey, olvidada y descontenta.

Y Navarro contestaba:

—¡Pues ea! No se decide este hombre.

Y en efecto, no se decidió.—Y no fué ministro cuando podía exigirlo, sino cuando comenzaba á resignarse de que lo fueran todos antes que él mis-

mo.—Y es cierto que pronunciaba discursos de agria oposición contra el jefe de su partido y vertía el agua helada en las rectificaciones.—Y no hay duda que su política de conciliación entre todos los elementos liberales, suya fué antes que de nadie, y pareció antes que suya, de los mismos que la combatieron.—Y está claro que el sufragio de todos lo defendió primero que ninguno, y hoy parece que Gamazo lo proclama y que Sagasta lo aconseja.—Y es verdad que puede ser frecuentemente el pensamiento del gobierno, pero le obligarán á que él mismo lo diga para que no falte quien lo dude —Y á nadie se le oculta, de cuantos le han seguido á corta distancia, que su talento clarísimo, la rápida percepción de cuanto le es ajeno y la facilidad de asimilarse y digerir bien todo lo que lee, no brillan á su servicio como debieran, porque este personaje, que adivina del porvenir de la doctrina más que sabe de las intenciones de las personas, está lastimosamente dominado por una excesiva desconfianza en sí mismo y una lamentable ausencia del convencimiento de su propio valer, que pretende disimular y no lo consigue.

Al cristal hecho á soplos, dice Saavedra Fajardo que un soplo lo rompe, y el hierro hecho á martillo, al martillo resiste.—Pues bien, Navarro Rodrigo siente las preocupaciones del licenciado Vidriera, cuando parece á todo el mundo forjado como el acero en Toledo ó en Trubia.

Fué un gran periodista en la Edad Media del

periodismo, después del año cincuenta y cuatro y antes del año sesenta y ocho.—No ha sido mejor que los maestros de los días presentes; pero aventajó en penetración y en habilidad á cuasi todos sus antecesores y á cuasi todos sus contemporáneos. Su estilo no aparece bien definido, y sus artículos más se adivinarían por cierto dogmatismo de pura intuición y por alguna expresión sobremanera gráfica y exacta, que por las galas, siempre difíciles para este escritor, severo y frío á la manera inglesa, y franco y varonil como los historiadores aragoneses.

Se parece á D. Manuel Lasala, que no ve, cuando algo refuta, más que al autor de la invención; y no lo trata como á enemigo temible y aborrecido, este Navarro historiador, sino como á Presidente de ayuntamiento fusionista de la villa y corte de Madrid en año de gracia y de 1886, y en el primer tomo de una obra sobre la política del reinado de D. Alfonso XII.

Navarro comenzó á escribir en *La Epoca*, siendo por entonces, además de periodista, secretario particular de Ríos Rosas.

Desde luego sus artículos despertaron la curiosidad de las gentes y la preocupación del conde de Coello, propietario de aquel periódico, el cual propietario se oía interpelar frecuentemente por la causticidad de semejantes escritos. No estimando oportuna tanta fiereza en las columnas reposadas y en la actitud serena y comedida de aquella publi-

cación, Navarro fué llamado á capítulo en la forma siguiente:

—¿Sabe Vd. que ese modo de escribir es peligroso?

—No lo sabía, pero ya estoy enterado.

—¿Y que por ese camino se llega pronto á un lance de honor?

—Perfectamente, contestó Navarro.

—¿Y que el bautismo de sangre se recibe de un pistoletazo?

—Pues allá iré donde me quieran llevar.

—¿Y que teniendo en cuenta que Vd. es casi desconocido, compromete á sus compañeros, á quienes se querrá hacer responsables de los escritos que Vd. redacta?

—Pues si yo no he de responder de lo que escribo, procuraré enmendarme.

Y cuentan que se enmendó durante poco tiempo, porque prontamente se hizo público quién era el autor de aquellas filípicas tremendas.

La forma interrogante y cortés en que se amonestó á Navarro, respondía á la creencia general de que Ríos Rosas le inspiraba aquellos artículos, que no los inspiraba, siquiera respondiesen al pensamiento de aquel gran orador en todas ocasiones.

Después continuó en el periodismo y en la administración alternativamente, y desempeñó todos los destinos de la carrera, no necesitando representar al país para tener condiciones de alto funcionario, y habiendo cumplido en todos los empleos el

tiempo reglamentario que se necesitaba para ascender.—Como Salaverría.

Es, por lo mismo, Navarro Rodrigo, un hombre que, á convertirse en ley la opinión de los que creen que quien más tiempo sirvió al Estado menos razón tiene para que le respeten en su destino, hubiera sido jubilado irremesiblemente en lo mejor de su edad.

Llegó al Ministerio de Fomento por vez primera en 1874, y entonces se declaró enemigo del *Mac-Mahonismo*, política que vino á España mal importada de Francia, y que cifraba la salvación del país en confiar al duque de la Torre la jefatura del Estado durante un período de siete años, como la había conferido la nación vecina al mariscal del imperio. Discutió extensamente la tal solución con D. Cirilo Alvarez y con Núñez de Arce, combatiéndola sin vacilaciones, y el mismo Navarro se lamentaba de tener que oponerse constantemente á las grandezas que se querían acumular sobre el general Serrano, contra la regencia del cual hizo en los tiempos revolucionarios una elocuente campaña. Cierto es que el duque de la Torre fué regente, pero no fué *Mac-Mahón*.

En aquel mismo año de las interinidades republicanas, Navarro Rodrigo era un alfonsino á la larga; quería someter al carlismo y reconquistar la isla de Cuba, reprimir enérgicamente los trabajos de los generales conde de Balmaseda y Martínez Campos en favor de la restauración, y una vez dis-

persos los rebeldes y sometidos los supuestos conspiradores, convocar unas Cortes que proclamaran á D. Alfonso XII rey de España. Si esto lo pensaban todos los ministros y todos lo callaron en aquel tiempo, dejemos á la historia que los juzgue y á Dios que los perdone, ya que pudieron pecar por falta de sinceridad en el primer período y por sobra de previsión en el segundo.

Navarro Rodrigo había terminado su carrera política, había ascendido desde los puestos más humildes á los más altos en la gestión de la cosa pública, era ex ministro, era diputado en las Cortes de la monarquía, era dinástico y orador. No necesitaba más el presidente, Cánovas, del Gobierno conservador, para discutir con él en toda contienda política, y viose á la muerte de Ulloa cómo el jefe del mismo partido cuidaba con verdadera solicitud y mucho esmero de levantar la personalidad del ex ministro de Fomento á costa ó enfrente ó al lado de la de Sagasta. Ni una sola vez pronunció un discurso Navarro que no fuese contestado por Cánovas, y quizá y sin quizá que tal preferencia hubiese envanecido á cualquier mortal y encendido sus ambiciones. Pero Navarro agradece todavía aquella distinción, la recuerda con regocijo, la acaricia como envidiable preferencia, pero jamás hizo mérito de aquella *alternativa*—y perdóneseme la barbarie del nombre torero—ni para exigencias desmedidas, ni como argumento de pretensión y de solicitud.

A estas horas Sagasta tendrá olvidada aquella conspiración que no pactó, ni como tal podía aceptar el antiguo redactor de *La Epoca*; pero, ¿quién juraría que Navarro Rodrigo no ha pagado con el destierro de las altas regiones oficiales, durante algunos años, aquella política que otros inventaron maliciosamente, y que él secundaba, satisfaciendo naturales y justísimos impulsos del amor propio halagado?

Como orador, vale más en la oratoria de Navarro el pensamiento que la retórica. Es premiosa la frase, difícil su pronunciación y trabajosa la construcción gramatical de los períodos. No se mueve artísticamente, porque su acción peca de natural rigidez, y le faltan los matices al discurso por una gran sumisión al orden lógico al método y al plan de sus oraciones parlamentarias. Pero en cambio, posee la hábil dialéctica del periodista, el dominio completo del asunto, la confianza en el proceso de su pensamiento y en la bondad de su tesis, y discute siempre y no imagina, sino que razona constantemente. Diríase que dicta los capítulos de un libro ó que dogmatiza, suponiendo que de cuanto él dice, el público sabe la mayor parte, pero necesita para convencerse el último argumento. Y éste es el que Navarro Rodrigo pretenden encerrar en todos sus discursos.

En los últimos años acaudilló una fracción parlamentaria conocida por el nombre de *Los tercios navarros*, pero hubo de convencerse que la políti

ca de la acción constante no es la que se adapta mejor á sus condiciones, y después de mucho ejercicio, simulacro y gran parada, se resolvió á licenciar la hueste, la *cofradía*, como la llamaba Romero Robledo, cansado de verla siempre en formación de revista y nunca desplegada en guerrilla de combate.

Y hoy, reducido á su propia fuerza, sin más que su valer personal, sin otra voz que la suya, tiene bastante, y aun le sobra mucho para llenar cumplidamente el sillón de un ministerio.

El hombre es el personaje. Arriba y abajo frío, y abajo y arriba serio. Su conversación es afablemente sentenciosa. Discute con los iguales y aconseja á los que quiere; con los demás no habla. No promete si no puede cumplir. Oye cuanto le dicen y se guarda en la memoria lo que no tiene interés en conservar. No se satisface con el propio juicio en los trabajos de su pluma, y le consuela primero y le anima después el aplauso de los que consulta.

Admite la contradicción y cede en la controversia.

Viste sin atildamientos prolijos, come sin melindres sibaritas, pasea como se afeita, solo; vive cuasi en la calle, cuasi en el campo, en hotel extraviadísimo y en entresuelo bajo, y encomienda su alma al Cristo de Velázquez y se deja retratar únicamente por el buril de Maura, el grabador ilustre, quizás el primero de la Europa contemporánea.

Se conocen su pasado y su presente.

De su porvenir más vale que no se preocupe, porque el mejor no lo descubre él mismo ni es el que los suyos le adjudican, sino el que se encargan de proporcionarle los que, fingiéndole cariño le aborrecen, y los que pretenden desdeñarle al mismo tiempo que lo solicitan.

EL GENERAL LÓPEZ DOMÍNGUEZ

El general López Dominguez.

Sonaron las últimas horas de la noche, apagó las luces el servidor leal y solícito, cayeron las cortinas del elegante dormitorio, dió media vuelta el general sobre el amplio y mullido lecho, y se quedó dormido su escelencia.

Treinta minutos más tarde no se oía en toda la casa ni el péndulo de los relojes. La paz era completa, el silencio absoluto, y allí, donde la mañana es bulliciosa, era la noche tranquila, porque á las ocupaciones de muchas horas sucedía un sueño reparador sin las pesadillas de la preocupación ni los estremecimientos de la conciencia atormentada.

Cada cual había satisfecho sus obligaciones; el general en el despacho y en el Parlamento, la servidumbre en los oficios domésticos, las diferentes especies de la escala zoológica sueltas ó enjauladas,

y todo quedaba en orden y todas las cuentas de la cortesía social bien liquidadas, los amigos servidos, las cartas contestadas y las visitas hechas. Y esto sucedía y esto sucede cada lunes y cada martes, cada miércoles y cada jueves, cada viernes, cada sábado y cada domingo, porque el general aprendió en los ejércitos que la ordenanza es la vida, en los libros de la metafísica moderna que el discurso es el método y el tiempo una forma de sucederse las mudanzas, en la doctrina católica, que no merece el pan de cada veinticuatro horas quien cada veinticuatro horas no se lo gana, y en las máximas de Napoleón, que aquel que nada deja para el día siguiente puede exclamar, satisfecho y orgulloso de sí mismo al envolverse en la holanda:

—He cumplido con mi deber.

Cuentan los que hoy le conocen como jefe de partido en la paz y ayer le vieron como cabeza de los ejército sitiadores, y antes como expedicionario en marchas y contramachas, y primero en tierras salvajes y en climas ingratos, que esa frase de los días tranquilos era su constante oración al acostarse en las noches difíciles de Africa y de Cartagena; y en aquella noche legendaria de Puigcerdá, cuando ante una división sin racionar, con heridos y enfermos, sin más alimento que caldo de conserva y envuelto en nieblas que hacían más temeroso el ruído de las descargas enemigas, dispuso el silencio hasta el amanecer y el descanso hasta que el sol alumbrase la terible escena ó la esperanza

de la salvación, fingiendo una confianza que no sentía y ocultando con la aparente calma de su semblante la desesperada situación de sus fuerzas. Adivinó que no se vería atacado, pidió un cobertizo para dormir, lo imitaron sus oficiales, y veló como centinela ahuyentando al enemigo sin hacer más que imponerse con alardes de serenidad, donde todo debía ser zozobra y desencanto.

.....

La luz curiosea como la mujer.

El más ingenioso de los académicos y el más académico de los ingenios aborrecía la luz por lo indiscreta.

No solamente denuncia lo que ve, sino que desvanece los arcanos de la sombra y acusa con atrevimientos intolerables los perfiles desvanecidos en la penumbra. La luz es la policía artera que entra por una rendija y atraviesa las mallas de las colgaduras y se asoma á un agujero y por allí penetra, agitando los átomos invisibles. Con la luz no hay paz; con la luz no hay reposo; con la claridad, como con la franqueza, la noche y el misterio no existirían. Ya lo dijo el poeta Campoamor definiendo los símbolos de las religiones:

«Para ver algo claro hay que ser ciego.»

Ha pasado la noche y ha llegado el día. El general cuenta las campanadas de su reloj de pared, y al llegar á la séptima oprime el timbre y llama. Es la hora de levantarse, y pide el correo del día

anterior, contestando él mismo su correspondencia íntima y su correspondencia militar. A las ocho se entrega al cuidado de su persona. A las nueve despacha las cartas de menos interés, y acto continuo visita á todos los huéspedes de su vivienda, delicadísima función que merece párrafo aparte.

El general tiene en su casa á *Tamberlik*, canario magnífico que canta y ensordece, pico de oro en español y crisóstomo en griego, maravilla del trino y notable ejemplar de esta especie cantante y alada; y en dorada prisión, como á *Tamberlik*, tiene á *Gayarre*, otro tenor de la misma raza y de la misma pluma, de más dulces melodías y más delicados acentos, que no lanza las notas potentes y seguras de *Poliutto* en *Los Mártires*, pero que arrulla con sin iguales atractivos en las afinadísimas cadencias de su flexible garganta como *Fernando* en *La Favorita*. El general les sirve cañamones en la taza y agua clara en el vaso; con hojas de verdura teje en la misma red arcos de triunfo y grata perspectiva, y aun provee de blanda masa de bizcocho y galleta aquellos receptáculos que son como la despensa que nutre á estos artistas de *primissimo cartello*. Pero tales cuidados son menguada ocupación, si bien se atiende al esmero y paternal solicitud con que protege y asiste al tercer animalito, el infeliz *Belisario*, hijo de madre canaria y de padre jilguero, inválido por la edad y cuasi sin pluma por los estragos de la calvicie, ciego como Milton, el gran poeta del *Génesis*, y como el

afamado capitán de los ejércitos bizantinos, á quien fué preciso, según la fábula, arrancar los ojos para que se aplacara la envidia del emperador *Justiniano*, y de quien hubo de tomar su nombre el canario del general cuando perdió la vista por horribles decretos del destino. Después prodiga las mismas atenciones al *Enamorado*, ruiseñor que ha enmudecido por las heridas de la ausencia. Acaricia más tarde á sus caballos de raza española *Zamorano*, *Córdoba* y *Sevilla*, que se inquietan en manifestación de agasajo y de saludo ante el ilustre jinete, y sacuden la melena al mover la cabeza haciendo signos afirmativos, que no parece sino que dicen en sus expresivas contorsiones:—¡Buenos días: mi general¡ Más tarde acaricia á *Ney*, el perro inglés, y á *Blake*, el can de Terranova, que se arrojan á sus pies en demostración de sumisa obediencia. Y no revista á los catorce gatos que llegó á reunir en cierta época, según lo hiciera entonces, y como Bismarck, con otros catorce, que sometió también á sus caprichos, y como Balzac, que domesticó cinco fieras de esta especie y las acostaba en su mesa de escribir, porque de los cartorce gatos de López Domíngez ya no le queda más que uno, el menos gato de todos, la gata fidelísima, la pobre *Cenerentola*, la hermana de las desertoras y la viuda de los fugitivos, á quienes otros amores hicieron ingratamente abandonar la casa solariega.

A las diez López Domíngez oye la misa de la iglesia de los Flamencos, siempre que el prececto

lo manda; aquella misa se conoce en el barrio de Salamanca por la misa del general.

Después pasea un día á pie y otro á caballo. A las once lee la prensa nacional y la extranjera. A las doce recibe alguna visita. Y á la una almuerza.

Esperémosle en su despacho.

.....

El despacho, como todas las habitaciones del general, parece un museo, donde las armas son el adorno principal y el más rico; como en todas, el prolijo cuidado y el orden minucioso se revelan en los detalles más pequeños: las sillas en el mismo lugar, los papeles en su sitio, los tinteros, los libros, las plumas, todo en perfectísima colocación y todo ajustado á los diarios usos y al buen gusto característico del dueño. Allí está el busto de don Amadeo de Saboya, rey electivo, primero y único desde los tiempos de la Reconquista hasta los días presentes; el del general Serrano, de quien el general López Domínguez ha procurado retener sus amistades, imitar su cortesía, estudiar sus aficiones, sentir sus debilidades y continuar su política; el del general Prim, muy querido y bien admirado por este general López Domínguez, á quien colmó de tantas deferencias, tantas consideraciones y tan señalada predilección, que aun llegó á creerse si López Domínguez sería forzoso heredero del conde de Reus, y heredero fué en aquel amor á la libertad, profundamente reflexivo, no por afanes ruidosos, sino por necesidad del orden; no por brillo y

aparato, sino de propia conciencia sentido y por discurso propio afirmado resueltamente. No es preciso averiguar, sabido esto, en qué ejemplos inspira el jefe del tercer partido el carácter profundamente gubernamental de todas sus afirmaciones avanzadas; el busto del general Topete, de quien ha tomado la costumbre de reservar su pensamiento cuando no es indispensable exponerlo, y de exponerlo, con ingenua sinceridad, siempre que es necesario que se conozca; y por último, el busto del general O'Donell, su jefe en la campaña de Africa y su inspirador constante en los ideales de la política internacional, porque el general López Domínguez considera que está en Marruecos el secreto de engrandecer á su patria, y está en el africano continente todo el porvenir de la nación española.

En esta habitación lee los libros de la filosofía racionalista, que ha estudiado y conoce como los sectarios del krausismo, y cuanto se escribe al día sobre el arte de la guerra y sobre los menesteres y los oficios de la diplomacia, para lo cual alternativamente dedica las horas de paseo, ó de las visitas, ó del teatro, ó de los salones todos los días del año.

La guerra de Crimea le recuerda sus ardores juveniles, la campaña de Africa sus entusiasmos de soldado, la revolución de septiembre sus compromisos liberales, su mando en Burgos y en Cataluña la política de las guarniciones y de los ejércitos, la guerra civil del Norte sus aptitudes de organizador

y el plan de los combates, y Cartagena le inspiró un libro que honra al español y enaltece al general.

Su hoja militar es irreprochable y brillantísima, las acciones de guerra se suceden sin tregua en su historia como los alardes de su arrojo sereno y de su valor impasible, y así en los campos de la lucha como en las contiendas del Parlamento, aparece siempre más frío que un excéptico y más decidido que un sectario, sin que la agitación interior de sus entusiasmos y de sus pasiones altere ni descomponga sus maneras correctísimas para acometer ni para defenderse.

Las mismas aficiones á la política internacional le llevan á sostener una amistad estrecha con todos los diplomáticos acreditados en la corte, entre los cuales se siente como una necesidad el trato íntimo con el general López Domínguez.

Es hombre de pocas palabras, pero es muy rápida la exposición de su pensamiento, como si el orden, que es norma de su vida, fuese la norma de todos los procesos de su razón; solicita á los humildes, agasaja á los iguales y desdeña á los soberbios. Su mirada sostenida y cierta sequedad en su frase cortada, prestan mayores atractivos á los rasgos de su ingenio humorístico, que no se prodiga, pero que se muestra siempre con felicísima oportunidad. Quiere que se le entienda por medias palabras y que se le adivine por completo lo que no necesita explicación minuciosa, manía de todos los

políticos afortunados; afortunados digo, por más que el general López Domínguez no haya podido reclamar para su persona las responsabilidades de una política propia, porque á ellas aspira, por ellas cree y en ellas espera confiadamente, ya que en España ningún gobierno presidido por un general ilustre ha fracasado todavía.

Educado en la revolución de septiembre, convencido por aquellos ideales, á su defensa se entrega, afirmando enérgicamente los más severos principios de gobierno. Y firme en la actitud de sus convencimientos, con todos los demócratas á su lado, que para defender la libertad no los necesitaba, ó con todos ellos enfrente, ha logrado á última hora uno de los mayores anhelos de su vida, cual es el de coincidir con su afin constante y su entusiasta aliado en la organización de un partido, al cual se le combate porque puede hacer mucho daño; pero ¿quién dudaría, si fuese la presunción bien calculada, que no pudiera hacer mucho bien y gran provecho dedicando á su realización todas las energías y todas las actividades que, tal vez únicamente para ellos, consideren fatalísimas sus adversarios?

.....

El general acaba de almorzar. Es día de sesión y va al Congreso, y entra sin fijarse en los que encuentra al paso, derecho á su fin y á su propósito. Conferencia siempre con menos de tres personas, pocas veces habla en público, porque lo superficial

no lo dice y lo importante se lo calla. Si el debate lo solicita, lo presencia. Y si le toca el turno, habla mucho mejor que todos los generales que han tenido distrito. Sus discursos no guardan bellezas retóricas ni párrafos cortados según patrón y ritmo. Ni usa de las imágenes ni de las galas del estilo. Las palabras de pocas sílabas las pronuncia con perfecta vocalización, las muy largas las atropella, porque la oratoria militar necesita la abreviatura y el monosílabo. Si le contradicen se torna de circunspecto en expansivo, y á manera de sentencia, cada una de las frases responde á los movimientos de su mano abierta y de su brazo levantado, en aquella actitud que Rosales presenta á Tarquino Colatino jurando ante los dioses vengar la muerte de Lucrecia, la matrona fuerte de la antigua Roma.

Se levanta la sesión y se va á comer, los domingos con sus amigos á su casa, los demás días de la semana á cualquier parte, y no cualquiera, por insignificante y modesta, sino porque no come dos días seguidos en una misma mesa. La suya tiene fama de espléndida por lo bien surtida y la admirable presentación de los manjares.

Se retira pronto y estudia y lee, y no hay papel que no repase donde se lo encuentra, como le ocurría á Cervantes, con tal afición á lo más extraño, que una noche pasó tres horas leyendo... leyendo... ¡la ley hipotecaria!

De más de quinientos abogados sé yo que no

han leído de aquella ley catorce artículos, y los tiene innumerables.

Persona distinguida en sus aficiones, ama la pintura y la música, y no mucho la estatuaria porque no tiene colores, ni sonidos, ni movimientos, porque una escultura no es más que un recuerdo.

Se ha casado en política recientemente con el jefe de la rebeldía conservadora; y como el general no es hombre que se case dos veces, se morirá soltero.

Hoy reciben en la embajada de Austria. Se ha presentado en los salones á las once, su hora fija para asistir á toda reunión, y se ha retirado á las doce, según costumbre.

A las doce y media ha llegado á su casa. A la una ha llamado á su ayuda de cámara.

Son las dos próximamente y el general se va á acostar...

¡Buenas noches!

DON JUAN FRANCISCO CAMACHO

Don Juan Francisco Camacho.

Un escritor ilustre, Selgas y Carrasco, maldecía las facilidades que el crédito daba para vivir de prestado y aborrecía á todos los ministros de Hacienda que contrataron empréstitos.

Selgas no fué contemporáneo de Camacho.

Nosotros lo hemos sido; nosotros lo hemos juzgado constantemente por un interés de nuestra política; nosotros lo hemos visto pagar los millones á cientos todos los meses de las guerras civiles, y todavía le exigíamos que satisfaciera con exceso á los rentistas porque mejorase la cotización de los fondos públicos; nosotros lo hemos censurado porque se propuso vender unos montes cuando valían mucho dinero, y vamos á tener que enagenarlos cuando nadie los quiera comprar; nosotros lo he-

mos llamado como el náufrago solicita á quien pretende salvarle, y una vez en la orilla, quisimos devolverlo á la corriente, porque nosotros somos liberales de progresista origen y la presencia del que nos hace favores nos incomoda, y el recuerdo de la gratitud debida y no pagada nos exalta y nos enfurece.

Camacho fué ministro después de veinte años de haber sido diputado, y sin haber mostrado nunca apetitos ni ambiciones; y fué ministro sin ambicionarlo positivamente, que sin quererlo, porque ellos solos quisieran decirlo, lo fueron en España cuasi todos los que han llevado su nombre á la *Gaceta oficial*. En tres ministerios presididos por Sagasta se le vió al frente del departamento de Hacienda, y en ninguna de las tres ocasiones fué candidato del presidente del Consejo de ministros.

Recordemos los hechos. Habíase roto la disciplina del partido democrático-progresista por el actual jefe del fusionismo y había derrotado Sagasta en la elección de presidente del Congreso al gran demócrata D. Nicolás María Rivero. Esta derrota hizo necesarias la dimisión del Gabinete radical presidido por Ruíz Zorrilla y la inmediata sustitución del ministerio Malcampo. Se pensó acto continuo en el reemplazo de este Gobierno por otro que presidiera el mismo Sagasta; habló Romero Robledo siete horas seguidas y se produjo la crisis y se organizó la situación llamada á disolver aquellas Cortes. Camacho figuró como ministro de Ha-

cienda entre aquellos consejeros de la Corona. —¿Cómo y por qué?—Ni el mismo autor de semejantes combinaciones diría otra cosa, si se le preguntase, sino lo que vamos á decir nosotros, y es, que Camacho fué entonces ministro de Hacienda porque Romero Robledo le juró á Sagasta que no se conocía mejor depositario de los caudales públicos, ni más hábil administrador, que el famoso hacendista de estos tiempos.

El tal ministerio se llamó conservador de la revolución. El tal partido se hizo en veinticuatro horas. El tal hacendista se anunció restableciendo el impuesto de los consumos, porque profesaba el honrado principio económico de los ministros de la Revolución francesa, á saber: que no debe suprimirse una renta sin crear otra que la compense proporcionado rendimientos iguales ó superiores. Esto ocurría en 1872.

Sucumbió la república de los republicanos por violenta agresión á la Asamblea, y rota la coalición gubernamental de radicales y conservadores, fué nombrado presidente del Gobierno el general Zavala. Sagasta era la humanidad de aquel Gobierno, porque Sagasta era la política. Camacho era toda la ropa de aquella situación, porque Camacho era la Hacienda. Sagasta era la necesidad y Camacho el abrigo. Sagasta el cuerpo y Camacho el alma. Y el alma y el cuerpo no se reconocieron hasta que se encontraron juntos. Zavala no consultó á nadie para nombrar á Camacho ministro de Hacienda:

quizá supiera que antes fué candidato del duque de la Torre para otro Gobierno; quizá no sabía otra cosa sino que Camacho era buen pagador, y en efecto, jamás los ejércitos liberales empeñados en la contienda civil vivieron con mayor desahogo que entonces, ni más puntualmente provisionados y satisfechos. Camacho, que no iba al ministerio de Hacienda á estudiar ni á enterarse, sino á realizar lo estudiado y á demostrar lo conocido, comprendió que á la inestabilidad reinante sustituiría otra solución con caracteres de permanencia, y anhelaba para la nueva era y las instituciones que venían mayores facilidades de gobierno, proponiéndose restablecer, como el de los consumos, todos los impuestos inoportunamente suprimidos por la democracia republicana.

Le sorprendió la Restauración y se retiró á su casa.

Han pasado muchos años. La guerra ha concluído, la paz es una realidad felicísima, un renacimiento la Restauración, un hombre de su siglo el rey, Cánovas el estadista de la monarquía, la Constitución una legalidad indiscutible, el partido liberal una solución precisa. ¿Y Camacho? Una esperanza.

¡Ah! Si el partido conservador-liberal, que tuvo un ministro de la Gobernación para constituir y afirmar la unión de todos, hubiera tenido un ministro de Hacienda, el partido conservador lo hubiera hecho todo.

Y si el partido liberal, que tuvo un ministro de Hacienda para aumentar la confianza, sostener el crédito y mejorar las rentas, hubiese tenido un ministro de la Gobernación capaz de asegurar el orden público y la disciplina parlamentaria, ni hubiéramos conocido la fusión abigarrada, ni hubiese sido necesario al jefe de estas fuerzas arrojar ó recoger alternativamente los principios liberales, sacrificando el sufragio de todos en aras de la derecha un día, y poniéndole sobre su cabeza, en homenaje á la democracia, al día siguiente; combatiendo la universalización contra el ministerio Posada Herrera por excesiva, y abandonándola en la fórmula de Montero Ríos por deficiente.

Oid á la opinión pública y escucharéis una lamentación liberal:

—¡Si hubiéramos tenido un Romero Robledo!

Y una exclamación conservadora:

—¡Si hubiéramos podido contar con un Camacho!

Llegó el momento de convertir la Deuda, y aquella operación extraordinaria la intentaron los conservadores cuando debían cesar en el Gobierno.

Reunidos estaban en los días de la crisis y en el mes de febrero de 1881 los cinco personajes del directorio fusionista, Sagasta, Martínez Campos, Alonso Martínez, Romero Ortiz y el marqués de la Vega de Armijo, en la casa de este prócer. Adjunto según la gramática, adscrito según la liturgia y «attaché» según el lenguaje diplomático oficial,

se veía entre los cinco un sexto personaje, el que fué ministro de la Gobernación, D. Venancio González. Camacho, que había sido requerido por el directorio, se presentó en la casa del marqués, y en el acto se le designó para el desempeño del ministerio de Hacienda en el Gabinete que había de presentarse en lista á la aprobación del rey.

—Resueltamente, exclamó Romero Ortíz, resueltamente.

—Sin excusa posible, D. Juan, añadió el general Martínez Campos.

—Usted renunciará á su tranquilidad, argumentó Alonso Martínez, porque yo arrojo un pingüe bufete por la ventana cuando mi patriotismo me exige la apcetación de una cartera.

—No hay que hablar más del asunto, dijo el marqués de la Vega de Armijo ásperamente.

Sagasta guardó silencio, y se cree que dirigió una mirada de compensación y de promesa á González (D. Venancio).

Camacho procuró excusarse é indicó al mismo presunto candidato.

Entonces González habló, pronunciando estas palabras:

—Usted es el indicado, Sr. D. Juan. Además, Vd. ha sido ministro de Hacienda en 1872 y en 1874. Si entonces comenzó Vd. á gastarse, ahora se gastará Vd. por completo, y después podré sustituirle yo para gastarme también.

Cientos de referencias confirman la exactitud

de esta declaración, que como auténtica y oficial reproducimos, y si alguno la encuentra censurable, debe tener por averiguado que el buen gusto no ha sido jamás principio político, ni el no tenerlo ha merecido para nadie la relegación temporal ni el extrañamiento perpetuo de ninguna agrupación política bien organizada.

Camacho fué entonces por tercera vez ministro de Hacienda, y llevó á feliz coronamiento la ventajosísima conversión de la Deuda, operación financiera de bondad indiscutible y reconocida por el mismísimo Cos-Gayón, el más severo juez de los méritos del prójimo y el más arremetedor y desafinado polemista de la España constitucional y parlamentaria.

Camacho hizo en aquel entonces maravillas de administración y buen gobierno. Encontró más dinero del que necesitaba, y lo encontró, ¡pasmo y asombro, sorpresa y maravilla! no en el bolsillo del contribuyente, sino quizá, y aun sin quizá, en el bolsillo de los recaudadores. El contribuyente pagó lo mismo, pero el Tesoro cobró mucho más de lo que había percibido hasta aquella época por iguales conceptos. Camacho recordaba la próvida administración de los tiempos de Fernando VI y el acierto en la distribución de los recursos, que constituye uno de los mayores prestigios del hacendista Neker. La Bolsa subía cuando estaba más repleta; el crédito era mayor, porque no era preciso acudir al crédito; cesaron los martirios del Te-

soro, y mejoró la salud de aquella entidad doliente, antes condenada á una operación cada tres meses; las acciones del Banco eran, como buenas acciones, bien y mucho envidiadas; el consolidado daba frutos y echaba raíces; siempre los últimos precios de la cotización eran los primeros en la suma de las cantidades, y las aduanas recaudaron lo imprevisto y lo inverosímil.

Surgió la crisis á propósito de la venta de los montes públicos, y no por tal motivo, sino para cambiar unos ministros por otros, y Camacho recogió sus papeles y se volvió á su casa.

Transcurrían los meses, pasaba el tiempo, el rey enfermaba y se moría en el Pardo. Camacho fué por cuarto llamamiento ministro de Hacienda. Y el candidato de sus amigos hasta entonces, fué en aquella noche tristísima el ministro de todo el mundo. La opinión pública exigió de Sagasta el nombramiento de Camacho. El pánico cesó, la confianza se restableció en el acto; la misma revolución, temida y esperada, fué maldecida por los conservadores de la Deuda pública y de los cupones á cobrar, y Camacho hizo público su programa económico, poniendo por condición para aceptar la cartera su exacto cumplimiento ante el abogado Alonso Martínez, muy pronto notario mayor del reino, y ante el general Martínez Campos, testigo de mayor excepción y sin tacha posible.

Entendía Camacho que se llega al poder mediante las doctrinas del partido, que se hace el pro-

grama para el partido y la oposición en nombre del partido, pero que el Gobierno se organiza á favor del país y á su servicio para el desarrollo de sus fuerzas productoras y el mejoramiento de su estado social principalmente. Es hombre de sistema, y proclamaba la independencia de la Hacienda y la administración, y reconociendo y respetando todos los fueros del Parlamento, no estimaba cómo lícitas ciertas exigencias que podían envolver la exención de una carga, el desconocimiento de un precepto legal y el mañoso artificio de eludir las obligaciones debidas.

Hombre de condición sincera, llevó la sinceridad á la política, cuando en la política el camino de la sinceridad es el camino del Calvario. De austera severidad y de carácter de acero, declaró inamovibles á los empleados de su departamento, sin otra garantía para su inamovilidad que el estricto cumplimiento del deber. En su firmeza era tenaz, y en su convencimiento intransigente. Justo hasta los límites heróicos, intachable en su rectitud espartana é impasible en su indiferencia estóica, Camacho oía las súplicas sin interés, las amenazas sin temor y las lisonjas con menosprecio. Cuando la fracción parlamentaria de los recomendantes, que parece una comisión permanente de todos los Congresos, solicitaba el cambio ó la cesantía de un empleado celoso y útil por medio de las notas colectivas, anotaba el *visto* en la demanda, y advertía á los solicitantes que la nota debían redactarla para

conseguir su propósito, no contra el funcionario subalterno, sino contra su jefe el ministro, y por esta política suya cada petición de destino se convertía en una cuestión de Gabinete, y cada combinación del personal en un caso de crisis. Sus amigos dejaban de serlo tan pronto como hacían causa común con los salteadores de los cargos públicos. Cayó por última vez del Gobierno á consecuencia de una petición, que no quiso aceptar por considerarla contraria á las disposiciones vigentes; por la oposición de un grupo parlamentario á la enagenación de las dehesas boyales que debían ser vendidas, y por una disidencia manifiesta surgida por la misma cuestión entre Camacho y el presidente del Consejo de ministros.

Un grave padecimiento del Sr. Camacho hizo temer la crisis algunas semanas antes de que ocurriese, y entonces éste hombre de voluntad indomable trabajaba seis horas en los Consejos y otras seis en su despacho, de las veinticuatro que suman el día y la noche, y sin conciliar el sueño, y sin romper el ayuno, y sin cesar el dolor, él se defendía, al mismo tiempo que el rumor público señalaba un heredero al ministro en aquel abogado López Puigcerver, de la palabra fácil, de la voz timbrada dulcemente, de las maneras distinguidas y de los atractivos multiplicados, que sonreía á sus amigos cuando le llamaban ellos *Príncipe de Asturias*, jurado en la comisión de presupuestos, y les preguntaba:

—¿Y príncipe, por qué?

—Porque Camacho es una institución.

Tal era el concepto que merecía á su partido este hombre ilustre.

Cuando el heredero fué instituído se le colmó de elogios prematuros. Ciertamente que los merece, pero ciertamente que no son lo mismo la entereza y la cortesía, y que si hay más savia flotante en el árbol joven y bien erguido, hay más fuego en el añoso corazón de la encina.

Camacho ha vuelto á su casa, no aborreciendo la vida pública, porque á ella se debe, y amándola además porque está penetrado de la bondad de su doctrina.

Vive frente al Retiro, en unas habitaciones de mucha amplitud y desahogo y mucho aire, entre papeles y legajos y revistas y libros y retratos y periódicos. Allí nadie se mueve sino con régimen y con método; nadie llega á deshora, porque todo el mundo conoce las costumbres de aquel solitario, reflexivo y pensador; nadie se va sin oirle, porque es tan suyo cuanto cree y cuanto medita, que á quien lo quiere lo entrega, porque sellado va el concepto y precintada la frase con la marca de fábrica, y sólo se turba la paz y el silencio se rompe y el ruído y las voces llenan aquel recinto, cuando le van á ofrecer el ministerio; y no es la suya la que más se deja sentir; que es precisamente la voz del emisario la que más alborota á impulsos de la extrañeza que ha de producir á todos el que

todavía quede un español que no quiera ser ministro. Cuentan los duendes de su casa que una de las cuatro veces que volvió sin cartera llegó rendido á su despacho, mandó echar la llave á la puerta, y después el cerrojo, y no considerándose aún bien defendido, dispuso que una cadena de hierro sujetase la hoja con el marco para que no volviese á entrar en su vivienda quien le llevase noticias de una crisis ó le fuese á brindar una cartera.

Aún está allí la cadena.

¡Aún está allí el miedo al peligro?

Desgraciadamente el rey D. Alfonso ha muerto. Desgraciadamente aquel ministerio económico y administrativo, con el cual soñaba el augusto y malogrado monarca cuando cesó el Gabindte Posada Herrera, ministerio organizado y presidido por Camacho á su imagen y semejanza y á su placer y á su gusto, no es tan fácil de organizar como lo fué en la época pasada, en los tiempos que ahora vivimos, que si lo fuera, ¿con qué derecho, quien declara que á su patria se debe, lo rehusaría?

Este es, pues, el hombre público, ó mejor dicho, éste es el hombre útil; éste es Camacho.

Su fisonomía dura, orlada por la nieve de barba espesa, se colora y se rejuvenece cuando se anima, y sobre todo cuando se apasiona. En su estado natural abstraída, en sus conversaciones familiares complaciente y en el diálogo expresiva y despierta, conserva aquellos rasgos varoniles que demuestran la fiereza del carácter.

Su cabeza circular está calva, porque los centros de sus actividades cerebrales quemaron las raíces de su cabellera espléndida en los años primeros de la vida.

Su mirada parece que la despiden sus ojos pequeños llenos de luz, y se detienen antes de penetrar las intenciones de la persona á quien se dirige, y calcula como si fuera mero auxiliar del pensamiento, y descansa para grabar en la retina y después más adentro la exacta fotografía del personaje á quien estudia.

Habla poco en los discursos, pero habla claro; dice pocas palabras, como el que tiene muchas ideas y necesita realizar lo que resuelve, porque está convencido de que si lo pregona no consigue otra cosa que convidar á la discusión, que es en todas las ocasiones llamar al entorpecimiento.

Cuenta con los que necesita cuando se convence de la utilidad de su cooperación, y no les pregunta dónde quieren que los lleve, porque les dice únicamente donde es preciso que vayan. Da los empleos como quien da un mal rato, entrega las credenciales como quien confía un depósito, y no ve en el favor más que la responsabilidad á que se obliga el que lo acepta, ante el donante que tuvo la iniciativa, ante el país á quien se va á defender y ante la conciencia del interesado, obligada á los consejos del bien.

Sesenta días fué gobernador del Banco de España, y entonces comenzaron á subir las acciones

tanto y tan de prisa, que á la altura en que están son ya invisibles para los que no tenemos dinero.

No disentirá de las doctinas liberales, porque la política no es la Hacienda ni debe ser la administración, pero no transigirá jamás á costa de sus convicciones económicas.

Ama á su país más que á sus amigos, y á sus amigos más que á sí mismo.

Y á su perra *King-charles*, porque sabe Camacho que ningún animal de esta especie ha sido célebre por su ingratitud, mientras que los animales racionales lo fueron á menudo, hoy lo son todavía y lo serán ciertamente por los siglos de los siglos.

Amén.

DON EUGENIO MONTERO RÍOS

Don Eugenio Montero Ríos.

¡Qué gran partido político aquel antiguo partido radical!

Creó una monarquía, una familia civil, una Constitución política, un sistema económico, una vida municipal, una administración de justicia, un país verdaderamente.

Arrasó los templos y los ídolos de la tradición, volcó las aras de las antiguas divinidades, puso á la nación sobre los reyes y al Parlamento sobre todo, y aquella energía invencible, y aquella popularidad desenfrenada, y aquellos entusiasmos delirantes, toda aquella fuerza, jamás acumulada en una agrupación gobernante, la arrojó el partido radical por la ventana en veinticuatro horas.

Los últimos restos de tan poderosa falange fueron aventados en la Plaza de Toros por unos batallones sin uniforme, que la república federal armó con unos fusiles sin cartuchos.

La expiación fué como la culpa.

Y quedó un Ministro, Martos, restableciendo el Tribunal de las Ordenes militares, y un desengañado, Rivero, contando desdichas en las viejas estancias del Ateneo antiguo.

Se olvidaron de Montero Ríos todos los que vivían en paz con los afines, y volvieron á recordarle todos los que vivían en guerra con sus parientes.

El que tenía un pleito civil le consultaba.

El que tenía necesidad de un destino se lo pedía á cualquier otro personaje particular.

Montero Ríos no era nadie, y sin embargo, lo que quedaba de la revolución de septiembre era únicamente lo que había dejado Montero Ríos: el Código penal, el matrimonio civil y el Jurado.

La leyenda hace de Montero Ríos un hombre de inclinaciones heréticas, y poco menos le juzga que de ateo condenadísimo y descomulgado. La fábula recuerda sus años primeros de seminarista, su amor á la beca y á la sotana, sus grandes vacilaciones ante los misterios de las creencias positivas, su despertar á los halagos del mundo y de la vida pública, su rebelión contra la disciplina de la Iglesia, aquel momento solemne en que, contemplando blancas, lisas y sin accidentes las cuatro paredes de su celda, tomó una escarpia, la afianzó sobre el tabique y colgó los hábitos. Y después, la novela del rumor y de las referencias le juzgó como catedrático enemigo intransigente de los obispos y de los arzobispos, perseguidor de las tradiciones

católicas, ausente de la misa y del confesonario, demagogo de Barrabás, liberal de los infiernos, ministro aborrecible y jansenista atroz.

¡Así son las cosas del mundo! Y este hombre, que publicó un folleto rebelde titulado *El ultramontanismo y el cismontanismo* el mismo día que huyó del Seminario por la puerta principal; este personaje temible de la mirada fija, policiaca, artera, furibunda; este hereje sombrío de la barba cerrada, el pelo abundante, cetrino el color y encorvada la figura; este hombre de fama tan maldita, se casó por la Iglesia, tuvo hijos, que educaba cuidadosamente en el santo temor de Dios y en la obediencia á sus mandamientos, erigía una capilla en Lourizan dentro de su propio domicilio y otra en Madrid, compraba todos los años las Bulas de la Santa Cruzada, oía las misas de precepto sin perder una sola, explicaba en la Universidad el Derecho canónico contra las falsas decretales y ensalzaba las glorias del Papado constantemente.

—Se va haciendo católico, y todo se lo perdono, decía entonces el cardenal Payá, arzobispo de Santiago y poco amigo de Montero Ríos.

—Católico siempre lo fuí, contestaba en los giros de su dialecto Montero Ríos, abogado de Madrid y poco amigo siempre del cardenal Payá.

Debe su fe á su convicción. Se dice de Montero que nació creyente, dudó seminarista como Lutero, y volvió á creer seglar como Renán. La ciencia teológica, bebida en pequeñas dosis, le hizo perder

las primeras creencias; bebida en grandes dosis, se las devolvió ciegas y absolutas.

Fué progresista siempre, pero no fué masón jamás.

Ruiz Zorrilla lo hizo subsecretario de Gracia y Justicia y Prim ministro. Dios lo hizo gallego.

El dió sus leyes á la revolución; fué el último dinástico del rey Amadeo, el único ministro que le acompañó á Portugal, el único español á quien escribe todavía el duque de Aosta.

Era la tercera persona de aquella trinidad hepática, de aquella trimurte enferma de los hipocondrios, nerviosa en el decir, atravesada en la intención, confundida en el pensar, y de arremetida y peligrosa ralea. La primera persona era Prim, la segunda Sagasta, la tercera Montero Rios. Se parecían en el semblante del color de la tierra, en el liberalismo un si es jacobino, en su abominación por los conservadores y en sus pensamientos radicales, mejor sentidos por los dos hombres civiles, pero mejor reflexionados por el ilustre general.

Hoy su preocupación es la de no preocuparse, su vanidad la de no tenerla, y su filosofía la de negarlas todas.

Aborrece las grandes cruces, y no tiene más que las extranjeras, que no ha podido renunciar, y que jamás se pone encima.

Aborrece los uniformes, y cuando fué nombrado ministro de Fomento á la muerte del rey Alfonso, pidió permiso á la reina regente para no llevar

el de consejero de la corona, y la augusta señora se lo concedió de buen grado. Este es el secreto ó la razón de que siempre, en las solemnidades del Parlamento y de la corte, se le viera con el sencillo *fraque*.

Repito que esta vanidad es tan desenfrenada como la de ambicionar todas las distinciones y todos los honores. Los que solicitan una gran cruz la quieren para distinguirse del vulgo, los que figuran como Montero Ríos en las primeras gerarquías de la política necesitan no vestir uniforme ni colgarse veneras para distinguirse. Y Montero Ríos tiene la vanidad de parecerse á los pequeños siendo grande, y de diferenciarse de los grandes como si fuera pequeño.

Aquella tolerancia de la reina la agradeció Montero con gratitud sincera. Quiere á la soberana, la admira en sus virtudes, la ensalza por la sencillez de sus tocados; refiere que ante el Consejo de ministros su discreción es sólo comparable á su atractiva serenidad, y como madre del rey, es para este político distinguido un dechado de perfecciones morales. No anuncia Montero ni hace públicas sus audiencias, pero frecuentemente va á Palacio á ofrecer sus respetos á la Regente, y si en el Gabinete del abogado no hay más retratos que los del rey Amadeo y los del marqués de los Castillejos, late en el corazón del ex-ministro de Fomento un anhelo ferviente por el bien de la dinastía y por las prosperidades de la reina Cristina.

Montero Ríos tiene pocos amigos. Saluda á todo el mundo, pero tiende la mano á pocas personas. Los suyos son sus paisanos. Su casa en Madrid es el consulado de Galicia en la corte; su casa en Lourizan es la Meca de los musulmanes de la Curuña, Lugo, Orense y Pontevedra. No ha reñido con nadie y no reñirá en el porvenir con persona alguna, y como de su tierra, se aguanta los agravios, pero se los guarda. Con Sagasta suspendió las relaciones políticas, pero no las particulares. Con Elduayen se trata bien y se consideran recíprocamente. Con Vega Armijo no diré que lo tolera, sino que se resigna. Cuando un afecto se le enfría llega á la ceremonia, pero nó al aborrecimiento. En Madrid habla castellano con buena sintaxis y buena prosodia; en Galicia gallego, pero un gallego, cerrado, nativo, indígena, más que Becerra, más que Linares Rivas, más que Batanero, más gallego que nadie.

Es aficionadísimo á la música, como los andaluces, como los vascos y los navarros, como los catalanes, como todos los que desafinan hablando la lengua de Quevedo.

Amigo de Echegaray, es mortal enemigo de sus dramás epilépticos. Su actor favorito es Mario, su poeta Bretón. La realidsd amable le seduce en el teatro, y si fuera aficionado á la rima, pondría en verso los interdictos y los actos de jurisdicción voluntaria. Su debilidad es el arte retrospectivo y su campo de exploración los *martillos* y las *Américas*.

Se acuesta á las nueve de la noche y se levanta al amanecer. Recibe las visitas en la alcoba y á las once en punto apaga la luz, da media vuelta y le dice al conferenciante: ¡Hasta mañana! Envuelto en el madapolán recibió en cierta ocasión de crisis al presidente del Consejo de ministros, y el uno tendido, Montero, y el otro de pie, Sagasta, acordaron ofrecer á Navarro Rodrigo el ministerio de Fomento.

No le preguntéis por qué ventila asuntos tan graves de tan extraña manera, porque os dirá que las perplejidades de la vida se conllevan mejor en una posición horizontal.

No usa lentes, porque todavía ve más de lo que mira; no fuma por no distraerse; no cambia de traje, porque no importa que le conozcan por fuera si no acaban de conocerle por dentro; no inicia el saludo para no insinuarse, sus preguntas entre muchos no las dirige á nadie para que todos las contesten, y sus contestaciones son aplazamientos para que el curioso hable más claro; hace menos gestos que palabras dice, y dice menos palabras de las que el concepto necesita, y es suave como un guante, y fino como el pulimento, y sutil como los escolásticos, y devoto de San Vicente de Paul y devotísimo de San Ignacio de Loyola, porque si él no lo confiesa y nadie me lo dice, yo me lo figuro, y para mí esto basta.

Su jefe lo ha sido siempre el jefe del partido liberal, cualquiera que sea, y su necesidad la de

que Martos constantemente le llame coreligionario y amigo político. Con Martos fué á la Revolución, con Martos á la República; á la restauración de la dinastía borbónica con Martos, con Martos á Sagasta, con Martos á cualquier parte.

Y concluyo revelando un secreto:

La abdicación de D. Amadeo, el documento de su renuncia al trono de España, es de Montero Ríos. Olózaga lo escribió primero, Dragonetti consultó á Montero el manuscrito, Montero Ríos redactó uno nuevo, y don Amadeo de Saboya hizo suya la abdicación que le escribió Montero Ríos.

¡Desdichado partido!

D. Amadeo anunció que venía á España con las palabras de los unionistas.

Y anunció que se marchaba con las palabras de los que le trajeron.

Con las palabras del partido radical.

EL CONDE DE TORENO

El conde de Toreno.

—

Hablar de este hombre es, para quien no le conoce, poco menos que escribir sin asunto.

Noble con patente de nobleza, porque la patente es el título; personaje por los altos cargos ejercidos, que personaje político es quien pasa la raya de ministro; orador porque habla, discute y acciona en el Parlamento; académico sin los grados superiores, porque en la Academia de las Ciencias tiene un sillón, y grande de España por lealísimo servidor de la monarquía y del rey, y leal porque ama, y servidor porque obedece.

Persona distinguida, porque denuncia su distinción la cortesía extremada en la manera de producirse; afable en el trato, según pregonan; considerado y consecuente en sus amistades, según se dice, y conde por fuera y conde por dentro, según los deudos y según la fama.

Plácida la fisonomía, desarrollada la complexión, corriente la figura y fruncido el entrecejo como el de los cortos de vista y el de los largos de suspicacia.

Gran admirador de Cánovas con las excepciones que confirman la regla general de su juicio, tenaz como de raza montañesa, asiduo en el trabajo como los malos estudiantes después que abandonan la Universidad, y perseverante hasta el fanatismo, y pundonoroso hasta la altivez, y de anhelos fervientes, y de pasiones concentradas, templando la frialdad exterior del hombre del Norte el fuego vivo de un corazón de Andalucía.

Y no respondo de lo que digo, porque no le conozco más que para las obligaciones del respeto que se le debe y para el saludo que exigen el prestigio ganado y la merecida consideración.

Bien intenté averiguarle los secretos y las debilidades, pero fué inútil mi empeño, porque ni me autorizaba la confianza, ni en mi catecismo había preguntas para solicitar las contestaciones, ni sus amigos lograron, para satisfacer mi deseo y mi necesidad, la posesión de esas interesantísimas menudencias de la vida, que yo querría que fuesen el asunto principal de estos análisis.

Todos sabemos que el conde de Toreno, su padre, fué un excelente historiador, un elegante prosista, un político hábil y un liberal convencido; y cuasi todos ignoramos que su hijo el conde de Toreno es un buen escritor, porque no publica lo que

escribe; que es un político tornátil, porque sólo confiesa su disciplina, y cuando discute es en secreto, y cuando disiente calla; y sólo hemos conocido de su liberalismo aquella sentencia airada que lanzó en el seno de la representación nacional: ¡*El partido moderado ha muerto*!

¿Y qué más? Bien poca cosa. Como ministro de Fomento, no hemos olvidado lo ágriamente que los mismos moderados le combatieron; como ministro de Estado, se va perdiendo el recuerdo según el tiempo se aleja; como alcalde de Madrid, fué administrador solícito de los intereses municipales; como gobernador civil, padeció las iracundias enemigas, y como presidente del Congreso, no creció por su cuenta, sino que por la ajena, lo exaltaron á la talla de los directores de la política, que tanto hace el procurar por los vencidos, y el conde de Toreno, corazón compasivo y generoso, prefiere el agradecimiento de los contrarios al entusiasmo febril de los afines y de los propios.

Y hace bien, perfectamente, como un santo. La política de oposición es una lima que mutila y corroe, y quien le arranca los dientes vive en paz tranquilo y satisfecho.

Ha sido un periodista anónimo sin otra pasión dominante que la pasión dinástica. Congregó bajo su dirección un núcleo de personas inteligentes, y ofreció á la crítica un contraste doloroso y todavía no comprendido. El conde de Toreno escribe bien, sus colaboradores escribían perfectamente, y el pe-

riódico no tuvo autoridad literaria jamás. Convencido de la equivocación ó cansado de las tareas, mató el periódico. Antes había matado á un redactor... moralmente.

Me explicaré. Escribió uno de los reunidos cierto artículo dudosamente monárquico, lo leyó el conde de Toreno, que era ministro á la sazón, pidió el sombrero y el coche, llegó á la redacción del periódico, tomó la pluma y el papel, y de su puño y letra redactó lo siguiente, que causó verdadera extrañeza entre la gente del oficio:

«Ha sido sorprendida nuestra buena fe. El artículo del número arterior, ni es nuestro ni lo puede ser. Su autor ha dejado de figurar en la redacción del periódico. Y llamamos la atención del fiscal de imprenta para que denuncie el artículo, cumpliendo con su deber.»

El fiscal de imprenta cumplió con su deber, en efecto, y denunció el periódico órgano y representante del conde de Toreno por un artículo cuasi antidinástico y revolucionario sin cuasi.

No era posible dudar de la recta intención de nadie, ni del autor ni de los redactores. Lo ocurrido fué natural consecuencia de las aptitudes de aquella gente. Eran escritores, pero no eran periodistas, y lo que pudo constituir el capítulo de una obra, desentonaba en las columnas de un diario político, porque lo que cabe en un libro no cabe en la hoja intencionada, parcial y acusadora...

Una casualidad me ha hecho conocer este arranque digno de aplauso.

—¡Pero decidme algo más, porque se me acaba la materia!

Así he pasado tres días indagando cualidades y solicitando referencias de este hombre público; así he ido asaltando á los amigos del conde para realizar mi propósito, á Pepe Cotoner, ó por otro título, al conde de Sallent, ese heredero de Ezequiel Ordóñez y de Cándido Martínez en el vínculo de la secretaría que conceden á las oposiciones las mayorías de los Congresos; á Antonio Hernández, ganadero de reses bravas, agrio como el limón y más claro que el agua, corazón sano y buena persona; á Javier Ugarte, el primer orador de la fracción Toreno, y por extrañas contrariedades de la política, el último de los amigos suyos que ha de llegar al Congreso; al marqués de Hoyos, ateneísta distinguido y marqués que lee, que estudia y que sabe como pocos marqueses; y por ellos he averiguado que la nota dominante en el ex presidente del Congreso es el *puntillo*; y una vez interesado su amor propio en cualquier empresa, todo es voluntad en aquella naturaleza para satisfacer el impulso del afán comprometido; y por su testimonio aseguro que aborrece del ruído y del espectáculo todo lo que no es política, pues espectáculo es ella y ruído extraordinario; y sé que su pasión por su hogar es ejemplarísima, y su pasión por la condesa digna de la leyenda y del poema, y su amor á sus hijos, más

que al de Abrahám y al de Guzmán el Bueno, se parece al de la madre de los Fóscari, que arrebatados á la guerra porque eran hijos de su patria, y la patria los necesitaba, exclamó la desolada viuda:—¡Yo creí que eran míos!

Las mismas indiscreciones de la amistad me han hecho saber que el conde de Toreno ha formado una biblioteca para su uso, y después de cuidados prolijos la explota en vigilias prolongadas, y aun conozco el secreto mediante el cual no llegará á arruinarse como otros condes, porque él es el conde que paga, ó mejor dicho, él es el conde que administra, y según son las rentas, así son los esplendores y las fastuosidades de su vida, sujeta al presupuesto estrictamente.

¿Queríais que más averiguase?

Pues el conde de Toreno, su padre, fué apasionadísimo por la nación y por la sociedad francesa, admiración adquirida en las cuatro ó cinco veces que tuvo que emigrar de España perseguido por los moderados, y allí aprendió aquel gobernante á temporadas, y á temporadas conspirador, á pronunciar el idioma de Voltaire maravillosamente, y á pronunciar la *r* española con el sonido gutural que la convierte en *ege*, y de su padre, de su mismo padre heredó con el título, el conde actual, esa malditísima pronunciación de aquella consonante ingrata.

En cuanto al orador, ya puedo hablar por cuenta de todo el mundo. Discurre mucho y expone cosas buenas, pero tiene días en que las dice regular-

mente y otros en que las dice peor todavía. Su laringe es poco ligera, su garganta es poco flexible, las cuerdas bocales son perezosas y las palabras no parece que bajan antes de salir de los labios, sino que suben y se desprenden contra su voluntad, cansadas y confundidas. No es que las emite, sino que las expulsa; no que salen, sino que las echa, y se defienden antes de verse fuera hasta hacer brotar los colores en el rostro del noble polemista. Admira el esfuerzo de vocalización é interesan las contracciones de la fisonomía, y se ve y parece que se siente el obstáculo que levantan los bronquios entre el verbo y el adverbio, entre el sustantivo y el adjetivo, entre las partes más esenciales de la oración gramatical lisa y llana. La retórica es el gorjeo de los oradores, y el conde de Toreno, que se sofoca con la sintaxis, se congestionaría si quisiese imitar un período de Castelar ó de Moret. Acciona con energía, mira con ceño, se mueve penosamente, y es que, adoptada una actitud, teme que el cambio le produzca el silencio, y antes de intentar un movimiento se esfuerza para dar fin al período. Es admirable la voluntad que revela para vencer una constitución que nunca fué oratoria y el éxito alcanzado para decir lo que quiere sin fluidez alguna, pero con exacta precisión y pasmosa fidelidad á la meditada labor de su inteligencia.

No bebe agua entre párrafo y párrafo ó entre razonamiento y razonamiento, no se le apaga la voz, á pesar de tanta gimnasia, no se fatiga en aquel

ejercicio que rendiría á los gigantes de la mitología griega, habla seis horas sin el descanso de cinco minutos; ni tose, ni suda, ni le sobra ni le falta la secreción de las glándulas salivales, ni se acuerda de que el organismo tiene exigencias de precisa satisfacción, ni se entera por entonces de que es un sér psico-físico, y que son paralelas las funciones de la naturaleza y del discurso, porque á un mismo tiempo se imponen á los preocupados y á los distraídos, y no siente más debilidades cuando está hablando que el temor de que los taquígrafos pierdan un concepto, porque está seguro de que su palabra vale menos que su pensamiento.

En privado y en las conversaciones familiares se produce con más variedad de matices en su conversación. Tampoco de esto respondo, porque también me lo han contado. Es un destornillador de las reputaciones exageradas y hace epigramas mortificantes. No muerde como los leones, pero araña como los satíricos.

Su generosidad en los afectos la excluye totalmente de la política. Estima el favor más ó menos, agradece el servicio según las circunstancias, pero no perdona el agravio, y la rivalidad menos todavía que la ofensa.

Posee una afición escudriñadora verdaderamente temible; sin darse cuenta, estudia con alevosía los secretos del prójimo, sabe todo lo que mira, mira todo lo que tiene delante y lo recuerda con gran exactitud, porque está dotado de una memo-

ria, que si fuera cosa de bulto esta facultad del alma, no le cabría en la cabeza, y eso que son amplias las proporciones del aparato que lleva, como los demás, encima de los hombros.

Si no le sobra la ambición, tampoco le falta, pero no le produce calentura ni fiebre al exterior, y de no haberla visto satisfecha, no le hubiese el deseo desgarrado la piel, sin que por eso crea que no le hubiese requemado alguna entraña.

Siente todas las susceptibilidades de la delicadeza y las respeta en todo el mundo, por nimias que las juzgue; agradece hasta el saludo; tiene para los favores más generosidad que justicia si se mira al favorecido, y en esto, como en todo lo que es accidente de la política, se porta como sus iguales, y no es ni mejor ni más malo que los otros.

Si fuese preciso que yo digera de qué presume, no sería posible. Sus impulsos los despierta frecuentemente en su ánimo el concepto que los demás le merecen y la relación entre los méritos y las grandezas conseguidas. Pero si yo quisiera decir aquello de lo cual nunca he presumido, lo escribiría en pocas palabras:

—Tiene la condición creyente y la sensibilidad exquisita, pero el instinto del arte completamente muerto.

Entre los santos de Fra Angélico y las vírgenes de Rafael, pensando en la otra vida, prefiere los santos de Fra Angélico. Y entre las pinturas lamentables de las sacristías donde la Concepción

aparece rodeada de espinas punzantes, y las Marías, madres de Jesucristo, que han inmortalizado los flamencos, no rezaría seguramente á las primeras.

De la música no hay que hablar. Aborrece la ópera, y la instrumentación sinfónica le da vahídos. Cuando alguna vez oye dos actos de un drama lírico, se entera del argumento, pero no distingue las voces.

Del teatro, lo que más le satisface, son los estrenos.

También todo esto me lo han contado.

Falta saber ahora si el conde de Toreno estará de acuerdo con todo lo dicho.

Pero si no lo estuviera, ¿qué remedio? Ya no se puede enmendar.

Y doy fin á estas líneas en gracia á que, después de lo referido, ya no les puedo sacar á sus amigos un palabra del cuerpo.

DON MANUEL MARÍA DE SANTA ANA

Don Manuel María de Santa Ana.

¿Quién no conoce á Santa Ana de vista, de nombre, de figura ó de condición?

Rindiendo tributo de justicia al trabajo sin desfallecimientos, á la actividad sin tregua, y á la honradez intachable, hay que conocerle porque hay que estimarle.

Es el único hombre público que, debiéndole mucho á su generación, se lo ha pagado todo, convirtiendo el periodismo en información, haciendo carrera y porvenir de su ejercicio, devolviendo sus caudales adquiridos á la industria nacional, y preocupándose constantemente en las obras de caridad y de consuelo.

No haré su biografía, porque medio siglo muy largo, lleno de accidentes, merece un libro al estilo francés: unas *Memorias*.

Las *Memorias* de Santa Ana no las publicará nadie, porque él no las escribiría jamás.

Y cuando en las expansiones del trato familiar y la amistad cariñosa refiere episodios de sus azares y aventuras, los cuenta sin orden ni hilación de hechos y causas, como los recuerda, y muchas veces no los recuerda bien... como los ha sentido. Entonces su palabra es más rápida y espontánea, su mirada se anima; su rostro en movilidad constante trasmite al relato mayor interés, la frase brota de sus labios atractiva y llena de expresión, y os hace reir y llorar, perdonar y creer; que Santa Ana, como los grandes humoristas, como aquellos hombres qne averiguaron el secreto de las cosas corrientes, ha descubierto el placer de una sonrisa en el fondo amargo de la vida social.

Es el hombre de la conversación, y recuerda los diálogos de Tackeray con sus contemporáneos, los cuentos de Gallardo á sus amigos y las confesiones de Campoamor entre sus partidarios.

Recogiendo estos ecos podremos trazar apuntes ligeros y líneas desvanecidas, como los recuerdos, como las impresiones.

Nació D. Manuel María de Santa Ana en Sevilla el año 1820.

Una juventud sin impurezas, una vida sin remordimientos y un corazón sin hiel, garantizan la existencia prolongada y contienen la vejez y los achaques.

Los sesenta años cumplidos los lleva Santa

Ana con tanto desahogo, que ni los siente ni le pesan.

Hijo de una familia aristocrática, en su abolengo, y pobre, pobrísima de recursos, Santa Ana heredó de su padre, tenazmente perseguido por el Gobierno absoluto, el amor á la libertad, y de su madre virtuosísima, la fe católica.

En aquellos trances angustiosos la santa mujer que educaba á su hijo en el temor de Dios, llevaba con resignación mártir la pesada cruz de una existencia tan precaria, que en muchas ocasiones no podía satisfacer las primeras necesidades de su hogar.

Santa Ana, dice hoy llorando todavía la muerte de su madre:

—«¡Cuando no podía darnos de comer nos hacía rezar y encomendarnos á Dios!»

Apenas mozo, entró á servir de escribiente en la casa de un abogado de Sevilla, vecino suyo y paisano, que desde el primer día miró en nuestro amigo, no al joven de aspiraciones, sino al amanuense necesitado y explotable.

Por todo salario y renta le señadó una peseta diaria. La familia de Santa Ana vivió algunos años sin otros recursos, pero cansado el escribiente de *pedimentos* y *demandas,* se dedicó á la medicina, al teatro y al periodismo.

Si es cierto que hay un gran fondo de verdad en aquella afirmación que define el talento como suma de aptitudes, como capacidad, como dispo-

sición cerebral para pensar y concebir muchas ideas, en Santa Ana el talento es lo indiscutible.

Toda su vida revela la constante ebullición de su pensamiento, transmitida al centro nervioso, y comunicada á todo el organismo que lo mueve y lo domina con absoluto imperio.

En los primeros años no supo resignarse á una sola ocupación ni á un solo oficio, y hoy conserva aquellas mismas energías y aquellas mismas aptitudes.

—Mi afán no se logrará—dijo cuando comenzaba á escribir—hasta que pueda un día, al ponerse el sol, contar á todos los españoles todo lo que ha pasado desde el amanecer.

—¿Y si todo no les interesa?

—Me importa poco. Lo que yo quiero es que todo lo sepan como se deba ó como se pueda decir...

Y publicó las *Hojas Autógrafas*.

El primer periódico donde Santa Ana obtuvo una plaza fué *El Diario de Sevilla*, dirigido por D. Francisco Alture, un hombre original, que vino con algún dinero del Perú y lo perdió en malos negocios para su bolsillo.

Alture era el dueño del periódico, Santa Ana el director; había otro infeliz como ellos, interesado en la empresa, y era Gallardo, un fraile de San Juan de Dios, que murió como había vivido, en la paz más santa y en la mayor miseria.

El programa y las ideas de aquel periódico eran

las que Alture profesaba con envidiable fe ante los horrores de la primera guerra civil.

—Soy liberal, declaraba, y mientras haya un carlista con las armas en la mano, no soy más que liberal. Sirvo á mi país, pero no sirvo á los enemigos de la libertad. Y creeré siempre que son peores los que obedecen que los que mandan.

De este modo aquel periódico fué ministerial alternativamente de los progresistas y de los moderados.

Si Santa Ana se dejó ó no influir por esta doctrina, lo dice su periódico, lo pueden juzgar los habituales lectores de *La Correspondencia de España*.

Por entonces escribió Santa Ana su primera comedia, probó los cursos en la Escuela de Medicina, fué de los vencedores en el motín de septiembre, y ascendió de escribiente á oficial mayor de las *rentas decimales*.

Los quehaceres de la oficina le llevaban á mal andar, la ciencia de Hipócrates no le convenía, el éxito del primer pronunciamiento en que figuró como buen progresista le sedujo para mayores empresas; quería hacer ruído y hacer fortuna, y sin más reputación literaria que la de su comedia puesta en escena por José Máiquez, ni otros derechos de autor, cobrados, que un sombrero, regalo del empresario, porque la entrada del estreno no cubrió los gastos, llegó Santa Ana á Madrid el año 1842, depositó la certificación de médico en el Co-

legio de San Carlos, la comedia en manos de Lombia, pasó por la redacción de *El Patriota*, hizo su fe política de progresista, y preparó con los redactores de *El Primero de Setiembre* la sublevación de Cartagena y Alicante en 1843.

Oculto después, y perseguido con grave riesgo de su vida, debió á su gran amistad con D. Agustín Estéban Collantes, secretario entonces del gobierno civil de Madrid, el favor de un pasaporte, y emigró á Francia.

Vuelto Santa Ana á su país en 1845, le olvidaron sus correligionarios los liberales, y antes que tomar un puesto en otro partido intentó fundar varios periódicos, sin que el éxito respondiera á sus planes.

La Francia arrojó entonces de su trono á los Orleans: un vástago de aquella familia vino á la Península; Santa Ana fué su primer amigo en Madrid... Años después había de ser el último de los fieles; y con el huésped francés regresó Santa Ana á Sevilla, nombrado cerca del personaje con un cargo de confianza y de valimiento.

El Orleans era el duque de Montpensier.

Desde aquel día Santa Ana vivió muchos años verdaderamente sometido por la voluntad y la adhesión más firmes al duque francés, infante español.

En San Telmo, en Randan, en los palacios y castillos de Montpensier había reservada una habitación independiente, que se conservó mucho

tiempo y aún se guarda en alguna de aquellas residencias, con un cartel sobre la puerta, que decía:

De Santa Ana.

Si los grandes afanes se tradujeran por inscripciones sobre el corazón, en el de Santa Ana hubiera podido leer todo el mundo:

¡De Montpensier!

Y si algún auxilio prestado en los días tristes puede obligar, por baladí que sea, á un agradecimiento sin límites, el hijo de Luis Felipe encontró en las últimas agitaciones que podía su nombre provocar, al mismo partidario, al amigo leal que en el famoso artículo de los *Por qués* comprometió su periódico y su fortuna en defensa de la candidatura montpensierista.

Santa Ana fué separado de la casa de Montpensier por influencias más altas y por causas políticas; porque Santa Ana puso en relación á D. Antonio de Orleans con la mayor parte de los hombres más importantes de los partidos liberales monárquicos.

Habiendo regresado á Madrid, otra vez adquirió nuestro amigo con el duque de Montpensier el compromiso solemne de escribirle diariamente una carta particular, dándole noticias.

El corresponsal cumplió su encargo de tal manera, que el duque de Decazes, secretario entonces de la embajada de Francia en España, propuso á Santa Ana la remisión de iguales correspondencias á los periódicos del país vecino.

Así se propagaron las *Hojas Autógrafas* al extranjero, antes de que en España fueran conocidas, é impresas en aquella máquina modestísima que hoy guarda bajo un fanal el propietario de *La Correspondencia*.

La nueva empresa tuvo pronto gran resonancia, el nuevo periódico adquirió mucha autoridad, y Santa Ana fué durante un año redactor, administrador, calígrafo, maquinista, y todo á un tiempo.

Emilio Girardin, socilitó para su periódico la exclusiva en la publicación de las cartas que remitía Santa Ana al extranjero. Y *Las Novedades* debió la mayor tirada de su tiempo á ser en España el solo diario que publicaba por 3.000 reales las noticias que recogía nuestro compañero.

¡Las noticias, los rumores, los ecos, las fantasías!

Lo que era entonces la ansiedad, y lo que es hoy el periodismo: lo que nace con el día y con el día muere y desaparece.

El sueldo pareció excesivo á los propietarios de *Las Novedades*. Se consideraba que el primer redactor noticiero de España no podía ganar semejante suma, y se rescindió el contrato privado y particular. Santa Ana convocó entonces á todos los directores de los periódicos de Madrid y les propuso facilitarles un servicio completo de noticias por 8.000 reales mensuales. La proposición fué recibida á carcajadas. La sesión se levantó sin tomar acuerdo. Santa Ana tenía el secreto de hacer una

fortuna, lo contaba á todos, y lo ofrecía al que lo quisiera comprar. Las noticias que dió el primero en 3.000 reales y después en 8.000, habían de producir millones, y como el billete de la lotería que ha de salir premiado, todo el mundo lo podía comprar, y todo el mundo lo abandonó sin interés y con desprecio.

Continuó Santa Ana publicando las *Hojas Autógrafas* para diferentes periódicos, y el éxito que pronto alcanzaron también en España despertó el mismo deseo de escribir algo semejante en otra persona, que ha dejado una reputación universal de especialista en este mismo ramo del periodismo, en nuestro inolvidable amigo Campo y Navas, más tarde el gran auxiliar, el compañero inseparable, el discípulo predilecto del propietario de *La Correspondencia*.—*Mi querido Campo*, como le ha llamado Santa Ana constantemente.

Al aparecer la hoja autógrafa *El Correo*, se imprimió en caracteres tipográficos *La Correspondencia de España*, y quedaron establecidas su Redacción y Administración en el Pasaje de Matheu.

El primer número salió á la calle en manos de los aprendices de la imprenta, y los redactores y amigos del nuevo periódico se repartieron en los cafés para esperar y recibir dignamente á la publicación recién nacida.

Entraron por fin los *vendedores* en aquellos puntos más *céntricos* con los paquetes bajo el brazo,

mientras los compradores *ad hoc* gritaban, ofreciendo cada cual una moneda de cobre:

¡*La Correspondencia*, venga *La Correspondencia*!

Repitiose el espectáculo en todos los sitios públicos durante ocho días, y al acabar el mes el periódico noticiero alcanzó una tirada de 6.000 ejemplares, que ha ido en aumento, sin excepción de un sólo día.

Poco tiempo más tarde subió al poder la Unión liberal y se encargó de la presidencia del Consejo de ministros el general O'Donnell.

Santa Ana mereció del duque de Tetuán un afecto entrañable. Conocedor íntimamente de la política del general, cuanto el duque de Tetuán pensaba, y sobre todo lo que el vencedor de Africa quería, anticipadas opiniones, Santa Ana lo hacía público en *La Correspondencia*. Se discutía el asunto, se comentaba y se alegaban razones en pro y en contra, ignorando los mismos polemistas que aquella discusión la provocaba el mismo presidente del Consejo de ministros. Y después se decidía el general O'Donnell en el sentido que estimaba más conveniente sobre el caso examinado y controvertido.

Un paréntesis.—Vengamos á los últimos días del mes de diciembre de 1881. Nuestros lectores recuerdan que antes de suspenderse la legislatura se discutió la conveniencia de un largo interregno para facilitar el planteamiento de las reformas eco-

nómicas, y que la idea de estas vacaciones parlamentarias se acogió como si fuera solamente la genialidad de un periodista. Pues bien; ese tema se llevó á la prensa por un acuerdo del Consejo de ministros. El Sr. Sagasta hizo en esta ocasión lo mismo que en otras había hecho el general O'Donnell.—Cerremos el paréntesis.

Por aquel tiempo de la Unión liberal, Santa Ana había resuelto el problema de la vida, y cedió al antiguo director de *La Epoca*, después marqués de Valdeiglesias, la propiedad de *La Correspondencia*, mediante la suma de doce mil reales mensuales y treinta mil duros, que habían de cobrarse al terminar el plazo que hacía el contrato definitivo. La causa principal que movió á Santa Ana para esta especie de traspaso, fué la imposición de algunos hombres políticos de aquella época, que solicitaron á *La Correspondencia*, para más agravar una situación crítica, en que las pasiones de los partidos habían colocado al Sr. Esteban Collantes. El propietario de *La Correspondencia* recordó que quizá debía la existencia al antiguo secretario del gobierno civil de Madrid, y por no hacerle una guerra que estimaba injusta, vendió el periódico.

Hay algo de fanatismo en el carácter de Santa Ana, algo de superstición en su fe. Se ha creído siempre en aptitud de recibir favores de la fortuna á cambio de acciones honradas y no las ha regateado nunca. Un acto de gratitud le quitó de sus

manos la base de su fortuna y otro móvil de agradecimiento le devolvió *La Correspondencia*.

Fué de la manera siguiente, si mal no recordamos:

Santa Ana se enteró de una hábil intriga fraguada contra el duque de Tetuán, mientras el general O'Donnell ganaba en Africa todos los combates, y se apresuró á proponer á Escobar la rescisión del contrato, para convertir *La Correspondencia* en un periódico *O'Donnellista*, sin condiciones. Después de algunas dificultades nacidas de la misma redacción de la escritura, y de pagar la indemnización lealmente convenida, volvió *La Correspondencia* á poder de su antiguo propietario.

Los periodistas españoles han sido pobres en todas las épocas y en todas sus vicisitudes, aunque haya sido tan merecida su reputación como la del marqués de Valdeiglesias. Si Escobar hubiera encontrado treinta mil duros, *La Correspondencia* hubiera sido suya desde el primer día en que representó un caudal.

El general O'Donnell no olvidó jamás este arranque de Santa Ana, y contra el deseo de todos sus compañeros de Gabinete le hizo diputado. Y le distinguió hasta el último momento de su vida con un cariño verdaderamente paternal.

Al tomar asiento en el Congreso, Santa Ana poseía una gran finca con su periódico y *echó coche*. Sobre la portezuela de la berlina se leían estas iniciales: M. M. S.

Manuel María Santa Ana, leía todo el mundo.

Manuel del Palacio leía otra cosa: *Madrid me sostiene.*

En la época revolucionaria, Santa Ana hizo la campaña montpensierista con tal desinterés, que no será nunca bastante apreciado, porque no será tampoco bastante conocido.

Si los detalles secretos de aquellos hechos no estuvieran destinados al olvido, ¡qué de curiosidades, qué de cosas, qué de nombres podría referir nuestro buen amigo!

Pero no se le puede hablar de aquella época. El, que todo lo ha contado y que todo lo ha entregrado á la publicidad, morirá con su único secreto... con el secreto de muchos hombres políticos eminentes.

A nosotros nos toca respetar esta reserva. A los demás les tocará aplaudirla.

***

Santa Ana descansa hoy sobre sus laureles.

La fortuna adquirida le proporciona una existencia completamente desahogada, y no pródiga ni espléndida con despilfarro, porque es un capital destinado á la creación de nuevas industrias.

Si hubiera prestado al Tesoro, negociado en papel de la Deuda, intervenido en las subastas de las obras y los efectos públicos y comerciado con la

Hacienda, puede ser que viviera en una opulencia bancaria y en un sibaritismo oriental.

La usura le hubiera hecho un Creso.

Su fábrica de papel lo ha convertido en un industrial más útil para su país que para sí mismo. Aquel centro de fabricación parece una ciudad levantada á peso de oro, y de oro de ley, de oro legítimo, ganado de tal manera, que todo el mundo conoce su origen.

Es un manantial que fluye y aumenta poco á poco, porque crece con agua limpia.

Las condiciones especiales del carácter de Santa Ana le han apartado de los trabajos de pensamiento y especulación intelectual. Reflexiona poco, pero ama mucho: á su patria como un fanático, á la libertad como un enamorado, á los pobres como un amigo y á sus hijos como un loco.

Su vida es la de un estudiante; menos todavía: la de un colegial. Se despierta con la aurora y vive con el sol. La última impresión que recibe el día que trasnocha, es la tranquila y risueña del primer acto de una comedia, ó la más plácida y más dulce de una romanza de música alegre y popular.

Cuando el acto segundo de una obra escénica le sorprende en el teatro, es porque se ha dormido...

Su amor á la prensa periódica no tiene límites. Parece en este fanatismo un iluminado como Castelar. Y se da tono hablando de sus amigos los periodistas, como Silvela y como Navarro Rodrigo.

La prensa—dice—no delinque ni puede delinquir. Es el poder más grande, más ilustrado, más fuerte, y debe ser el menos responsable. Es la opinión que llena el horizonte, la tribuna más ancha y la palabra más elocuente. La otorgaría todos los derechos, y contra mí mismo, hasta el de la calumnia.

Ha sido amigo de todo el que ha deseado su amistad, y favor que pueda rendir, más difícil es de solicitar que de obtener. No odia á nadie, porque no sabe odiar. No quiere mal ni á sus enemigos, y si fuera posible hacer un balance de los afectos recíprocos, sus mismos adversarios resultarían los más favorecidos por Santa Ana.

Toda su filosofía se encierra en esta máxima:

—Enseñar á obedecer. Cuando los hombres de mi país sepan obedecer—repite—sabrán mandar.

Vamos á concluir con una *rectificación*.

Se ha dicho en un libro de historia, que el matrimonio de Isabel II se concertó en los primeros tiempos con el infante D. Enrique, y que esta combinación fracasó por el conocimiento que llegó á la corte de una hoja progresista firmada por el infante y sorprendida por los redactores del antiguo *Heraldo*.

El moderantismo la utilizó en su provecho y se deshizo la boda.

Doña Isabel se casó después con D. Francisco.

Durante algún tiempo, la redacción de la hoja se atribuyó á Santa Ana. Pues bien; el rumor carecía de fundamento.

La hoja la redactó el general Araoz, secretario del infante D. Enrique. Santa Ana no era más que... secretario del general Araoz.

Entonces Santa Ana era monárquico; hoy Santa Ana tiene puestos su corazón y sus ojos en la dinastía reinante.

Su único interés político es el interés de la Reina Regente.

Tarde lo agradecieron los Gobiernos, pero al partido liberal, á Sagasta corresponde al fin la justicia de haberle propuesto para el nombramiento de senador vitalicio, indicación que anhelaba hace ya mucho tiempo la señora augusta que rige el trono de D. Alfonso XIII.

DON CRISTINO MARTOS

Don Cristino Martos.

Vir bonus dicendi peritus.—Este es el orador, según los clásicos.

Dicendi peritus.—Este es Martos.

Si es además bueno ó si es malo, eso no depende para que dicho sea ni de su voluntad ni aun de su condición, que podría ser una ú otra cosa y no tener la fama de lo que fuese; eso de la bondad para que se diga dependerá siempre del juicio ajeno, por lo mismo que la historia no la escriben ni los grandes actores que en ella figuran, ni los críticos de su tiempo, ni los testigos de vista mucho menos.

A mí me parece que jamás ha sido mejor político que en los tiempos actuales, en que no hace política suya, sino que defiende y habla bien de la

política que otros hacen; y si por caso posible la política que apoya es la que siente y la que él mismo aconseja, iría, en mi parecer, más lejos, y aun llegaría á confesar que por menos mala debiéramos tenerla si hasta el fin dejara que otros la realizasen.

Martos fué un político de sistema completo en todos los años de su vida pública, y hoy no lo parece. ¿Será mejor por eso?

Vamos á verlo. La semblanza es como la fotografía: una sombra del parecido. Ni es todo el original como la pintura, ni toda la existencia como la biografía. Me basta por lo mismo fijar un momento en la historia política de Martos, el momento presente, para trazar algunos rasgos de su gran figura y algunas líneas de su carácter y escribir debajo:

—«Así es ahora.»

Peritísimo en el decir como nadie, es el orador que mejor habla. Gramático intachable, quizá ignora ya, y las olvidó, las definiciones elementales de la gramática, y maestro consumado en la sintaxis de sus discursos, es único y sin rival en la recta y admirable pronunciación que llamaban prosodia los latinos.

Es el orador más castellano. Hoy es el más clásico.

Moisés, que pidió al mismo Dios que le concediese la elocuencia, fué sobrio, pulcro y elocuente. Martos tiene como orador las dos terceras partes del mérito de Moisés: elocuente y pulcro.

Y como el autor del Decálogo condujo á su grey á la tierra prometida: y Martos, que entró en ella, vive como huésped, vive como protegido, vive como la mujer romana, en tutela constante, según la frase de Castelar; hoy bajo Sagasta, ayer sometido á Ruíz Zorrilla, á Prím mucho antes, y al mismo Rivero en los albores de su vida brillante y agitada.

¡Siempre el segundo y nunca el primero!

¡Talento portentoso para no oscurecerse jamás, y suerte maldita para no dejarle acertar más que en las aproximaciones!

Su elocuencia no está en los medios externos de su organismo, ni en la acción suelta y desembarazada, que no la tiene, ni en aquella cabeza mal colocada; pero bien erguida, ni en la fisonomía de fraile mercenario, ni en la estatura, que recuerda la de Thiers, ni en la ancha y maciza complexión; está en su frase, en su laringe asombrosa y en sus intuiciones literarias, que le trasforman en verdadero artista, genial, inspirado, elocuentísimo.

¡Contrastes de la misma naturaleza! Quien pone en la política las esencias sobre las formas, es en su gran mérito y en su gloria entera forma y sólo forma.

Sus ideas, sus convicciones, los dictados de su conciencia, cuanto cree, cuanto imagina, vale principalmente, porque él lo dice, vale porque su expresión corporiza, talla, cincela y esculpe su pensamiento.

Los discursos de Martos están todos en el Diccionario de la Lengua como en las canteras de Toledo hay cien *gladiadores moribundos;* pero si únicamente el arte clásico los descubriría en aquellas moles de mármol, con el Diccionario y sólo con el Diccionario, no hay quien haga discursos eternos si no los hace Martos.

No dejará libros á las generaciones que le sucedan, porque no estudia si no es hablando, porque no piensa más que hablando, y siendo un escritor que se adivina, tampoco ha escrito otra cosa que discursos. No ha entrado en la Academia española por lo bien que escribe; ha entrado en consideración á lo bien que escribiría si escribiese como habla.

De tal manera aquella naturaleza oratoria se impone á todo su sér, que habla improvisando sobre lo que otros han meditado, y lo que es *discurso* como *facultad de la razón*, no lo hace nunca, porque lo toma hecho de los demás.

Ahí tenéis el secreto de la profunda atención con que sigue todos los debates parlamentarios, intervenga en ellos ó no intervenga, tome la ocasión, buena ó mala, ó guarde silencio hasta que se presente la mejor.

Y el hombre que pasa su tiempo dando formas irreprochables á las ideas que no lo son, considera en el régimen de los Estados que las formas de gobierno son accidentales é inventa ese funesto embolismo, que sólo porque él lo ha definido, perturba

todavía hondamente algunos espíritus bien intencionados, ó sirve de máscara y disfraz á intenciones dañadas y á corazones enfermos.

Cierto es que afirmando la democracia, como afirmando la limitación de las libertades, como afirmando cualquiera otra teoría honrada dentro de la república y dentro de la monarquía, se puede pertenecer sucesivamente á todos los partidos por su lado generoso y á ninguno por su lado funesto; pero eso que está bien dicho en las academias, excelentísimo señor presidente del Congreso, eso estaría muy mal hecho en los Parlamentos.

Además, y para mí esto es evidente, además, creo y repito, con D. Antonio Cánovas del Castillo, que ni ahora ni nunca se llevará á la práctica ni se realizará el ideal completo de nadie, sino aquella parte del ideal que taxativamente permitan las circunstancias.

La monarquía no tiene sus atributos esenciales en los símbolos de la majestad, sino en los sentimientos y en las tradiciones de un país.

Moreno Nieto la llamaba la gran magistratura de los siglos.

Renán la vió surgir constantemente del instinto popular.

Y pensar que en España, donde la monarquía ha sido la gran magistratura histórica, donde ha realizado la unidad nacional y donde ha surgido verdaderamente de los institnos populares; pensar que entre nosotros podía ser la monarquía cosa

accidental, más que consejo del orador á sus aliados, parecía venganza de ofensas desconocidas, porque allá quedaron ellos los que no le siguieron en su última evolución aferrados á las preocupaciones de la frase, y así viven los que alejados de su apóstol mantienen todavía la accidentalidad de las formas de gobierno, como los canarios en el globo de cristal que á su vez está dentro de la pecera: ni en la tierra, ni en el agua, ni en el aire.

Martos está absuelto, porque si hizo la frase para alejarse de la monarquía, más tarde inventó para volver á ella la honestidad de las distancias.

No tan fácilmente como la monarquía lo ha perdonado, y no como la monarquía para colocarle en su natural asiento, le hubiera perdonado el ilustre Rivero aquella otra frase que hizo Martos para lanzarlo de la presidencia en las Cortes republicanas, suponiendo, porque el presidente le aconsejaba el silencio, que la libertad acababa con la monarquía y la tiranía se levantaba con la república; ni González Serrano, á quien hizo con otra frase que se le olvidase una rectificación que la propia defensa exigía y demandaba; ni el mismo Castelar, que tiene el corazón generoso, le habrá perdonado aquella definición de sus debilidades, cuando Martos le acusaba de que en los banquetes forzosamente quería ser el anfitrión, en las bodas la novia y en los entierros el muerto, ya que no hay papeles más principales en aquellas escenas de la vida real.

Pero es lástima que no haya deshecho alguna confusión de la mucha que levantó su elocuencia con la misma riquísima sintaxis que tan blanda y complaciente se muestra para satisfacer sus aficiones y sus empeños, porque todo lo dice bien, hasta lo perjudicial; y aquí se trasparenta su buena índole, porque son mejores personas las que pintan el vicio amable que las que pintan degradada la virtud.

No es Martos de la raza heróica, ni se parece á los patricios contemporáneos de César, ni debió nacer en la edad de las batallas y de los juicios de Dios, ni siquiera hizo falta el Dos de Mayo de 1808 en ninguna parte; porque todo lo son en su vida los sentimientos y las pasiones dulces del alma, y poco influyen en Martos el pensamiento ni la creencia.

Quiere á sus amigos y no aborrece ni á los ingratos; es cariñoso hasta la solicitud y habla bien de todo el mundo—rara cosa—y en los desvanecimientos de su amor propio, que los tiene sin duda, porque en la política los tiene todo el que ha sido siquiera jefe político ó diputado cunero, en sus desvanecimientos, repito, se considera el amigo necesario y predilecto de los dos hombres con quienes pretende al compararse que se mejora y que se eleva, Cánovas y Castelar. Y sin llegar á invidiarlos, reparte á los dos desigualmente su cariño, y quiere á Cánovas como á hermano gemelo, y quiere á Castelar como á hermano menor. Por eso lo

quiere más, porque sabe, como gran jurisconsulto, que el cariño que desciende es el cariño más grande, pues á un tiempo ama y protege.

Vive bien, y su casa, abierta á sus amigos, está dispuesta y gobernada para las comodidades más que para la ostentación y el aparato. Pertenece al número de los oradores que gozan comiendo, pues le han dicho que la primera víscera que se resiente por el uso excesivo de la palabra es el estómago. Es miope en unos términos ó en unas limitaciones alarmantes, y aunque más que ver, adivina, mira en línea recta, mirada poco frecuente entre los políticos cortos de vista. Gran actor, grandísimo y espontáneo actor, saluda con agasajo, conversa con énfasis, se yergue sin rigidez y se dilata sin hinchazón. Tiene en la blibioteca tres mil volúmenes y casi todos conservados admirablemente

Ama los salones con afición decidida y creciente, como todo el que llega á frecuentarlos muy tarde, y sus grandes pasiones fueron en todo momento y ocasión los juegos de azar. Los juegos de azar, que son tres: el amor, la política y los naipes.

Es un abonado á los toros que sabe de las suertes tanto como Romero Robledo y Albareda, y un fumador con tan buenos cigarros como León y Castillo y como Elduayen, y juega á billar como Sagasta, y conserva con el alma joven todas las inclinaciones y todos los anhelos de los pocos años.

Así le juzgo y así le creo, y por tal le tengo y como á tal le admiro.

Para concluir. He dicho que por lo mismo que hoy no aparece como un político de secta, podría ser más útil á su patria que lo fué en toda su vida anterior, y entiendo haber escrito una verdad positiva y una apreciación imparcial ya demostrada.

Pero los que todavía le crean funesto, recuerden que San Vicente Ferrer fué político revolucionario, orador tribunicio, y algo martista en su tiempo; y después de ser martista, orador y político, fué santo.

DON ALBERTO BOSCH

Don Alberto Bosch.

Ingeniero que no practica, abogado que no ejerce, químido que no descompone, naturalista apasionado, matemático presumido como todos los matemáticos de mi país, socialista casi á lo Proudhon, dado á la astronomía y á la literatura, director de Establecimientos penales por un discurso sobre la legislación de la imprenta, subsecretario por un acta de oposición, alcalde de Madrid por haber sido subsecretario, y ministro futuro por el asentimiento de la plebe á la elección de los magnates, Alberto Bosch fué tantas cosas, que desde el Ateneo de Madrid á la Sociedad Económica, y desde el Jardín Botánico á la Escuela de Caminos, folletista, conferenciante, orador, no hay Academia que no le conozca, ni público que no le haya escuchado, ni junta que no le solicite.

Primero fué un párvulo despierto, después un infante aplicado, un joven sobresaliente, un hombre de provecho, un político á lo Dikens, giratorio

para tomar el sol mucho tiempo, y un alto funcionario que llenaba el sillón sobradamente.

Después fué un amigo inútil.

—¿Por qué tan ingrato?

—¡Ah! contestaba quien le conocía. Hasta que no complete su personalidad, no procurará por la del prójimo.

Sabe las lenguas del alfabeto y los idiomas del álgebra y de la aritmética; conoce tantos libros como los eruditos, y no lo parece, porque no luce como los tontos lo que sabe, sino que, como los usureros, lo explota y lo utiliza.

Es el hombre de su generación más adherido á la realidad, y vive como los vegetales, alimentándose con los jugos de la misma tierra que lo sostiene.

El día que suba el último escalón del personaje habrá de compartir el juicio de la crítica ó la admiración de los favorecidos entre el reconocimiento de sus méritos y la compasión de los pretendientes que le sirvan de escolta. Hoy, en las vísperas de su gran triunfo, no tiene un adulador que le siga y le acompañe. Mañana no tendrá nadie derecho á sus primeros favores, y él se encargará de recordarle, al que los solicite, esta agreste soledad, á la que su desdén le lleva y en la que tranquilamente le contemplan los menos indiferentes á su persona, ya que no sea cosa de decir los más adictos ni los más entusiasmados de su amistad y de su confianza. Naturaleza impasible y condición excéptica,

fría la sangre y helado el corazón, finge la animación de la sonrisa y se deja impresionar en el grado y en la medida que aconsejan las circunstancias.

Toda la vida la tiene en el pensamiento, todas las entrañas en la cabeza, todas sus aptitudes en las facultades de su razón, y su perfección orgánica es precisamente su organización cerebral.

Pesimista de nacimiento, cree que el mundo es una cadena de desdichas, y que la única manera de no entristecerse es vivir en continuo alejamiento de sus preocupaciones. Por eso estudia. Y no sabe tanto como él se figura, pero sabe mucho más que todos sus rivales, ministros y ex-ministros.

De los vientos de la vida sólo uno ha sido constante para Alberto Bosch: el viento de la suerte. En la cuna, en el altar, en la vida pública, en todas partes las auras del éxito han acariciado aquella frente serena, aquella fisonomía satisfecha y maldiciente, aquella cabeza que todo lo que tiene de vulgar lo tiene fuera, aquella figura jevenil que, aun usando buena ropa, más que vestirla la tapa su propietario.

Y aquella cara redonda y afeitada, y aquella calva irregular y antiestética, y aquella corbata de colores y aquellos alfileres de todas las piedras, y el eterno *chaquet* y el constante charol, son las debilidades de un talento agudísimo; de un hombre que en ciencias y en literatura tiene el buen gusto de los clásicos y la delicada percepción de los contemporáneos de Luis XIV.

Si llevara Albero los trajes de los agonizantes y los envanecidos, si usara de la levita jurídica de amplia solapa y de la chupa curialesca desabotonada y abierta, como los hombres de Consejo y los consejeros de todos los hombres, Alberto Bosch se llamaría *Don Alberto*.

Pero entregado á todo el mundo, tan fácil al olvido de las ofensas como al trato superficial del primer transeunte, y con un corazón que ama poco, pero que no aborrece mucho, es un hombre del día en las Academias y en los Parlamentos, con el cual se transige, pero no se intima, se le considera sin temor y se le va dejando de envidiar porque ya va acabando de subir.

La envidia es como el humo, que rodea al fuego chico, pero que lo disipa la mucha llama.

Es padre de familia ejemplarísimo. Educa á sus hijos con la misma solícita educación que ha recibido. Procura despertarles la soberbia negando la autoridad del padre de familia. «Si existe semejante autoridad—dice Bosch—yo renuncio á ella, porque la familia es la única sociedad que puede vivir sin gobierno, y ésta sería la vida ideal de las naciones.»

Ama á la mujer más que la quiere y la admira más que la ama. De aquí su aforismo: «El espíritu de la mujer es como el jardín del paraíso, que produce sin trabajo.»

Es un hombre sin costumbres. Ni la de fumar ni la del café, ni la del teatro, ni la del salón, ni la

del paseo. No tiene un vicio. No falta quen crea que no tiene una virtud. No conozco á su mejor amigo, aunque conozco á los que más le estiman, porque la amistadad es un afecto recíproco, y para las reciprocidades públicas, Alberto Bosch rige dudosamente.

Sé quién le tiene en más y quién le confía sus secretos; lo que no sé, ni sabe el más interesado, es si esto sucede por impulsos del corazón, ó por afinidades del juicio, ó por coincidencias murmuradoras, ó por reflejarse en el fondo del pensamiento de los dos las mismas imágenes de los hombres, los mismos horrores y las propias impurezas de cuanto alrededor se agita y sobre su estatura se levanta.

Si fuese menos artista en sus abstracciones sería más revolucionario, y nó á la manera de los energúmenos, sino á la manera de los implacables, que son más fríos, pero que son peores.

No sé si cree ciegamente en Dios, pero me consta que cree firmemente en su deber. El cumplimiento de aquello á que viene obligado lo siente como nadie. No tiene más que un valor, y ese indudable, el valor cívico. Cuando era voluntario de la libertad en las Roquetas, se batía con los carlistas cuerpo á cuerpo. Cuando era alcalde de Madrid durante la epidemia del cólera, no hubo enfermo á quien no examinara y visitase. Si no hubiera sido voluntario no hubiera disparado un fusil contra los carlistas jamás; si no hubiera sido alcalde no hubiese visitado un colérico probablemente, porque ni

es un fanático en la política y se burla de ellos, ni tampoco es un filántropo en el mundo, ni lo será en su vida. Lo que hace no lo hace por imperiosa necesidad moral, sino por elemental obligación, si aneja va á su cargo ó á su nombre. Hay algunos mejores que él, hay bastantes tan malos como él, hay muchísimos peores que él seguramente.

Entiende la modestia á su modo. El hacer un favor enorgullece, y esa pasión del orgullo la siente Alberto Boch de tarde en tarde.

Tiene de sí mismo un concepto exacto, y tiene de los demás un concepto que está cuasi siempre lejos de la verdad. Y no se equivoca en perjuicio suyo cuando es juez de sí mismo; pero aún se equivoca menos en favor de los demás cuando examina sus méritos y sus calidades.

Todo lo dice sonriendo, y todo lo hace en broma menos los discursos. Sufre, cuando le llega el turno, una terrible enfermedad nerviosa el día antes de pronunciarlo, padece vacilaciones é inquietudes en el acto mismo de cumplir su compromiso, y después goza recitando los mejores conceptos ante media docena de amigos.

En su casa no hay más animal que un perro de cartón con las fauces abiertas, y por ellas arroja los papeles inútiles. Entre estos papeles he visto las cartas de las recomendaciones de todos sus correligionarios.

Se dedica con preferencia lamentable al estudio de la economía política, y es el único ministro po-

sible de Hacienda que estudia por las fórmulas algebráicas los problemas de la produción y distribución de la riqueza. Desdeña á los individualistas, y lo que está fuera de su doctrina no lo considera erróneo, sino vulgar. Así es que en la crítica molesta y en la condenación de las ajenas convicciones ofende. Es discípulo de Larra sin saberlo, imitador de Cánovas sin enterarse, correligionario de Romero Robledo, porque tiene más fe en lo suyo que en lo de nadie, gran amigo de Pí y Margall y gran discípulo de los jesuítas —¿Que no lo fué? —Pues merecía haberlo sido. ¡Ah! Y un grandísimo orador y un grandísimo retórico.

Un compañero suyo, que no lo acaba de comprender, quiso darme una definición de su rasgo distintivo y de su cualidad saliente. La voy á referir, y será el último perfil de esta silueta.

Había colocado su compañero el retrato de un sacerdote sobre la pared central de su despacho, y había escrito al pié de la fotografía este nombre:

ALBERTO LISTA.

Quiso después colocar otro que hiciera juego con el primero, y colocó á cierta distancia el retrato de Bosch. Debajo escribió lo siguiente:

ALBERTO LISTO.

Y me dió la última palabra de la semblanza.

DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

Don Antonio Cánovas del Castillo

Estamos delante de la primera figura de la Restauración.

Delante del español que más tiempo y más pacíficamente ha regido los asuntos de su país.

Delante del académico de todas las academias y del presidente de todas las juntas y del director de todas las sociedades.

Parece ya confirmada la eélebre sentencia. Donde esté Cánovas, cualquiera que sea el lugar que se le destine, allí estará la cabecera.

Es el primero, y á falta de rivales que oponer á todas sus aptitudes, parece el único.

Castelar, Martos y Salmerón pueden ser tan oradores como él y más en ocasiones precisas y en momentos determinados, pero ninguno tan polemista.

Mejor que él saben los pleitos Montero Ríos, Alonso Martínez, Silvela y Gamazo; pero no saben mejor las leyes, ni más original y rápidamente las interpretan. Cánovas ha encontrado en el Derecho penal vigente la ilegalidad de las propagandas republicanas.

—Ten entendido, le decía otro grande hombre amigo suyo, que nuestros abogados insignes, alguno también de tu propio partido, no están conformes con semejante interpretación del Código.

Así le decía Castelar, y contestaba Cánovas:

—¿Y qué importa eso? Los abogados de nota saben bien el derecho civil, que es el derecho de los ricos, pero no saben el Derecho penal, que es el derecho de los pobres.

Es un literato que heredó el estilo de la línea colateral de sus antepasados, y parece cuando escribe hijo de Estébanez Calderón y nieto de Saavedra Fajardo. No falta, y quizá sobre, quien escriba mejor entre los literatos contemporáneos, pero no hay quien le aventaje en la personalidad de su estilo sin ser enteramente suyo, ni menos en la varonil energía de su frase robusta. No somete al arte el razonamiento; cuando más, esculpe y talla, y hace del propio asunto surgir la belleza, la expresión y el atractivo.

Es un poeta que siente con el cerebro, y no oprime el corazón ni cuenta sus latidos, sino que escarba con la pluma y rasga el papel. En los períodos de su prosa no hay enmiendas, y en las pá-

ginas de sus versos hay más borrones que palabras.

Socialista del Estado frente al socialismo de las muchedumbres, cree, aun cuando en otra forma lo dice, que la democracia socialista es el elemento trágico del derecho y la democracia individualista atildada y teorizante el elemento lírico del derecho. Huye los fanatismos, y no es de los que afirman ni de los que niegan, sino de los que esperan. Y tampoco espera todo lo bueno, porque el optimismo ciego es la fe de los imbéciles.

Gran historiador, conoce y hace la filosofía de la historia, escribe rectificando á sus antecesores y enseñando á los que le estudian, afirma verdades como monumentos, y declara que en España lo que más vale es el hombre y lo que vale menos el suelo. Narra los combates de los ejércitos como Thiers, juzga y critica como si fuera testigo presencial de los acontecimientos, expone concisa y claramente, cuenta lo que aprendió como si lo inventara, y el dulce arcaísmo de su lenguaje lo maneja á maravilla en la sátira dogmática de sus audacias y de sus crudezas.

Si alude desde la oposición á los malos Gobiernos, añade *que nunca faltan*, y se ensaña con los favoritos y con los palaciegos, porque jamás ha creído que no mereciese todas las confianzas y que no se le debieran, sin solicitarlas como los cortesanos, todas las consideraciones.

Se cuenta que ejerciendo en cierta ocasión la

presidencia del Consejo de ministros, llegó á Palacio y le obligó un grande de España á dejar el bastón de junco en el momento de acercarse á la cámara del rey. Cánovas dejó el bastón.

Pero á las veinticuatro horas estaba reformada la etiqueta interior de Palacio, y á las cuarenta y ocho Cánovas pasó delante del grande haciendo molinetes con el bastón.

Cree que cualquiera tiene más pedestal, pero más estatura nadie.

Recuerda á Cicerón, que fué orador, jurisconsulto, hacendista, poeta, historiador y hombre de Estado.

Ha planteado todos los problemas de las ciencias morales y políticas y los ha resuelto con un criterio de conciliación todos ellos. Los discursos leídos desde la presidencia del Ateneo son un fidelísimo resumen del estado del pensamiento en Europa durante los últimos veinte años y primeros de la segunda mitad del siglo presente.

Sus libros constituyen una enciclopedia. Merece página preferente en la historia de España, porque se morirá sin llevarse al otro mundo ningún secreto, ni el de sus amigos.

Cuarenta años le guardó el suyo á uno que fué ministro.—Cuarenta años, dijo, le he guardado el secreto á ese hombre.—Al fin no pudo callar más tiempo y lo dijo.

¡Su amigo era tonto! Y no lo sabía nadie más que Cánovas.

Lo que piensa lo dice, lo que adivina lo entrega, lo que se figura lo afirma, lo que observa lo expone, lo bueno que reconoce lo extiende y lo malo lo confía. Sus confianzas son diatribas, y no quebranta las reputaciones ni niega el mérito de sus contradictores, sino que los arrasa, los pulveriza y los disuelve.

No araña como los satíricos, muerde como los leones.

Asistió á un entierro, miró la pompa, conoció á todos los personajes del duelo, hizo el recuento de la ilustre comitiva y volviendo la mirada al féretro donde iba el cadáver, le preguntó al que tenía á su lado:

—¿Pero se ha muerto el del ataud ó me he muerto yo?

Ninguna grandeza se sostiene ante su pensamiento más que la suya propia. Su orgullo es una pasión convencida, y su soberbia varonil no se parece á la del poeta clásico,

«Que aunque de estrellas coronada viene,
las que ella derribó son las que tiene.»

sino que las tiene propias, y las que derriba no se las ciñe, porque las desprecia.

No es suyo todo lo que se le atribuye, ni el fácil responder de las mismas frases que aquí estampo como suyas seguramente, porque las más de ellas son dichas para que mueran donde nacen, y

la indiscreción del que las oye, por el mero hecho de referirlas, las convierte en curiosidades retóricas y en adornos del lenguaje.

Aquel ministerio presidido por el general Martínez Campos, que según los liberales, hizo cosas buenas; según Cánovas, no hizo otra cosa que trastordar la Geografía, porque puso á Albacete en Ultramar. Improvisa las palabras, pero no improvisa los conceptos. Lo que el número de las gentes que sabe menos que Cánovas juzga como teorías inventadas sobre el pupitre, son convicciones antiguas y suelen ser axiomas de derecho público. Y lo que hay es que los españoles leemos media docena de libros algunos, una docena los menos, y veinticinco volúmenes el que más ha leío, y antes que confesar nuestra pereza, suponemos en el prójimo una fantasía desbordada y el numen de su invención siempre en actividad. Pero no hay tal fantasía; Cánovas ha leído y lee constantemente, conoce su biblioteca y conoce los archivos, sabe cuasi toda la literatura, poco menos que toda la política, mucho de la filosofía, grandísima parte del derecho y todo el arte y toda la historia.

Aquello de la Constitución interna es una afirmación incontestable, y la nación con sus glorias y sus tristezas, sus fuerzas y sus recuerdos, sus instituciones y su pueblo, la nación en conjunto total y completo es la nación soberana, y esta soranía proclamada por el primer ministro del rey Alfonso es algo más científica que la soberanía de

la muchedumbre, algo más nacional que la soberanía del club y algo más soberanía que el grito de la plebe.

La afirmación de su política internacional, aquella afirmación de un sentido común, superior á todas las combinaciones de los que arreglan el mundo como si hicieran un mapa; aquella afirmación, repito, de que un Estado no debe darse por ofendido de las injusticias del más fuerte si no puede vencerlo, porque la reparación, en el caso de no obtenerla por la paz, sería exigida por la guerra, el aniquilamiento después del agravio; aquella doctrina franca y lealmente expuesta la aceptó todo el mundo cuando en la oposición la proclamaba. Surgió después el conflicto de las Carolinas por todos fraguado y por él también, y él y todos olvidaron su declaración pasada; y quien dijo y enseñó á los suyos que en España eran consustanciales la nación y la monarquía, no debió consentir en ningún caso ni por consideración alguna manifestaciones en que se ahogaran los vivas al rey, y debió destituir en el acto á todos los gobernadores civiles que arengaban ondeando la bandera á la multitud agitada. Aquella guerra no era posible, y parecía el equivocado españolismo algo contra el régimen y la vida de la misma nación española. Los sucesos posteriores, la Santa Sede, el abandono de las mismas islas, el olvido con que ya ocultan su declaración de guerra los hombres del partido liberal, el juicio sobre los mismos hechos, todo

ha venido á confirmar que en aquellos momentos supremos no hubo en España más que un hombre de Estado, el rey.

Horas después de las últimas manifestaciones nadie quería la guerra. Los mismos propagandistas del partido republicano la consideraban perjudicialísima y estuvimos á punto de tener que declararla y estuvo á punto de cometer semejante extravío el partido conservador por excelencia. Desbordado por noble impulso el ardor patriótico, debía respetarse; pero aquel ministerio había de caer forzosa é inmediatamente, porque su autoridad, lanzada al viento como los pliegues de las banderas nacionales desde el balcón oficial de los gobiernos, estaba perdida.

Si este hecho fuera toda la política de Cánovas, podría decirse que su reputación excedía á su mérito; pero los doce años del reinado anterior, la magnífica Constitución vigente, la vida verdaderamente ejemplar de su partido, la disciplina sin antecedentes y sin ejemplos en cuantos le seguían, la savia de su talento filtrada en la vida de las Cortes, llevada al seno de las agrupaciones enemigas y extendida por toda la Península; sus definiciones doctrinales de la política media y circunstancial, el programa de los partidos templados elevado á sistema científico por vez primera en nuestra historia, todo este linaje de servicios y declaraciones hacen del hombre ilustre un político de tanta altura como los grandes ministros de Carlos III.

Pero se le juzga con más injusticia en su fama de literato. Si hizo versos, ¿quién no los ha hecho, ni en qué legislación está penado semejante ejercicio? Si los hizo Cavour y los hizo Bismarck, y yo sé que los hizo Narvaez; si no hay quizá un grande hombre que haya sido desaficionado á las letras, ni un escritor mediano que no haya atentado á la poesía y los haya escrito mejores que los de Cervantes, ¿por qué si Cánovas no los hizo buenos, hay que pregonar constantemente lo malos que los hizo?

Con las leyes de la poética no hay quien los haga mejores si le falta la inspiración genial. No es un poeta, pero es un versificador que vale más que la mitad de los poetas indiscutibles. Y sobre todo, si hombre de salón por instinto, y aficionado á la vida galante de nacimiento y trovador al estilo de esta época naturalista, no hubiera hecho versos, fráncamente, no hubiera hecho bien. Las mujeres aman, primero la notoriedad y después la conversación. Cánovas necesitaba demostrar que su conversación en prosa era mejor que su conversación en verso, porque las ventajas de este Mirabeau, tan elocuente como el otro y tan afortunado en los diálogos con las mujeres, las ventajas de la conversación de Cánovas sobre todas las conversaciones de sus rivales, ya las establecieron muy pronto las interesadas. Y Cánovas hizo versos para acreditar su prosa íntima, audaz y dominante. Ni más ni menos.

Sus discursos académicos son verdaderas obras de arte; emula á Walter Scott en sus novelas, y en aquella *Campana de Huesca*, tan sonada como desconocida, tan maltratada por los que no la han leído, hay trozos de lenguaje como la descripción de una merienda almogavar, que son modelos de la clásica dicción española y verdadero regocijo de quien los lee, siempre que el que los lea los entienda.

Las teorías literarias que desenvuelve en sus escritos son las más admitidas en las escuelas; su liberalismo artístico, el sentido triunfante en estas creaciones de la belleza que tiende al ideal, su autoridad en filología grande, en historia decisiva, y en todo lo que se relaciona con el buen gusto indispensable.

Y no hay que hablar del orador, porque los más encarnizados de sus enemigos todos, y tampoco le faltan, confiesan unánimemente que es un orador parlamentario sin rival en las Cámaras.

Hay que verle y hay que oirle.

Es una tarde de tempestad. Sagasta le injuria, Castelar le maldice, López Domínguez le amenaza, los republicanos le juran públicamente su aborrecimiento. La tribuna le es hostil y las de orden están llenas de diputados, á quienes les ha demostrado con toda evidencia que no tienen distrito. Preside Toreno, y pone una cara que desconsuela á todas las pinturas del techo y á todos los amigos del Gabinete. No hay más esperanza que la del

náufrago y la del agonizante, la que sólo se pierde con la vida. Fuera del Congreso el motín, dentro el escándalo; vecina la disidencia, y el frío que corta, acorrala y entumece en todas las filas y en todo el campo de la política conservadora. Cuasi desean los suyos que le derroten. Poco menos se quiere que llevarle al hospital desde el hemiciclo. Hombres bien aborrecidos hay en la historia, pero más que él en las tardes del cólera, de los sucesos en la Universidad y del cierre de las tiendas, más que él, ninguno.

Y él solo, sin ejército, sin generales, sin espada; reclinado á la cabeza del banco azul; nervioso como lo está desde el primer momento en que los rayos del sol hirieron su retina; gesticulando con los dedos y sacudiendo la muñeca y afirmando los lentes sobre la nariz; golpeando alternativamente con el bastón el pupitre y el asiento; la frente más despejada, la cabeza más erguida, la mirada más oblicua, el entrecejo más fruncido, los gestos más distintos y más pronunciados, el oído más avizor y la boca más callada, oye y piensa y discurre y medita, y parece que se siente el latir de su cerebro y el ruído de su discurso: proceso intelectual desconocido, trabajo ni descompuesto ni adivinado, fabricación maravillosa del entendimiento. Cánovas no mira á nadie, no contesta entonces á nadie, no consulta ni algún apunte que comenzó á tomar y se arrepentió de haber creído que lo necesitaba, y cuando todo el plomo ha caído á sus pies y todas

las centellas sobre su frente, y la última condenación del adversario no se ha extinguido todavía, en medio del éxito del enemigo y del ruído de los entusiasmados y del terror de los atónitos, que no tienen más razón que el voto ministerial, afirma sus manos de marfil blancas, de un blanco cadavérico, sobre el escritorio, crispa las cuerdas de los tarsos y de los metatarsos, levanta el hombro caído, sacude la amplia y cumplida manga de su levita, vuelve á afirmar los lentes sobre la natural cabalgadura, mira por compromiso al presidente, baja en el acto la cabeza, y antes de permitirla que descanse sobre el pecho, dice con voz clara, sonora y tremenda:

—¡Pido la palabra!

Ya no se oye en el Congreso más ruído que el ruído del silencio.

Cánovas hablando es Napoleón á caballo.

Deshace los apuntes sin leerlos, desmenuza todos los cargos sin dejar uno, argumenta contra el orador y contra la doctrina, rueda la frase en sus labios con flexibilidades inesperadas siempre, dice las cosas como únicamente se pueden decir, y vierte las ideas más en son de advertencia para que las aprenda el que las oye, que á modo de contestación para los conceptos que no la merecen probablemente.

Todo lo que sabe lo tiene en los labios, todo lo que dice baja dicho de su propio pensamiento, todo lo que piensa son recuerdos y todo lo que recuer-

da es lo que ha digerido su gran estómago moral, lo que guarda y conserva en la extraordinaria capacidad de su cerebro, lo que es suyo por natural aptitud ó lo que se ha apropiado con un talento de asimilación incomparable.

Me recuerda á los pintores de la escuela boloñesa, Francia, Guido Reni, los Carracci y el Dominiquino, siempre que cita á su favor los conceptos ajenos, y es que, como aquellos artistas que mejoran los originales imitados por ellos, los libros de cualquiera son mejores, que escritos por el autor, explicados por Cánovas.

Dialéctico sobresaliente, lleva la discusión donde quiere y como quiere, y polemista de recursos inagotables, discute de buena fe, más rara porque no se usa mucho en las contiendas políticas, y de tal índole, que podrían ponerle excepciones los metafísicos, pero de ninguna manera los gobernantes.

No abusa de la palabra en ocasión alguna; entre los oradores sobrios es el más amplificador, y entre los amplificadores el que menos palabras arroja y más horizontes descubre. Cáustico instintivamente, no hace más que asomar la causticidad en sus períodos, y agresivo por temperamento, se contiene por el hábito del Gobierno y la costumbre de las luchas parlamentarias.

Cuando termina su discurso, sentencia, falla y dogmatiza.

Y oyéndole se corre el peligro grave de dejarse

convencer, y los convencidos por Cánovas se defienden bien, porque se defienden con las palabras del apóstol.

No hace exordios, ni se recomienda al auditorio, ni recoge para devolverlas las frases de cortesía, ni las lisonjas del que las rinde primero para recibirlas más tarde. Siempre en asunto y siempre en materia, sus discursos tienen dos partes, proposición y confirmación, porque el epílogo no es el resumen, sino el último concepto.

Su energía bocal y la fuerza de sus pulmones son lo más joven de todo su organismo. Ni se fatiga ni se enronquece, vibra su garganta lo mismo en la primera frase que en la postrera imprecación, y fácil, y suelta, y sonora, y llena y penetrante su voz, se oye clara y distinta desde todos los extremos del salón.

Se le adivina cuando va á terminar; parece que discurre con más lentitud, y es que recoge todas las energías, se produce como cuidando más la frase, y es que procura presentar toda la idea de una vez, simula dificultades para herir por sorpresa, y su última oración brota esculpida con todas las perfecciones gramaticales y animada con todo el vigor de su pensamiento.

Después no hay quien rectifique.

El adicto le aplaude y el adversario le contempla. El indiferente lo estudia y él se da á sí mismo la nota de su aprobación. Vence y descansa como los germanos. Se sienta, afirma otra vez el aparato

que lleva delante de los ojos, sacude el antebrazo, se reclina sobre el terciopelo del banco azul, y á las menudencias de las rectificaciones enemigas replica con desabrimientos y desdenes. No lo puede remediar, y nadie en su caso lo podría remediar tampoco. El hombre más modesto del mundo quiere emular á los superiores y dice lo que yo quiero decir: que los que están á mi nivel no me interesan, y á los que están más abajo no los veo.

Cánovas, como hombre de salón, es la persona obligada en los círculos de la sociedad más distinguida. No va á comer, porque digiere difícilmente; va á presentarse, va á que le oigan, á que le cuenten, á que le digan, á hacer la frase, el comentario, la conversación y la noche. En los salones no habla de política y cambia pocas palabras con sus rivales. Allí es un galanteador eterno de las bellezas que ya entraron en la juventud segunda de la vida; allí murmura como Juvenal y satiriza como el poeta bibilitano; allí ha perdido la amistad de cuasi todos los hombres graves de la política; allí dice las verdades que amargan y las reticencias que ofenden, y allí oye mayores atrevimientos que en las Cámaras legislativas.

—Vamos—le decía en cierta ocasión una condesa de agudísimo ingenio—ya hemos visto en la *Gaceta* el ascenso de su pariente.

—Señora, el ser pariente mío le ha perjudicado en su carrera. Pero aunque yo lo ascendiera, ¿qué

haría con ascenderlo? Menos de lo que hizo Jesucristo, que fué hacer santos á todos los individuos de su familia, San Joaquín, Santa Ana, San José, San Juan, Santiago...

Y no le dejaron citar otras imágenes.

—¿Qué piensa Vd. de tal ministro, á quien constantemente llevan á remolque las circunstancias y le sorprenden los acontecimientos?

—Que trabaja bien en la oposición, pero que cuando llega al poder se retira á la vida privada.

Y así diciendo, y acumulando sentencias mucho peores, se retira á las altas horas y madruga como si no trasnochara.

Vive con cierta esplendidez, y acumula en su vivienda antigüedades de mérito artístico, al punto de poder afirmar que sus habitaciones, mitad son de museo y mitad de biblioteca. Bebe los mejores vinos de España. Tiene la casa gratis, porque el casero no ha encontrado manera más generosa de hacerle olvidar su condición que la de no presentarle el recibo cuando se lo pide, ó cuando lo solicita su administrador, ayuda de cámara, consejero y guardián, el famoso Ramón sin apellido, el Ramón Cánovas, como le llaman los amigos de su señor, ó el Cánovas de los Ramones, como él se lo presume y se lo cree. No sabe cuándo lleva dinero, ni cómo se gasta, ni para qué lo necesita, y aborrece los números y las cuentas y no conoce ahora ninguna de las propiedades de la moneda: allá en los primeros años de su juventud conocía la que

conocemos todos, y es la de acabarse cuando hace más falta. Escribe á pocas personas y con demasiada confianza en la discreción del prójimo, debilidad muy extendida entre los hombres de primera importancia, y verdaderamente lamentable, porque nuestro secreto es nuestra hacienda, y no todos son buenos administradores de la ajena propiedad y del caudal de los otros.

Y hombre tan altivo es hombre tan fácil, que sirve á sus amigos hasta la injusticia, y halaga á los pequeños hasta la exageración, y perdona con generosidad excesiva y estima con estimación desusada. Pero si quiere herir, envenena con su agresión, y si se quiere vengar, se ensaña hasta la crueldad.

Los gobernadores de su tiempo, cuando se despedían de Cánovas para encargarse del mando de las provincias, eran recibidos por su jefe en la habitación de mayor confianza, los sentaba en el lugar preferente, les daba sus instrucciones como si les consultara su opinión, y solía contestarles á la pregunta de rúbrica sobre la política local que convenía, palabras análogas á la siguiente:

—Hombres como Vd. no necesitan advertencias ni recomendaciones del gobierno. El gobernador es el gobierno mismo. Estime su cargo en lo que á sí mismo se estime y escríbame cuanto quiera y consúlteme cuanto juzgue que deba ser consultado, pero prefiera Vd. siempre la resolución de su juicio al criterio de los demás.

Se ponía en pie, alargaba la mano, sonaba el timbre, acompañaba al gobernador hasta la puerta y le dirigía la última frase:

—Aquí quedamos para sostener su autoridad.

Este pienso que es el caballero del Toisón de Oro, de la Legión de Honor francesa, de las Aguilas prusianas, de la Corona y de los Santos de Italia, de las Ordenes más preclaras de Rusia y de Turquía, de Portugal y de Roma, cruzado por todas las naciones del planeta, inscrito en todos los institutos y distinguido con todas las distinciones y agraciado por todos los gobiernos con todas las gracias de la humana vanidad.

Tanto renombre como Cánovas tuvo Floridablanca y más renombre Alberoni.

¡Locuras del destino y de la suerte! ¡Alberoni, Floridablanca y Cánovas... tres plebeyos!

D. SEGISMUNDO MORET Y PRENDERGAST

Don Segismundo Moret y Prendergast.

No es un gran corazón, pero es una gran inteligencia.

Sus pasiones son intermitentes en la política, como las pasiones de los poetas. Ni cree ni duda, vacila y espera. Entre tanto, habla, discute, propaga, define y anuncia.

En España hay paz, á pesar de los oradores; á pesar de Romero Robledo, de Pidal, de Labra, de Gabriel Rodríguez y de Moret; á pesar de los que hablan de todo y sobre todo improvisan; y no cito otros oradores tan grandes como ellos, porque en este ejercicio de la oratoria los tenemos que cantan no más que las misas mayores, y los que acabo de nombrar alternan en la epístola, en el evangelio, en la cátedra, en la junta, en el club y en el brindis.

Si hay alguna retórica que atraiga y deslumbre como la espontánea retórica del sentimiento que ilumina los discursos de Alejandro Pidal y la maravillosa retórica del arte, cuasi de Castelar patrimonio exclusivo, si otra existe parecida, es la retórica colorida, variada, brillantísima de Moret.

Su voz es admirable. Ni hiere, ni desafina, ni se equivoca. Los períodos de sus discursos parecen puestos en música y cortados en verso, y habla Moret como canta Gayarre.

Es frío el ademán, pero es clásico; es agudo el timbre de su garganta, pero es profético, como sería el canto de las sibilas si antes predicaron lo que escribieron. La figura parece excesiva, pero es oratoria. La misma perezosa acción de sus brazos le favorece, porque si todo el hombre se agitara, dejaría el orador de serlo en parte principal de sus condiciones externas.

Nació orador: antes de los veintincinco años era un portento, y ganó con un discurso en oposición reñida la cátedra de Hacienda pública en la Universidad Central. Discípulos suyos han sido Silvela, Fernández Villaverde, Maisonnave y López Puigcerver.

El guión de cada uno de los discursos de Moret cabe escrito en el sobre de una tarjeta, y toda la preparación la confía al descanso. Pasea quince minutos, escribe quince líneas, duerme tres horas y habla después todo lo que quiere, todo lo que necesita, todo lo que se le pide.

Es el orador que más ha hablado en el mundo. Podéis decir que es el hombre que más cosas ha dicho públicamente en toda la superficie del planeta.—Historia, economía, arte, política, literatura, sociología, derecho, administración, nada le es ajeno ni desconocido; y sobre todos los temas posibles, sabe y tiene todos los discursos posibles también.

Se dirige al corazón y conmueve siempre. Se dirige á la cabeza de los que le escuchan y se equivoca frecuentemente. Ni uno solo de sus oyentes ha dejado de aplaudirle cuando se ha propuesto hacerle sentir, pero muchos de ellos se le han sublevado cuando se ha propuesto hacerles pensar.

Moreno Nieto, el maestro de todos, enseñaba; Escosura daba envidia, Ríos Rosas daba miedo, González Bravo asombraba, Cánovas convence, Salmerón se impone, Castelar arrebata, Martos admira, León y Castillo oprime, Moret, atrae. El auditorio de Moret no es el auditorio del tema, sino de su palabra. Y no hablemos más del orador, porque después de sus discursos nada queda que decir en elogio suyo.

Víctor Hugo, poeta, fué todo lo que fué su siglo. Moret, político, ha sido todo lo que ha sido su patria. No es un evolucionista, es la misma evolución encarnada, es una fórmula viviente y circunstancial, es el gobernante de todos los momentos de su vida, es el que guarda el secreto de todas las soluciones del momento, es el ministro

posible de todos los partidos y el definidor constante de todas las doctrinas.

El fusionismo sin Alonso Martínez no sería grave, sin Gamazo no sería práctico, sin Moret no sería flexible. Cada uno de ellos es una arista de esa jefatura cristalizada en el Excmo. Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta. Gamazo dice una vez al día que Sagasta es su jefe, y nadie lo duda; Alonso Martínez lo dice dos veces, y lo creen cuasi todos los que lo oyen; Moret lo dice trescientas veces cada veinticuatro horas, y aun á él mismo no le parecen muchas para convencerse, porque el alma de Moret se parece al alma de Sagasta, como si fuesen hermanas de padre y madre.

Ministro de Estado, jamás distinguió Moret con sus preferencias ni con sus inclinaciones á ninguna nación del continente; pero Inglaterra le consideró personalmente más que á ningún otro ministro, porque es más correligionario de los monárquicos ingleses, que tienen dos Dulcineas en la cabeza, la monarquía y la libertad, que de los monárquicos españoles, que tienen los mismos amores, pero más románticos, menos reales y menos consecuentes.

Defiende del sufragio universal el principio y proclama la necesidad de las excepciones, porque prefiere al número de los votos el discernimiento de los que votan, y á este derecho político la capacidad para ejercerlo. Es un demócrata que toma el camino de los libros. Ha modificado su convic-

ción libre cambista al influjo del socialismo de la cátedra. Empieza á creer en la influencia del Estado, y el sólo hecho de afirmar la existencia de la comisión para el mejoramiento de la clase obrera, nombrando presidente de la misma á D. Antonio Cánovas del Castillo, autoriza lo que aseguro. Es por lo mismo un individualista que se preocupa y teme.

Y de esta manera el primer orador de la democracia economista española ha venido á transigir contra el individualismo y contra la democracia.

Fué el poeta de los políticos y el trovador de las soluciones gobernantes, y hoy es un hombre tan práctico como lo fueron Estéban Collantes y Posada Herrera.

El soñador entusiasta de Bastiat y el incomparable orador del «meeting» ya no se exhibe ni se presenta en los públicos torneos, ya no ama el fulgor del medio día, ni el ruidoso vocear de la muchedumbre, ni la ovación estrepitosa de los iluminados por una impresión ó de los exaltados por un apetito moral ú orgánico; ya sufre porque ya gobierna, ya padece los insomnios del estadista, ya siente más las responsabilidades que los entusiasmos, y el tribuno de los veinticinco años apasionado, febril, elegante, popularísimo; el orador siempre en acción, siempre en la tribuna, siempre de pie, se ha sentado en el sillón ministerial de Bermúdez de Castro y de Lorenzana, y ya no gorjea,

sino que expone, y ya no canta, sino que controvierte, y más que hablar discurre, y más que entusiasmar persuade, porque define y practica.

Si antes los asuntos de plata los doraba y ahora los asuntos de oro los platea, es que antes fueron sus oraciones como rompimientos de luz y aparición de nuevas ideas fascinadoras, y hoy son frecuentemente fórmulas de concordia y procedimientos de transigir, menos hermosos, pero más útiles.

Gobernará mientras sea ministro porque se permite consejos al presidente, observaciones al compañero, enmiendas al discípulo y atrevimientos con todo el mundo. Rige un ministerio, pero se mete en todos y proyecta los cambios de las guarniciones, de los magistrados, de los cónsules y de los comisarios de Guerra y de los delegados de Hacienda y de los comandantes de los buques de la armada, y examina las reformas y las defiende como si fueran suyas y las combate como si no las hubiera defendido.

Si en la política liberal el centralismo es la carne, la democracia el hueso y Sagasta el guiso, Moret es forzosamente el condimiento, el indispensable perejil de todas las salsas del fusionismo militante, centralista constitucional y democrático.

Madruga Moret como un estudiante y come como un colegial. Dicta á cuatro taquígrafos á un tiempo y no escribe porque padece del calambre

clásico de los que mucho plumean, que es un temblor que acomete á los dedos índice y anular y que imposibilita para esta molestísima función.

Tiene pocos amigos, pero muy adictos, y les ha dado á todos ellos los mejores destinos de la nación; un ministerio, una subsecretaria, cuatro direcciones generales, tal cual embajada y las prebendas que les tocaron por este orden.

Gran gimnasta y gran paseante, resiste todo lo que anda y anda todo lo que puede resistir. Constantemente sacrifica algún amigo para que lo acompañe hasta el Pardo ó hasta Fuencarral ó tres ó cuatro leguas de camino, que las hace tranquilamente.

Gran bebedor de *manzanilla*, necesita esta debilidad una explicación inmediata. Su apetito, difícil de satisfacer, como el de casi todos los grandes oradores, solicita para su estómago abundante cantidad de alimento nutritivo y fuerte, y de aquí la necesidad también de un auxiliar activo para las digestiones. Este auxiliar es la manzanilla, pero no la de Sanlúcar, sino la de Molmesa; no la de Andalucía, sino la del Pirineo; no el líquido de las uvas sevillanas, sino el polvo de la flor silvestre, menudo y amarillento, que se cuece con el agua hervida, se bebe en taza y sabe á medicina de Barrabás, amarga y secante.

También cuenta cuentos. También dicen que se le conoce esta afición en las conferencias históricas y en la misma complejidad de sus inclinacio-

nes á la vida pública; pero nació orador, vive orador, morirá orador; y cuando llegue á sentir la vida muda y eterna del espíritu, se discutirá mucho al hacendista, al político, al gobernante, al hombre ilustre de fama extendida y relaciones europeas...

¡Pero al orador jamás!

DON FRANCISCO ROMERO ROBLEDO

Don Francisco Romero Robledo

La fe ciega en el éxito y caliente la esperanza, el corazón henchido de pasiones, la fantasía acalorada, la actividad despierta, la iniciativa en agitaciones permanentes, por atmósfera el entusiasmo y por ambiente la confianza; toda la voluntad viva y exaltado todo lo que en el organismo es nervioso y vibrátil; la memoria llamando á los recuerdos, el cerebro en rapidísima comunicación con la laringe, más dispuesto el pensamiento que la palabra, y la palabra para ser más rápida emitida sin aliños y lanzada sin composturas; la acción desembarazadísima, el cuerpo ágil, la columna tan flexible como la de Roberto Peel, que volvía la cabezo sin volver el cuerpo, y la mirada inquisitiva y escudriñadora; toda la fisonomía reflejando el es-

tado de la conciencia y los afanes del alma; y un hombre que mirado por fuera se ve por dentro, y un orador que se levanta sin darse cuenta de lo que hace, y habla enterándose por sus mismas palabras de lo que dice, y un polemista resuelto á convencer y á no darse jamás por convencido, y un improvisador extraordinario de todo, sobre todo y contra todos, y una elocuencia espontánea como ninguna, sin arte y sin retórica, sin Quintiliano y sin Demóstenes, y una dicción desigual, á veces desarreglada y á veces admirable por clara y precisa, pero siempre de apóstol, de poseído, de iluminado por los únicos resplandores de su convencimiento y de su razón.

Si aquella cara de la frente ancha y de la barba rubia como las barbas de los hijos del Norte; rubia en sus años primeros de personaje y ya comenzando á platear por los últimos sinsabores del Gobierno, parece en los momentos de tranquilidad fría é indiferente; si aquella fisonomía de facciones pronunciadas no las muestra como son por la extraña veladura que sustituye á la animación excesiva del semblante en los temperamentos impresionables cuando ningún impulso los agita; si se cree que en el rostro aquel, sorprendido en un momento de reposo, todo se puede escribir; contrariadle un propósito al oído, pretended desvanecerle una ilusión en voz baja, sed generosos excesivamente en el juicio de un adversario, y veréis de pronto que todo estaba escrito en el semblante;

que rotas, como los celajes de una nube, huyen las veladuras, que la mirada se enciende y la frase se precipita por una boca oratoria, y que con un oyente, como con ciento, como con todo el mundo de público y de espectador, fulmina una protesta sin réplica posible.

—¡Dejadle que truene!

Después de aquellas energías oye de sus partidarios con la misma paciencia las arrogancias y las oficiosidades, lo ingenioso que lo impertinente, y conversa con cualquiera y discute hasta con los que no debe discutir, y consiente la familiaridad exagerada, y no hay personaje más olvidadizo del tono que le corresponde ni menos avaro de su importancia y de sus calidades.

Le conozco alguna fiebre de veinticuatro horas; no le conozco ningún rencor de veinticinco minutos.

Si alguna vez colocáis vuestro oído sobre su corazón para advertir los latidos de su amistad, no os extrañe si no le sentís, porque como aquel personaje del poema alemán, tiene su corazón en la mano y tiene la mano en la de todo el mundo.

—¡Quién sabe si alguien se lo robó momentáneamente!

En las grandes batallas de los Parlamentos cuenta victorias más brillantes cuando vienen después de las desdichas, pues como todos los soldados que constantemente pelean, tantas heridas guarda como laureles ciñe; pero ¡ay de aquél que

en personal combate lo quiebre ó lo mutile, porque si no lo sujeta y lo deshace y le consiente los momentos de una sola rectificación, con la misma costilla rota le atravesará el corazón de parte á parte!

Así es este hombre conservador por la reflexión, y así es esta complexión revolucionaria de nacimiento, y así es también el orador que habla como pintaba Goya, á sangre y fuego.

Y así fué en la Academia de Jurisprudencia cuando Olózaga lo abrazaba con efusión, y así en los tribunales, donde no tuvo más que un pleito, que fué una causa para arrancar una víctima al patíbulo en la última instancia, y así defendió su acta cuando acababa de salir de la menor edad, y así al Gobierno cuando, sin una cana en el pelo, llevaba debajo del brazo una cartera de ministro, y así propagaba y extendía la causa de la Restauración, siendo el único alfonsino en las últimas horas del café de la Iberia, y así mantuvo su significación revolucionaria para decretar unas elecciones con el sufragio sin límites, y así defendía al ministro Pidal en la explosión de las disidencias después de los sucesos de la Universidad, y así mostró su rebeldía con la primera autoridad política de su partido y de su país.

Parece un profeta según la claridad de sus intuiciones; todos los cambios de su actitud los ha hecho en favor de los vencidos; jamás arrastró la bandera, aun desconociendo á los abanderados; y

constantemente ha sido el hombre de la víspera y el heraldo del éxito, y más parecía que llevaba remolcada la fortuna que no la alcanzaba.

Es el único revolucionario español que ha sido constante paladín de la monarquía y hoy no es más que un frenético partidario de la regencia.

Primero siente, después se decide, después reflexiona y después vacila; pero jamás la reflexión ni la duda lo llevaron al arrepentimiento de sus primeras intenciones. Sus discursos nacen de un proceso semejante; primero siente la razón, el tema y el asunto, después se resuelve á mantenerlo, más tarde reflexiona y teme, pero habla siempre.

Cuando se despide se va por el camino más recto, porque antes se aleja del lugar que abandona, y aunque no es de los que vuelven, si algún día pudiese tornar al punto abandonado y de partida, volvería por el camino más largo; no retrocedería, sino que daría la vuelta, y los que le vieran salir no le verían entrar.

No es un disidente como otros muchos sus iguales, ni un descontento que se retuerce, ni una intención oblicua que conspira y acecha; ó es un adicto, y nadie más sacrificado, ó es un rebelde, y nadie más soberbio en la proclamación de la rebeldía.

Se fué del partido conservador, pero no se fué de la escuela. No abjuró su doctrina, sino que desconoció la autoridad que ante su juicio había dejado de representarla. Y no allegó adictos, ni explo-

ró voluntades, ni solicitó la cooperación de nadie, ni esperó á que salieran los regimientos y los escuadrones. Se fué el solo, y el que lo quiso seguir lo siguió, y lo siguieron también los que no le hubieran aconsejado la partida; que así confirmaba en los tiempos difíciles la confianza en sí mismo y la fe en el éxito.

Había muerto el rey, había dimitido el Gobierno conservador, proclamando aquella doctrina de «á nuevos reinados, ministros nuevos», más conciliadora que útil; había mostrado Romero Robledo su disgusto por tal resolución, y una vez hecho público, había anunciado su visita al jefe del partido conservador liberal.

En aquel momento en que un criado anunciaba al ex ministro de la Gobernación, se encontraba Cánovas del Castillo acompañado de un amigo de los dos.

—Que pase, dijo Cánovas del Castillo.

El amigo se levantó para salir.

—No se mueva Vd., le contestó el primer ministro de la Restauración.

Romero Robledo penetró en la estancia. Saludó con respeto á su jefe, con afecto á su antiguo subordinado, tomaron asiento los tres...

Y Cánovas del Castillo habló de todo, del tiempo frío, de las cosechas otoñales, de la salud de los parientes, de todo... menos de la crisis política.

No habían pasado quince minutos cuando el ministro de la Gobernación de los ocho años, que

entró disidente por una cuestión de conducta, se despidió rebelde por la misma cuestión y por la misma entrevista.

Tras él salió el testigo de la conferencia.

—¿Qué va Vd. hacer?

—Lo acordado.

—¿Con quién?

—Conmigo mismo, contestó Romero Robledo.

Después se celebraron conferencias de amigables componedores, y después reuniose el concilio de las autoridades para condenar á este Arriano que negaba la consustancialidad de Cánovas del Castillo con la doctrina conservadora, y así pasó aquel trance amarguísimo.

Pidal y Mon llegó de los montes de Toledo al día siguiente. Ya era tarde.

Después maldijo la cacería que le retuvo tan lejos, y todavía no se ha consolado Pidal y Mon.

Romero Robledo no era un ministro en los Gobiernos, era un partido. Y no era un magnate que gozaba, sino un centinela que guardaba el sueño de todo el mundo.

Afortunadamente ha sido un conspirador contra los conspiradores, afortunadamente para los satisfechos; que si hubiera sido conspirador contra los dichosos, los ocho años de paz que en mucha parte dió á su país hubieran sido ocho años de infierno para todos.

Allá en su vida política conservadora toda su doctrina se reducía á la limitación de las libertades;

todo su programa era una frase, *sub lege libertas*, frente al concepto de *pro jure contra legem*: y aquí aparece su resuelta actitud contra todos los revolucionarios de las escuelas avanzadas. ¿Qué es la ley? Un estado que liga el presente y el porvenir. Y en este imperio de la misma ley encontraba la negación de la soberanía nacional en constantes funciones. Amó la impopularidad, porque un tiempo creyó que era condición de su destino. Y alguna vez le hicieron dudar, cuando se consideraba el hombre de gobierno más apasionadamente combatido, si sería cierta en algún sentido aquella definición tremenda que daba de la pública opinión un demócrata norte-americano, cuando decía que la opinión de los más es un monstruo con cabeza de barbarie y cola de ingratitud. Entonces llegaba al Parlamento y combatía como combatieron los marinos de Trafalgar, según el testimonio de Pérez Galdós; abiertas las heridas y no restañadas, avivaban su arrojo y reñía con más ardor, porque tenía menos vida que perder.

Hoy, pasadas las borrascas y los arrebatos de la guerra civil en que vivió empeñado, ha vuelto á ser el propagandista infatigable, la temible autoridad parlamentaria y el adversario constantemente apercibido para el combate, y ha vuelto á improvisarlo todo: el programa, el discurso, el partido, los medios y el fin.

Todo menos el jefe; que en sus transacciones con la izquierda ha colocado generosa y noble-

mente sobre su cabeza al general López Domínguez.

Olvidó hasta sus pasajeras aficiones académicas, que le costaban un discurso anual, escrito en cinco pliegos de papel de cartas, cada pliego en media hora de soledad y media hora cada noche, porque no es posible que pase más tiempo sin compañía, y no ha continuado en semejantes tareas porque requerían la aplicación constante de las medianías y no la del talento genial caprichosa é intermitente.

Lleva la política á la tribuna, al Círculo, á la calle, al meeting, á todas partes. Su casa es de sus amigos y sus amigos son sus correligionarios. Y bien guardado su hogar por las virtudes ejemplares de noble dama y santa compañera, ha conseguido el respeto de su vida privada, que es mucho conseguir para quien tanta vida pública y ardiente ha llevado y ha consumido.

Sus vicios, sus debilidades, su casino, sus juegos, sus caballos, sus preocupaciones todas están en su ciudad natal, en su distrito, de donde le traen el acta de diputado.

Y siendo un rebelde conservador y un reformista sincero, no le preguntéis por qué perdió la fe en su partido, que os contestaría diciendo lo mismo que Stuart Mill á los que le preguntaban por qué después de conocer el mundo perdió la fe.

—Porque yo lo hubiera hecho mucho mejor.

DON NICOLÁS SALMERÓN Y ALONSO

Don Nicolás Salmerón y Alonso

Figuraos un hombre de apostura grave é imponente y al mismo tiempo de perfecciones verticales desde el tercio segundo de la columna hasta abajo; figuraos la espalda cargada y subida, la cabeza asomada á los hombros, el cuello corto y ancho, la tez soleada, la calvicie rojiza, las barbas oscuras y el paso largo, como el de Otelo en la ópera y el de Raoul en los *Hugonotes*; figuraos un hombre de mucha vida, de mucha luz en la mirada, penetrante y avasalladora, y que ha modelado en otra época y en otro tiempo aquella estatura que pide ropas talares y amplísimas; figuraos el cuerpo más rebelde al uniforme de la civilización europea, sometido á la tijera de algún sastre monárquico libre-cambista y católico, que aborrece al parroquiano por demagogo y ateo y no le corta de buena fe ni la levita ni el traje; figuraos una cor-

tesía efusiva, una mano enguantada en guantes de otra estación que la que corre, una voz afinada y puesta en música con más notas que el canto llano; y por último, figuraos un gran magnate en la corte de los magníficos omniadas cordobeses con *chaquet* de cuatro botones y sombrero de copa, y tendréis delante, á caballo en la nariz y metido en el pensamiento, á D. Nicolás Salmerón y Alonso, el catedrático, el filósofo, el político y el orador.

Cuando hace años comenzó la enseñanza de su metafísica, le aborrecían todos sus discípulos no sectarios. No le pudieron entender jamás sus explicaciones, y solía dejarlos suspensos al fin del curso.

Hoy no es aquel Salmerón racionalista y categórico con toda la ascendencia metafísica para llamar á Kant *El Padre*. Hoy no es aquel lógico del *yo* tremendo, intransigente y absolutista. Hoy no cree más que en lo que ve, como Herbert Spencer. Hoy está curado de las derivaciones místicas del krausismo que heredó Giner de los Ríos y del cristiano espíritu que inflama el entusiasta corazón de Azcárate. Hoy Salmerón es socialista, enmendando la plana al mismo Spencer; hoy Salmerón es enemigo de toda religión con símbolos y culto. Hoy ha proclamado la soberanía rebelde y la independencia feroz del juicio humano; hoy... es peor que antes el caudillo más elocuente de la minoría republicana coalicionista.

Pero no temáis, republicanos gubernamenta-

les y asustadizos; hoy defiende Salmerón, como hombre de Gobierno, el presupuesto eclesiástico, y la inamovilidad judicial, y el ejército permanente, y supongo que la construcción de una escuadra, para que el derecho de insurrección tenga medios de manifestarse en aquellos casos extremos en que tal derecho lo sea; que también en esto hay discrepancias entre los iluminados por las mismas primeras claridades de la filosofía germánica, porque Giner asegura que no existe tal derecho ni puede ser lícita más que la pasiva resistencia, y Juan Uña, que era amigo del general Ros de Olano, sostiene la necesidad de la disciplina militar, y Fernando González antes suprimiría la República que la Guardia civil.

...Pasó y nos traspasó el año 1873, y todos los republicanos no posibilistas quedaron entonces confundidos, y todos los confundidos separados de Castelar. Fué luego preciso distanciarse del partido federal pactista, y en el momento que penetró esta convicción en el ánimo de Ruíz Zorrilla, se concibió el Manifiesto de 1876 y quedó constituída la agrupación progresista-republicana, equidistante de los posibilistas y de los federalistas. Aquel programa era esencialmente descentralizador, exageradamente descentralizador; afirmaba el sentido progresista, es decir, el reconocimiento á los interesados de sus gerarquías y posiciones, y ofrecía las reformas sociales por cuenta de Salmerón, que aspiraba, y aspira, mediante los procedimientos

del Gobierno, á legislar sobre la propiedad territorial resueltamente. Aquel Manifiesto, escrito á medias por Salmerón y Fernando González, costó á sus autores el destierro, y fuera de España tuvieron que pregonar el tercer punto del programa, los medios revolucionarios como norma de conducta. El fin de aquellos empeños ya se conoce. Se desacreditó el Manifiesto, se dedicó el Sr. Salmerón á los estudios antropológicos con afición y á los pleitos con provecho, se acogió á su cátedra, se volvió á entender y á desentender alternativamente con los federales, se coligó y se descoligó, hizo pacto con Figuerola y hubieron de fracasar en las avenencias republicanas: no lo hizo con Carlos Prast y con él fué elegido diputado por la capital de la monarquía, y ahí está luchando á diario en el campo de la política, donde no le echaban de menos los monárquicos, y escribiendo un libro contra todas las religiones positivas, que nada se perderá si no lo acaba, porque maldita sea la falta que nos hace.

Hijo de la clase media, aborrece á la mesocracia, y es una inteligencia poderosa cultivada para la defensa del cuarto estado. Perdidas las primeras creencias, no llenó el vacío con el absurdo, sino que dejó vacía aquella parte de su cerebro, donde guardó la convicción cristiana en los años primeros de la vida, é hizo bien, porque de no creer en los Mandamientos de la ley de Dios, no se debe creer en los mandamientos de la humanidad que

compuso Krause, y después de abandonar el catecismo del P. Ripalda, no debió retener el catecismo racionalista. Talento crítico implacable, aspira á la destrucción de lo sobrenatural en el pensamiento humano. Potencia creadora en constantes actividades, ni se asimila lo que produce la indagación de los contemporáneos, ni permite los resplandores eruditos de su vasta cultura.

Padece la monotonía y la rigidez de quien sólo dice lo que á él únicamente se le ocurre; prefiere ahondar con la meditación á brillar por la fantasía; las impresiones objetivas le molestan, y ama lo suyo sobre lo de todo el mundo. Vive su entendimiento de su propia sustancia, y se anima su palabra con sus propias ideas, y su acento profético, para mejor definir la personalidad completa de Salmeron, semeja una canturia bien modulada, poco natural, y aun pienso yo que demasiado estudiada.

Es un orador extraordinario, de ademanes solemnísimos, de tonos austeros, de frase trasparente, de entonación varonil y persuasiva y de aire dogmático. No convence jamás á sus enemigos, pero sorprende siempre, y ¡cuántas veces viene la admiración detrás de la sorpresa! Es un orador á quien no se debe imitar, porque se ha hecho inimitable. Y no es lisonja lo que digo, que quien imita propende á la exageración de las bondades que piensa emular, y Salmerón tiene por adelantado vencidos á sus imitadores, pues se basta él mismo para exagerar sus méritos y sus aptitudes.

Su gusto literario está formado por su afición decidida á las frialdades clásicas. Las artes de la forma le producen poco efecto y ninguna emoción; la pintura no le entretiene y la estatuaria la considera inútil. Daría todas las esculturas de la escuela de Efeso y todas las maravillas del desnudo por un sillar del Parthenon, por los restos de un pórtico ateniense, ó por las hojas corintias y las líneas firmes de las columnas dóricas, y todos los cuadros del Museo de Madrid por un acento de Eritrea ó una sentencia de la Sibila de Cumas.

Y Salmerón, que inventa una cadencia hasta para sus diálogos familiares, no puede resistir la música, y Salmerón, que no siente otras manifestaciones artísticas que los monumentos arquitectónicos, aborrece la música, que es la arquitectura maravillosa del sonido, como decía madame Stael; siendo la arquitectura, como dice Víctor Hugo, la verdadera música del espacio.

Cree que la poesía sin asunto es la musa de los pueblos decadentes, y le perdona á Alcíbiades su vida relajada, porque le pegó una bofetada á un retórico.

En tales convicciones vive y por tales debilidades se conoce; pero cualquiera que sea el punto de vista contrario á su convicción, cualquiera que sea el que elijan sus adversarios, la justicia dice que en aquellas diferencias será lícito combatir al filósofo y temer al político, pero no lo sería dejar de admirar al orador y menos aún conocer al hombre y no que-

rerlo. No fuma porque ya hay mucho humo en las regiones de lo supra-sensible, y no toma café porque bastante amarga es la preocupación de lo desconocido. Cultiva los afectos del trato familiar con verdadero amor; practica las virtudes privadas y las aconseja; vale más que su cabeza su corazón y lo que siente que lo que piensa, y en su hogar tranquilo y feliz, aquel caracter convencido y soberbio se disipa y desaparece y todos mandan más que él, y él obedece á todos los demás.

No le llaméis, si le necesitáis, africano ni marroquí, porque se ofendería; llamadle asiático y persa, porque le halagaréis y os lo agradecerá; pero sabed que tiene las pasiones y los ímpetus del *semita*, y la fuerza de reflexión y la frialdad de pensamiento de la gente *aria*, porque esto es lo cierto.

Pertenece al supremo linaje de la locura, como Jaubert decía de todos los filósofos que aspiran á la gobernación del Estado. No es de afirmar que así piense todo el mundo, pero si hay alguien que fíe en ellos la ventura de la patria y que después de llegar hasta aquí me aconseje que fíe yo también, le contestaré que, según los químicos, se puede meter la mano humedecida en el hierro en fusión sin quemarse químicamente... pero yo no la pondría.

DON FERNANDO DE LEÓN Y CASTILLO

Don Fernando de León y Castillo

Suprimid al orador y habréis suprimido al ministro. Despojadle de la pasión oratoria y veréis cómo se retira á la vida privada.

Aquella cabeza grande lo es porque la necesitan la extraordinaria memoria, el pensamiento amplificado, la razón desenvuelta y extendida, todo lo que constituye el cuadro de un discurso. Aquellos hombros, como los de Ayala, son así para sostener la esfera de su cerebro. Aquel cuello amplísimo se desarolló de tal manera porque había de amoldarse á un aparato gutural y laríngeo de proporciones excesivas. El pecho es tan amplio porque guarda unos pulmones de gigante. Sus manos abiertas y sus dedos separados, mejor se diría que amenazan que no que accionan. Y la fornida complexión y la estatura atlética recuerdan á los orado-

res de la antigüedad pagana, todavía no debilitados por los refinamientos de una civilización pecadora.

Para demagogo tremendo, según la figura, le falta pelo en la cabeza y desaliño en el traje. Para evangelista, necesitaría que las barbas le crecieran y el semblante expansivo se tornara en grave y meditabundo. Muy erguido para filósofo, porque la filosofía hace mirar donde se pisa, y demasiado atento para sentir el arte, porque la sensibilidad se desenvuelve á expensas de la reflexión; jamás se le ha ocurrido que digan á su paso los indiscretos ni una sentencia ni una frase inspirada en lo que tiene de ostentosa y solemne su estatura eminente.

Si le consultaran los curiosos, les respondería que su anhelo es pasar inadvertido y poco menos ó poco más que ignorado.

No recuerdo quién ha dicho que todos los hombres alimentan el mismo número de malas cualidades y la misma cantidad de malicia en su cuerpo. Es claro, si es verdad, que la gente menuda ha de ser peor y tanto más mala cuanto más chica sea, porque un grano de arsénico envenena á un pájaro y engorda á un gastador. Y yo creo el aforismo de quien lo inventara, porque no conozco condición más frágil, ni bondad más pródiga, ni más afable cortesía, ni hombre más preocupado del juicio ajeno, que esta fiera parlamentaria, convertida para el trato social y para las relaciones particulares de la vida común en uno de los seres más

atractivos y en una de las personalidades más simpáticas de esta generación de gobernantes ilustres.

No se acuerda de su primer apellido sino cuando habla contra un gobierno, y del segundo cuando rectifica y contesta. Si ataca es un León, y si se defiende es un Castillo, pero si lo dejan en paz ni Castillo ni León.

Víctor Cardenal no le podía oir un discurso.

—¿Porqué? le preguntábamos.

—Porque ese hombre no habla, porque ese hombre tiraniza.

La oratoria de León y Castillo es la oratoria clásica de la amplificación elocuente y de la frase sentenciosa.

—Ese ministerio tiene una cara hipocrática, dice, cuando anuncia una crisis.

Alborota la mayoría, que padece la opresión de su elocuencia, y la apostrofa diciendo: «Sois una mayoría de votantes y no de pensantes. Callad ahora, que ya hablaréis para decir que *nó*.»

Se revuelve al número airadamente y los llama ministeriales de casa y boca.

Cuando Cánovas le argüía con arrogancias de frase, le recordaba á Rómulo para decirle: «Su señoría quiere morir enmedio de la tempestad.»

Llamó á los moderados arrepentidos, sicambros sin fiereza.

Y supo advertir constantemente á la escuela ultramontana que lo mismo se perturba un país galvanizando ideas que delirando utopias.

Es el más romántico de los oradores y el más naturalista de los políticos. Dice lo que imagina y se inspira para gobernar en lo que ve. Habla como las sibilas y transige como los diplomáticos. Se le cree en la derecha cuando está en la izquierda y viceversa, porque es un aragonés de la Gran Canaria que dice á los suyos la verdad, con más franqueza siempre que la verdad parece más amarga. Es un insular tan patriota, que no discierne su españolismo, sino que á ciegas y fanáticamente lo profesa. Fué ministro de Ultramar reformista y emancipador hasta los últimos límites, y nunca oyó el Parlamento más poética defensa de nuestro derecho á ser potencia americana, que aquella magnífica negación á un tiempo de la autonomía colonial y del régimen histórico, coronada por esta imagen bellísima «La América entera debe conservar la bandera española donde hoy está, en Cuba y en Puerto-Rico, en el golfo mejicano, á la entrada de América, y conservarla eternamente allí como se conservan los blasones de la familia á la entrada de las casas solariegas, por respeto á la memoria de nuestros padres y por legítimo y propio orgullo.»

No hay quien sostenga un diálogo con León y Castillo mano á mano y de sillón á sillón. Antes de la primera reflexión se levanta y habla de pie, á los cinco minutos acciona y da rienda suelta á su palabra, y se produce con todas sus energías, porque los oradores hablan así...—Y así hablamos, de-

cía Alcibiades, porque no podemos hablar de otra manera.—Es tan oratorio este mismo impulso, que siendo el orador ateniense el único de su tiempo que no tocaba la flauta, contestó á quien le tachaba por semejante olvido:—Yo no cambiaré nunca la voz de mi garganta por el ruído de un canuto. No es actor, porque no representa. Su acción varía porque no somete á compás sus movimientos. El concepto satírico y el acento apasionado le son del mismo modo familiares. No tolera las interrupciones, y las contesta hiriendo, acallando los murmullos y exigiendo la atención.

Cuando se rompe la harmonía de su voz extensa, no gallea, ruge; no deja que el sonido se apague; procura que la orquesta se desborde; no desafina, truena.

Como á Williams Pitt, se le oye desde todos los bancos de la Cámara, se le oye desde las tribunas, desde los pasillos, desde la calle, desde su casa.

La leyenda vulgar le juzga inhabilitado para hablar *sotto voce*; asegura que no hay quien le aguante un secreto, porque hablando muy cerca desgarra el tímpano: aconseja á los sordo-mudos que vayan á escucharle, porque su voz despierta y restablece las funciones del oído atrofiado, y allá en los días de sus pocos años y de sus primeros amores, inventan los que le conocieron que, antes que su novia, se enteraba de la conversación toda la familia si hablaba en la tertulia, y todo el barrio cuando enamoraba al pie de la reja.

Hay más todavía. Los gacetilleros han averiguado que el mismo día que se encargó del ministerio de la Gobernación se descompuso el teléfono oficial, porque todo lo oficial se descompone en España cuando más preciso es que funcione regularmente. En el mismo instante León y Castillo necesitó llamar al presidente del Consejo de ministros, y enterado del percance telefónico, salió al balcón á la una de la madrugada, avanzó sobre la barandilla, volvió la cara hacia el palacio de la Presidencia, y llamó:

—¡Sagasta!

El presidente del Gobierno contestó en el acto por medio del subsecretario, que se presentó en el ministerio de la Gobernación para restablecer la comunicación interrumpida.

A los 26 años era gobernador civil de la provincia de Valencia, y se cuenta que no escribía los bandos, sino que los pronunciaba.

A los 28 fué subsecretario del ministerio de Ultramar, y llamaba á los jefes de su negociado por su nombre y no por el timbre.

Poco más tarde llegó á consejero de la Corona, y los dictámenes que redactaba como ponente los leía uno de sus compañeros, porque el Gabinete de los Consejos, cerrado por cuatro débiles tabiques, cuando León y Castillo pedía la palabra se conmovía. ¡Dichoso mortal, que no ha dado á la sátira alimento más nutritivo ni otro pasto á la insaciable maledicencia!

Y sin embargo, este hombre, fuera del Congreso y no influído por los ardores del combate oratorio, habla lo mismo que todo el mundo, y se produce en sus conversaciones privadas ajustando su laringe al diapasón normal, y todavía en tonos menores. Consuélese el personaje español, si es que no se ha consolado ya, recordando que lo mismo que de su voz, y más todavía, se dijo de la voz de lord Chatam, el primer orador de Inglaterra, según Thakeray.

En la vida pública no hay secretos, y reconocida en él aquella inapreciable cualidad que se llama la rectitud de la intención ó la buena fe del propósito, se le respeta, no porque se le tema; se le respeta porque se le reconoce el derecho á la estimación de todo el mundo.

No hay justicia que no procure reducir á la equidad, ni agasajo que no rinda si sólo contra su generosidad puede repetirse, ni favor que no haga antes que lo solicite el que lo necesita, ni mano que se le tienda y no la estreche, ni confesión que no agradezca, ni secreto que no respete, ni amistad que no corresponda, ni censura apasionada que no medite, ni leal consejo que no siga.

Se dió á conocer como periodista en las columnas de *El Eco del País*. Comenzó por la gacetilla, como todos, y fracasó en este empeño. Escribió un artículo de fondo y tuvo un éxito. Entonces se convenció de que á mayores empeños responderían mejor sus aptitudes y abandonó el periodico,

porque su vocación á la palabra hablada era más vehemente que sus aficiones á la palabra escrita.

Ha vivido mucho en el café, en la tertulia y en el salón. Ha dado muchas vueltas al Retiro y á la Castellana. Ha jugado en los círculos de su partido cientos y cientos de carambolas. Les ha temido á las Academias y ha estudiado y estudia á solas, haciendo de la lectura su desayuno y dedicando todo su fervor al último libro de derecho público que sale de la imprenta.

Ríos Rosas fué su ídolo, Ulloa su consejero, Alonso Martínez su amigo y Sagasta su jefe. Naturaleza predispuesta al *dolce farniente*, se anima para el *far tutto* cuando su partido lo exige; porque estos oradores de nacimiento tienen la debilidad de aparecer gustosamente sacrificados ante las exigencias de los suyos. Radical en su convicción, participa de aquellas intuiciones que filtró en la Unión liberal el conde de Lucena, y entiende no como los progresistas, que la libertad consiste en aflojar los resortes del Gobierno, sino en apretarlos, porque el poder ha de ser fuerte, para que sea también la mejor garantía de todos los derechos. Su amor á la legalidad le inspiró una defensa elocuentísima de la Constitución de 1869 cuando se discutía la de 1876, y entonces, como ahora, mostró la enseña de sus opiniones en materias de codificación política, haciendo suya la famosa afirmación de De Maistre:

—La mejor Constitución es la vigente, aunque

sea mala. Se casó tarde, como todos los hombres difíciles; que tarde es casarse de ministro, aunque no se haya pasado la línea que separa los cuarenta años primeros de la vida de los otros veinticinco que le quedan al que no lo matan antes las desdichas ó no lo conservan más tiempo los milagros. Y este hombre tan generoso de sus éxitos políticos, que los quisiera compartir con todos, es tan inconscientemente avaro de la felicidad doméstica, que aconseja á sus amigos solteros la persistencia en el celibato para que nadie sea tan dichoso como él lo es en las intimidades de la familia y del hogar.

No comprendía á Víctor Manuel, porque el rey de Italia madrugaba como el sol, y León y Castillo no sale nunca á recibir al luminar del día.

—¿Tampoco ahora que es ministro de la Gobernación y ha de procurar el mantenimiento del orden público?

—Tampoco, contestaré, si alguno me lo pregunta.

Pero trasnochador eterno, se va enmendando, y en estos tiempos se acuesta más temprano que nunca, porque se acuesta... al amanecer.

Así podrá decir en su defensa, si la paz no se turba en el cuartel ni en la calle, lo que dice Manfredo en el poema de Byron, recordando las agitaciones de su espíritu:

—¡Porque yo he velado más que las estrellas!

DON FRANCISCO SILVELA

Don Francisco Silvela.

Hablamos ahora de un parlamentario y de un literato de afición más grande que los éxitos obtenidos por sus libros de crítica social y de historia de España.

Hay entre los Silvelas un escritor académico, clásico y frío como excesivo admirador de Moratín, que se llama D. Manuel Silvela, gran abogado en el foro y gran sofista en el Parlamento, de agudo ingenio, en la palabra, y de sutiles conceptos en la pluma, el cual llegó al ministerio de Estado y á la embajada de París, y allí acabó su carrera política, ni más ni menos que el marqués de Molins entre los vivos y D. Alejandro Castro entre los muertos.

Hay otro Silvela, catedrático de la Universidad Central y senador por la Universidad Central, el cual hermano de los Silvelas anteriores será rector de la Universidad Central, y director seguramente de aquel ramo de las Universidades y los Institutos, porque, ó no hay lógica en el mundo, ó siendo catedrático y senador debe tener sin remedio un nuevo plan de instrucción pública que llevar á las Cortes.

Ni del académico ni del catedrático se puede prescindir nombrando el apellido, porque aun de pasada, conviene saludarlos con mucho respeto, can cierta consideración y con igual cuidado.

Y cumplido este deber, hablemos ya de aquel Silvela que, después de haber sido ministro de la Gobernación y de Gracia y Justicia, puede ser otras cosas mayores, como la voz pública teme, como los otros Silvelas lo pregonan y como él mismo lo piensa y aun lo sabe positivamente.

La política es como el teatro, que devora á sus ídolos. El público es siempre el mismo y se cansa de los dioses. Como usa de ellos, les reduce el tamaño, y tanto es aplaudirlos como llevarlos entre las palmas, y llega un momento en que para no aborrecerlos los destierra.

El gran defecto de los discursos de Castelar es que son muchos.

El gran pecado de Cánovas es que gobernó mucho tiempo, y la agravación de su delito está en haber gobernado mejor que otros.

Esta verdad incontestable la aprendió Silvela antes de nacer. Por lo mismo que conoció tan prematuramente el secreto, todos los hechos de su vida política saben á poco. Cuando ha combatido á sus adversarios, los ha combatido hasta cierto punto, y cuando ha defendido á sus amigos políticos, mejor dicho, á sus compañeros políticos, ó dicho mejor todavía, á la gente política con quien pudo confundirse en su marcha, más por la angostura del camino que por la intimidad de los afectos, los ha defendido también hasta un límite conocido, y si alguna vez lo rebasó, fué para despeñarlos.

De esta manera ansían su defensa los partidarios suyos, porque no la conocen bien hasta ahora, y temen su oposición los enemigos, porque del mismo modo la desconocen. Se redujo siempre Silvela á lo relativo y á lo proporcionado y no ciertamente en consideración al momento de la defensa ó del ataque, sino á los azares y contingencias de los días por venir.

Silvela no está conocido, está sospechado.

No es por lo mismo un desengaño para las colectividades, sino una esperanza.

Como Valera tenía más reputación, y aun la tiene más por lo que sabe que por lo que escribe, Silvela vale más por lo que guarda que por lo que reparte.

El mismo dice que tiene fría la condición, y que procura conservar la baja temperatura de sus

entrañas. Hace bien. Corazón caliente es corazón henchido de pasiones, es corazón que pesa. Y lo que debe pesar es la cabeza. Por fuera es más pequeña; quizá por dentro la cabeza de Silvela sea tan grande como la cabeza de Mirabeau, en la que todo cabía.

En 1869 escribió contra el sufragio universal, porque entonces que el fuego revolucionario á unos los encendía, á otros los caldeaba, y á todos les llegaba siquiera á la piel alguna llamarada de aquel incendio, á Silvela no logró interesarle la revolución poco ni mucho. Habló dos veces para lanzar dos maldiciones; pensó que pudo ser injusto ó apasionado, y con más horror á la pasión que á la injusticia, aprendió de una vez para siempre que el entusiasmo es indiscreto, y dejó de entusiasmarse más por convencimiento que por costumbre, que al fin y al cabo son muchas las espontaneidades que es necesario ahogar para ser por costumbre reflexivo.

Los pueblos cultos se baten callando. Sólo los salvajes gritan sinceramente en la pelea.

Y Silvela no necesitaba reconocerse préviamente para encontrarse cultísimo.

No hay más que verle. Su traje negro irreprochable se ajusta bien á las líneas de su figura, y por no recordar al abogado que en eso de las levitas y las corbatas de luto se le recuerda sin querer, Silvela anda con paso desigual como un artista, con movimientos desgarbados como un inglés, con

aire descompuesto como de quien desdeña el cuidado prolijo, de prisa á lo estudiante, solo y distraído, como quien difícilmente encuentra agradable compañía entre los propios amigos, y pocas veces en calles ni en paseos, donde hacen triste papel los que no galatean mujeres ni examinan escaparates.

Silvela hablaría solo si perdiera el tiempo en las aceras.

Haría lo que hacen en Madrid los que no encuentran belleza fácil que les interese, ni transeunte que merezca un diálogo de cinco minutos.

No le he preguntado en mi vida cuántos años tiene, porque yo no hago esas preguntas ni me meto en camisa de once varas, y no temí preguntárselo porque sean muchos, ni menos porque los represente, pues Silvela, que es el hombre político más ilustre de sus años, todavía no tiene la edad en la cara. Aparte de aquella enfermedad gástrica y política que le produce algún accidente—dos hasta ahora en los doce años del último reinado—aparte, repito, de aquellos malos ratos, su salud es envidiable y su fisonomía joven. Ni un solo cabello blanco ha puesto en su cabeza el desengaño, ni uno los problemas de la vida, ni uno solo este dolor de los hipocondrios, que constituye la enfermedad crónica de los humoristas. Las de la duda aparecen en las sienes; Silvela no tiene esas canas porque cree ó no cree, pero no duda.

Las que van amontonando esas contrariedades

de la amistad ó del amor, que se llaman lesiones afectivas, canas de la cara, tampoco las tiene; y si bien en la barba rizada alguna caracolea desvergonzada y rutilante, son tan pocas, que apenas si con ellas se podría escribir la fecha de su nacimiento.

Lleva lentes. ¿Para qué llevará los lentes, si á los que conoce no necesita verlos, y á los que no conoce los mira siempre por encima de la armadura?

Y habla como él solo. Ni más elocuente, ni más retórico, ni más literato, ni más estadista que el que lo sea realmente, pero sus discursos tienen algo de todas las aptitudes, algo de todos los conocimientos, algo de todas las novedades. Lo que les falta con mucha frecuencia es el asunto. O si hay en ellos un pensamiento capital, de tal manera lo destornilla, lo esparce, lo quiere filtrar en todos los conceptos y llevar algo del tema á todas las palabras, que lo mejor de sus discursos es generalmente el aparte, el inciso, la agudeza, el detalle. El me lo perdone, porque yo creo que hasta que no sea presidente del Consejo de ministros no hará más que bocetos de grandes discursos. Cuando lo sea, cuando lo sea, tengo la seguridad de que hará discursos grandes.

Ahora sus oraciones parlamentarias son filigranas. Es el Fernández Jimenez de la política; es Fidias el que hace los discursos. Y unos son interesantes, otros amenos, otros bellísimos y todos

excelentes. Después será Buonarroti el que haga la cúpula, porque no la hará para el Santo Padre, sino para él.

Es un orador que, desdeñoso y desapacible, necesita de todo el público por entero. Cuando le aplauden sus amigos y callan sus adversarios, siente la urgentísima necesidad de que también le aplaudan los enemigos. Así es, que un discurso en favor de su partido, ó en defensa del gobierno á que pertenecía, iba seguido en su última época ministerial á cuarenta y ocho horas de distancia por otro discurso de doble filo, con el cual rajaba á un correligionario, ó contundía á un compañero de Gabinete, ó dislaceraba á la situación entera de que formaba parte.

Nos daba á los que éramos sus correligionarios tantas satisfacciones como disgustos, ó tantos disgustos como satisfacciones, para que no se las agradeciéramos.

Pero él ha sumado los aplausos de sus admiradores amigos y enemigos, y no diré que sean ellos el pedestal de su escultura, pero serán algunas de tantas piedras quizá más sólidas y más firmes por la diversidad de las procedencias; serán, repito, algunas de las muchas que era preciso reunir para levantar la construcción artística de su reputación y de su fama.

Su voz, ni sonora ni agradable, es clara y cuasi extridente. Su acción muy sobria, su ademán elegante y su gramática escolapia, lisa, sencilla, co-

rriente. Por esta limpieza de su sintaxis juraría, sin conocer sus aficiones artísticas, que le gusta más el Escorial que la catedral de Toledo.

Se produce con cierta monotonía, porque no posee la variedad de las cadencias oratorias que otros llaman inflexiones y matices de la voz, y corta la oración, no por defecto en el decir, sino por abusiva costumbre de subrayar las palabras. Le adiviné como periodista en las columnas de *El Estandarte* y en un artículo combatiendo la supuesta Unión liberal, y combatiendo á los rebeldes de su partido, por el exceso de letra cursiva que allí había prodigado.

Dice lo que quiere y como quiere, y á vueltas de una frase de crítica amarga contra todo el que es fanático por una verdad metafísica ó financiera, porque tanto aborrece á los filósofos como á los economistas, explota bien la amena erudición que le distingue y brilla por eso en la discusión mucho más que sus iguales.

Domina al auditorio con autoridad evidente, se impone á la masa; pero siempre que se apercibe para herir al adversario, pierde algún tiempo en el aparato y en la preparación de la estocada. Como quien vacila, como quien necesita fuerzas que no tiene, apoya las dos manos sobre el pupitre, deja caer la cabeza del lado izquierdo como Alejandro Magno y como Calígula, y apenado en la apariencia y premioso sin serlo, y más humilde cuando más irritado está, no pronuncia la acusación

sino que la descarga, ya mirando de frente al desgraciado ministro de las justicias equivocadas, para decirle que la mujer de César necesita, á más de ser honrada, parecerlo, ya elevando la voz hasta la tribuna de los periodistas para declarar que es un delito el mero hecho de preguntar á los ministros por lo que han tratado en los Consejos.

No conozco al padre de familia ni al ciudadadano. Sé que todo el calor de su vida, que es como si fuera su vida entera, lo ha puesto en su hogar, y que allí no llega nadie. Me consta que trabaja muchas horas, hace algunas visitas y recibe á muy contados amigos, y aun sospecho que aquellos amigos le conocen tan poco como yo le conozco, y algunos le conocen mucho menos tratándole mucho más. He deseado siempre su conversación particular sin haberla solicitado nunca, y me ha ocurrido en esto lo mismo que á los subsecretarios que ha hecho y á los directores que ha nombrado, que no ha cambiado conmigo más que palabras corteses de una educación ejemplar y distinguida... y el traslado del nombramiento de un canónigo que no le había pedido, y que sin duda me lo notificó á mí para que no se lo agradeciera el verdadero recomendante. Supongo que en compensación participaría al otro el ascenso de un vicesecretario de Audiencia que yo le recomendé, para que tampoco yo se lo agradeciera, porque sé que lo ascendieron, pero lo sé por el interesado.

No hay que hablar del literato. Tiene todas las

condiciones del escritor, menos el propio estilo. En sus ingeniosísimos folletos escribe á la moderna: en el bosquejo histórico que precede á las cartas de Sor María de Agreda, trabajo que le debe abrir las puertas de la Academia, se propone imitar el arcaísmo de Estébanez Calderón y la retorcida sintaxis y la enérgica y varonil expresión de Cánovas del Castillo, y llega á conseguir su propósito difícilmente. Si no quisiera escribir de una manera determinada, tendría ya su propia menera, pero él se la pierde.

No diré yo, ante la necesidad de concluir, que de Silvela se puede hablar, como de los geroglíficos egipcios, mucho y muy tendido antes de agotar el asunto, porque después de tantas palabras no sé si este hombre de tanto mérito es como yo creo, ó quiere ser él como yo me lo figuro.

De todos modos, y para reducir á pocas palabras mi juicio sincero, permítaseme que diga una verdad que siento. No me arrepentiría de mostrar orgullo ni soberbia, si motivos tuviera para ser soberbio y orgulloso, pero jamás han azotado mi corazón los vientos de la envidia, porque es pasión menuda y ruín y despreciable.

Y si no estuviera resignado á ser lo que soy, una personalidad vulgar como otras muchas, y quisiera ser de otra manera por envidias de otro hombre, ese hombre envidiado por mí sería Silvela.

¡Quién sabe si habrá sentido la misma pasión

el ex ministro de Gracia y Justicia en sus sueños de Mazarino ó de Richelieu por alguien que fué en la historia Bautista de una escuela á la que todos ellos rindieron culto positivo, por aquel D. Fernando el Católico, que en su amor al más útil Gobierno de los condados de Castilla y de los señoríos de Aragón llegaba á prescindir y á despojarse hasta de lo que más podía amar un rey español, hasta de las alhajas de su alma.

DON GERMÁN GAMAZO

Don Jermán Gamazo.

—

Yo no sé quién ha dicho en el partido fusionista que Moret es el talento más brillante y Gamazo el talento más claro y de mejor consejo; pero como tengo indicios vehementes de que así lo cree el que reparte las gracias y las abstinencias dentro de la misma agrupación mencionada, *urbi et orbi* lo publico, y á los cuatro vientos lo arrojo, y á toda la muchedumbre adicta se lo entrego, y como enseña lo levanto, y como artículo de fe lo confirmo y lo corroboro.

Y que me lo perdonen los juriconsultos su ejercicio del partido liberal dinástico.

Gamazo es un abogado de primera reputación y un juriconsulto en toda la significación de esta palabra. Es un gran civilista, un peritísimo consultor, un hombre que conoce la historia del de-

recho como pocos y una inteligencia formada en las clásicas instituciones jurídicas de la antigua Roma. Gana los pleitos y gana los honorarios, que otros hay que aun ganando los litigios no ganan las minutas y las cobran. Ha proyectado en las comisiones de Códigos mucho de lo legislado en el Parlamento. Ha sido ministro huyendo de las carteras. Habla bien, porque habla convencido. Sabe de la sintaxis lo que saben los de Zamora, que no es otra cosa sino la envoltura natural del pensamiento. Se defiende mejor que ataca, porque razona más que discute. Y ha hecho su camino en la política sin descarrilamientos ni paradas, porque no mueve un pie sin licencia del otro, y va despacio porque quiere llegar, y llega porque no se detiene, y ahorra las energías para que no le falten, y es reflexivo en el juicio, y prudente en el consejo, y maduro en el pensamiento, y juicioso en la reflexión.

Nació en Valladolid y nació precavido. Vino á la corte hecho un abogado y tuvo un pleito; después otro, y fueron dos; después otro, y fueron tres; después trescientos, después tres mil. Es un caso crónico de abogacía, un archivo de preceptos, un cuerpo de doctrina, y la letra y el espíritu de todas las disposiciones vigentes.

Cuando entró en la vida pública llegó al Parlamento sin historia que excusar ni responsabilidades que defender. Llegó como la ley que enlaza el presente con el pasado y el porvenir. Ni avan-

zaba en las Cámaras ni retrocedía; empezaba á decir lo que era, porque antes lo había resuelto, y no improvisó jamás, porque la improvisación es una audacia, y Gamazo es la misma discreción, la parsimonia circunspecta, el término conciliador, una fórmula de avenencia, la liga en la composición total de su partido, lo que compensa, lo que traba y afirma, lo que subsiste, establece y aprieta; grave porque hay una ley de la gravedad; metódico porque el método tiene su ley; buen ciudadano porque cumple las leyes de los hombres, y buen católico porque obedece sin reserva los Mandamientos de la ley de Dios.

Hombre de Parlamento en la política como hombre de legalidad, se dió pronto á conocer como orador de Gobierno y como inteligencia perspicaz y avisadísima. Su figura no tiene la esbeltez artística, sino las líneas firmes de una complexión enérgica. Recuerda á los dorios de estatura mediana, pero de contestura maciza. Ancha la espalda, ancho el pecho, ancha la frente, ancha la cara, robusto el cuerpo, pronunciadas las facciones, muy acusados los músculos, muy enjuta la carne y muy duro el hueso; redonda la cabeza, como la de todos los talentos prácticos, y cerrada por fortísimo engranaje, aquella masa cerebral, ni se debilita, porque está bien guardada, ni se derrite, porque vive como contenida dentro de los muros sólidos de su propio alcázar. Trabaja como los exploradores de los archivos, madruga como el sol, viste como un estu-

diante, duerme sin soñar, estudia lo que lee, no lee más que los libros útiles, prescinde de la fantasía, si no la niega; vive en la misma realidad, ha hecho el proceso de los partidos y se sabe la vida pública de memoria, come sin melindres, como gran cazador y hombre de campo; no sabe de la vida muelle sino lo que acaba la existencia y enerva el espíritu; de Savarín no come más que las *savarinas,* unos pasteles empalagosos que venden en el *buffet* del Congreso; tiene el paladar moral de los artistas y el paladar orgánico de los desaprensivos; mata los corzos á tiros y los pretendientes á disgustos; destripa los guantes cuando extiende las palmas de aquellas manos de hierro; muestra un semblante sin entrecejo, una mirada leal, una sonrisa satírica, el gesto malicioso, el ademán severo, la voz muy clara, el acento penetrante; yergue la cabeza, porque la columna vertebral, poco flexible, le acorta el cuello y le mantiene, no en la rigidez estiradísima de los que tienen menguada la estatura, pero poco menos.

Es liberal convencido y consistente. No gritaría jamás en la calle, pero no callaría jamás en el Congreso. Sabe lo que siente y siente lo que piensa, y piensa lo que cree y cree lo posible, lo necesario y lo procedente.

Desconfía, pero no aborrece; se apercibe, pero no desafía; combate, pero no se ensaña; se defiende, pero no presume; hace su labor, pero no á costa de la ajena; su alma se acomoda bien á su

cuerpo, y vive como puede, y puede mucho, extraordinariamente, tanto como quiere y anhela; pero jamás estira el brazo más allá de la manga, y mucho tiempo cayó en el desconocimiento de que es peor ostentar en la acción de los discursos el puño negro de la levita jurídica que los puños blancos de las camisas de Holanda.

Defendió el Jurado por la tristeza que en su ánimo recto ha producido el conocimiento de la actual administración de la justicia. Aceptará las extensiones del sufragio, porque no desea ninguna perturbación en el seno de su partido. Fué un excelente ministro de Fomento y un excelentísimo ministro de Ultramar; es un suizo en la agrupación política á que pertenece, porque contribuyó eficazmente á la reconciliación de centralistas y constitucionales; y aventuro una opinión, que por ser mía totalmente puedo hacer de ella lo que me parezca más adecuado á mi intención, y es que será un ministro de Hacienda rival de sí mismo, como ministro de Ultramar y de Fomento. Se tomará tiempo para aceptar la cartera cuando lleguen á ofrecérsela, trabajará como Camacho, se reservará tres meses su pensamiento, y así que forme su convicción por el estudio, hará algo nuevo seguramente y algo bueno sin duda alguna, y defenderá lo que haga y lo que proponga hasta la muerte, porque ama su pensamiento como aman los humoristas á sus Dulcineas, hasta la eternidad... porque no saben amar de otra manera.

En la vida privada, Gamazo es un hombre de méritos ejemplares. Es el centro de toda su familia, su jefe, su director, su padre verdaderamente. No le quieren sólo los suyos propios, sino que le adoran hasta sus afines. Aunque la tuvo, no tuvo suegra; aunque los tiene, no tiene cuñados; aunque los tenga, no tendrá sobrinos; aunque Dios se los conservase, no tendría ni tíos ni tías. Hace capítulos matrimoniales para todos menos para los suyos, y escrituras de partición no más que para los clientes, y testamentos para los prójimos. Y quien tantos pleitos conoce y maneja y defiende, no sospecha ni por un solo momento que pueda ocurrir una desavenencia jamás entre los propios.

Pasa las noches en su casa con tertulia de amigos verdaderos, juega al billar en su domicilio, y aquí empiezan y acaban todos sus vicios y todas sus distracciones. Ama la música y ama la ópera, pero ama del mismo modo los acordes de un organillo ó las desarmonías de un canto callejero. Es modestísimo en su vida; cuando soltero se sentaba en sillas de hule y ganaba un caudal con su bufete. Sin aumentar sus recursos, siempre considerables, ha mejorado el *confort* de su vivienda; pero se ha enterado del cambio, no mediante la consulta anterior, sino mediante el mudo razonamiento de los hechos.

Conoce la vida galante por la lectura de tal ó cual novela que lee sin enterarse mucho, y tiene por novelas las más fieles narraciones de las vicisi-

tudes por que van pasando las Magdalenas de su tiempo.

Este es Gamazo político, jurisconsulto, consejero de la Corona, padre, marido y hombre.

Con que así viva, confíe como confía sin vacilar, espere en Dios como espera, y crea como cree en la Santa Iglesia católica, apostólica, romana, Gamazo, que se ha salvado en esta vida, se salvará en la que viene, y entonces, ¡ah! entonces, como él no provea á la nueva generación de otro Gamazo, á imagen y semejanza suya, esta ley de la vida modesta, sutil, ejemplar y envidiable se quedará sin reglamento.

Porque Gamazo es la definición exacta y fidelísima de cómo ha de entenderse esta peregrinación por el planeta.

Que sea por muchos años para gloria suya y satisfacción de los que le tenemos el afecto individual y aislado que despiertan algunos de los que marchan muy delante y muy derechamente á los que les seguimos desde tan lejos, que más que la voluntad nos relaciona con ellos el pensamiento.

Aunque á media correspondencia.

DON PRÁXEDES MATEO SAGASTA

Don Práxedes Mateo Sagasta.

En el momento de escribir estas líneas Sagasta es presidente del Consejo de ministros, es la primera figura política del país.

Aquel hombre que jamás fué una bandera; que todavía no ha podido ser jefe de un partido, que es menos, siendo jefe de una conciliación, que es demasido; que era la energía revolucionaria en las Cortes de la Unióu liberal y la energía conservadora en los días de la Revolución de septiembre; que maldijo la Constitución pasada y aborrecía la Constitución vigente; conspirador contra el reinado de Isabel II, cortesano de la monarquía de Saboya, ministro de la República de 1874 y fatídico agorero de las minorías de D. Alfonso XII; cómplice de Castelar contra Cánovas y cómplice de Martos

contra Castelar, y cómplice de Cánovas hoy mismo; aquel orador tribunicio de la melena caída, el cuerpo inclinado, la acción dramática, la frase ardiente, el mirar provocativo y la boca tremenda; aquella figura la más simpática y aquella oratoria la más original y atractiva; suprema debilidad y hombre extraño, cuya condición era disimularla si la tenía, es hoy el eje, es hoy la máquina, es hoy la rueda central de toda la política española.

El partido conservador caído moral y positivamente, el partido republicano disuelto, el partido reformista en entredicho, la opinión cansada y dormida, el país sin voluntad y sin más deseo que el de la paz, como quiera que sea y á todo trance; así los partidos y así los hombres y así la nación entera, todas las miradas se dirigen á un punto y todas las esperanzas y todos los temores van á condensarse en aquella personalidad sin semejante, á quien el azar, numen de la Península, ha colocado en la alta cima de la gobernación de su patria y ha hecho de Sagasta el hombre civil de la Regencia, como el jefe del partido liberal-conservador fué el hombre civil de la monarquía restaurada.

No capitanea una agrupación cerrada, sino la coalición más extendida que registran las historias de nuestras Cortes. Arrancan sus adeptos del partido moderado, de la Unión liberal, de la grey progresista, del radicalismo disolvente, de la República furibunda, de todas partes. Allí están los fanáticos de la intolerancia religiosa revueltos y

confundidos con los ateos, los demagogos y los arbitrarios, los ministeriales de afición y los de oficio, los amigos de todos y los amigos de nadie. El partido de Sagasta es el Bazar de la Unión, tal cual rareza, mucha pacotilla y todas las cosas del mundo. Verdad es que no hay consistencia en la agrupación ministerial, pero también lo es que la misma cualidad les falta á las agrupaciones oposicionistas. Cierto que las doctrinas del poder son fórmulas, pero cierto también que las doctrinas de la oposición son palabras. Es imposible, por lo mismo, imaginar una situación general del país más cómoda para un hombre que apenas ve más espacio en los horizontes de su previsión que las veinticuatro horas del día presente.

Si la política fuera creer, si la política fuera pensar, si la política fuera sentir, si fuera la política aborrecer, serían mejores políticos que Sagasta, Pí y Margall, que es un sectario; Salmerón, que es una metafísica, Cánovas, que se cree un buen tutor, y Ruíz Zorrilla, que se ha hecho temible. Pero la política es transigir, la política es ceder, y más es ceder y transigir en los períodos críticos y en las épocas de enfriamiento y de duda, y por lo mismo Sagasta es hoy un político que no tiene rival. Sin fe en las ideas, sin pasiones por las doctrinas, cede lo ajeno, porque abrazado en la altura á todas las causas, jamás ha pactado con ellas en el abismo, sino que allá en el fondo las dejó, mirando siempre á las que se levantaban.

Necesitaba un aliado tan excéptico como él, y pactó con Martos. Necesitaba un hombre fácil, y encontró á Moret. Quiso un ministro que le supliera en los avances y le abriese el camino para las exigencias, y llamó á León y Castillo. Preguntó por un abogado que transigiera los pleitos, y saltó Montero Ríos. Quien hiciera suyos los programas militares del prójimo, y Cassola los compiló y se declaró padre de ellos por adopción. Tenía para las fórmulas á Alonso Martínez, para la recomendación del alma al general Martínez Campos y para la recomendación del cuerpo al marqués de la Habana, porque Sagasta no dice como los párvulos: *Con Dios me acuesto, con Dios me levanto*, sino con el general Concha y con el general Martínez Campos. Sacó de Madrid á Albareda, tentado de la murmuración y de la risa, permitió que maldijese al marqués de la Vega de Armijo, porque oveja que bala pierde bocado, y así fué viviendo, no sin temblores, pero sí con la cartera al hombro, que el llevarla es triunfo y el mirar que otros la llevan vilipendio y condenación abominables.

Ahora es más fuerte que nunca porque es más reformista, y sin embargo, ahora parece que con más ansia solicita las benevolencias, porque enamorado de las palabras revolucionarias, se rinde siempre á las amistades conservadoras.

La conquista de un principio le importa poco, porque no lo distingue siempre; pero la benevolen-

cia de un adversario le produce todas las satisfacciones ideales. Sólo está tranquilo cuando conoce la poca fuerza de acometer que tiene enfrente, porque en la virtualidad de sus convicciones no confía jamás.

Conservador arriba y revolucionario abajo, alternativamente está bien con los mejor elevados y con los más hundidos, y estrecha la mano que le entrega el poder como halaga á la plebe que lo rehabilita en la época de las pretensiones.

Calla el aborrecimiento, disimula las contrariedades, se enfada ocultamente, sofoca la ira, no maldice ni blasfema jamás, aborrece las formas del ruído y se enamora de la política del silencio. Cuando la oposición le exalta se agita momentáneamente, muestra la fiereza oratoria con frases breves y oraciones cortas; es un trágico en el Parlamento mejor que Rossi y mejor que Talma; se indigna como si fuese sentida la indignación, se da por ultrajado como si fuera positivo el ultraje, alza aquellas manos en demanda de la justicia divina, levanta la mirada y baja y hunde la cabeza, según rigen el período la humildad ó la soberbia; se cruza de brazos como si de sí mismo estuviese satisfecho y los abre desmesuradamente para declarar que jamás en España, jamás en Europa, jamás en el planeta, jamás en los mundos imaginados, hubo Gobierno ni elecciones ni política más liberales que su política, sus elecciones y su Gobierno. Después recorta ingeniosamente las contestaciones secunda-

rias, aguza el chiste y lo dice mejor que lo piensa, discretea con acento cariñoso, aconseja suavemente al adversario y lo convida... á ser ministro con él, y sobre todo bajo su presidencia. Pero llega el turno á una disertación agria, á una crítica injusta, y se le apaga la voz y se le atraviesa la espina de las discrepancias y no contesta; y orador tan polemista se queda mudo ante las asperezas del marqués de la Vega de Armijo, valiendo más éste marqués en cualquier parte que en el fragor de las contiendas parlamentarias. Por eso en el partido de Sagasta, entre los suyos, en su casa, en su vida política y particular, hace todo el mundo lo que quiere y hace Sagasta lo que quiere todo el mundo.

Su flaqueza pública son sus correligionarios y su flaqueza privada sus parientes. El término medio de la amistad ni lo desea ni lo estima. Le falta el mérito de querer á los que le quieren, aun cuando no sean sus correligionarios.

Yo conozco al único español que habla bien del ministro que lo dejó cesante; ese ministro que tiene un cesante que lo quiera es Sagasta, y Sagasta no conoce á ese cesante porque sospecha que no aceptaría la reposición, lo cual para Sagasta quiere decir que no aceptaría su política. Los suyos son los suyos por la sangre ó los suyos por el arrebato progresista. Los demás son el prójimo, y al prójimo lejos.

Las contrariedades de Sagasta son las revueltas de su partido. Sufre los antagonismos de Gamazo

y de Venancio González, pero los conlleva. Teme á Martos, pero ya se aperbibe prodigando á Montero Ríos los mayores afectos. Observa á su gran definidor Alonso Martínez, pero ya lo contiene en el alto reconocimiento que pregona y dedica al demócrata presidente de las últimas legislaturas. Se estasía con la benevolencia de Castelar, pero ya habla bien de Cánovas y pone sobre su cabeza el patriotismo generoso del ministro de D. Alfonso XII. Cambia saludos torcidos y cortesías oblicuas y fría correspondencia con el general López Domínguez, pero ya lo quiso hacer ministro de la Guerra en dos ocasiones. Sañudamente ha discutido con Romero Robledo, pero supuesta una fórmula decorosa, entraría también con los reformistas en acuerdos de política y de gobierno, porque Sagasta es riojano del Ebro, y cuasi aragonés de Zaragoza, y riñe como los hombres, pero se enfada como los chicos y las mujeres, pensando en hacer las paces constantemente.

Su estadista es Moret, y su periodista íntimo Ferreras.

Esta predilección de Sagasta por el hábil y perspicaz escritor es un rasgo de gratitud que vale tanto como un ejemplo. Sagasta ha tenido en su amigo un defensor de su política y de su persona incansable é incondicional, y Ferreras no ha pensado jamás ni en una subsecretaría ni en un ministerio.

Como no tiene nada suyo, Sagasta no tiene abogado, y no tiene banquero porque no tiene un

real. Con una mano recibe la paga y con la otra la entrega. Nunca supo cómo se gastaba, ni es fácil que lo averigue quien se olvida de haberla entregado á los cinco minutos de haberla recibido.

Lleva constantemente en el bolsillo dos onzas de oro de cuño viejo, de circulación imposible, de valor extrínseco, nulo, é inútiles para el comercio de la vida.

Por eso las lleva.

Come para vivir, y come cualquier cosa. Toma café para digerir la comida, y toma cualquier café. Fuma para distraerse cualquier tabaco. Y recibe en las horas del almuerzo una tertulia de amigos de cualquier especie; y de este coro conoce ó no conoce á los que entran, sabe ó no sabe quiénes son, y con semejante indiferencia hace vibrar el sistema nervioso de los que en su casa se juzgan mal acompañados por unos huéspedes que son para Sagasta la mejor compañía del mundo, porque pueden ser la compañía de cualquiera.

¡Cuánto hombre ilustre se parece á Sagasta en semejante debilidad! ¡Cuánto ex ministro de esta abrasada tierra latina ha caído en la misma desdicha de abrazar á todo el mundo!

Sencillo, modestísimo, vulgar en su vida íntima, se sirve solo como el general Martínez Campos; madruga mucho, como el confesor de los Góngoras, que dice la misa de noche; recibe á todos los pretendientes en cualquier traje, como el alcalde de Villafeliche, y aborrece el banquete de los salo-

nes porque no conoce lo que le dan, y la comida de la fonda porque es una verdadera falsificación de los platos elementales.

Tose, y tose sin que la tos le llegue á los pulmones, y se rasca la barba, no porque le despierte la reflexión este ejercicio, sino porque le pica la piel sencillamente.

No practica mucho en devociones y rezos, pero duerme tranquilo siempre que se acuerta, sabiendo que son buenas sus relaciones de gobernante con el Padre Santo, la curia romana y el episcopado español, amigo de la paz y de la libertad bien entendida.

No preguntéis por su mérito principal, porque ni la altura científica, ni la fama extendida, ni el renombre europeo lo han elevado á los primeros cargos de su país. Ha sido una pasión irreflexiva por el orden en los tiempos de la acción revolucionaria, y una pasión irreflexiva también por la libertad en los años de la reacción conservadora. Y al servicio de sus pasiones ha puesto su condición formada y constituída por lo que llaman los franceses la *finesa habitual*, por lo que nosotros llamamos la astucia de la tierra, la gramática parda, la letra cursiva.

Es una cualidad ésta de poner los ojos donde se tiene el pensamiento, y de tener el pensamiento en lo que se quiere y en lo que se disimula, en lo que se siente y en lo que se finge, que un gran escritor ha llamado á la astucia la plata menuda de

la mentira, suponiendo que la mentira es una especie de moneda.

Entre los seres inferiores de la escala zoológica, quien la tiene predominante es el zorro. Entre los personajes superiores de la política española es Sagasta.

La delicadeza es una sagacidad del alma, la astucia es una sagacidad del cuerpo. La una está en el espíritu, la otra en el humor.

La del humor es la despierta sagacidad, es la astucia temible del excelentísimo señor que estoy reconociendo. Y después de lo dicho, ya no necesito explicar su gran secreto, á saber, por qué ha sido presidente de cinco ministerios y ha sido ministro de quince situaciones diferentes, provisionales, republicanas, interinistas, monárquicas conservadoras y monárquicas radicales, y por qué es lo que es y fué lo que ha sido y será en la historia, lo que él mismo en sus ambiciones de político no había soñado jamás.

EL MARQUÉS DE LA VEGA DE ARMIJO

El Marqués de la Vega de Armijo.

No le conocen los que le han oído en el Congreso ó le han encontrado en el salón de conferencias distraído y agitado, impaciente y febril.

En aquella casa es un frenético, es la pasión misma, el predominio del sistema nervioso, lo más impresionable, lo más susceptible, la condición más calenturienta y el hombre más difícil.

Fuera de la casa legislativa y en la suya propia, nada tan agradable como su conversación ni tan bondadoso como su amistad.

En el Congreso no pasea ni se sienta, alterna con poca gente, cruza de prisa los pasillos y los escritorios, saluda ó no saluda, y no contesta ó se limita en las contestaciones á una imperceptible inclinación de muy diplomática cortesía.

En su casa no parece el dueño, sino el servidor de sus visitas y de sus contertulios.

En la política se estima en lo que vale y lo pregona con la mirada, pero no lo exige.

En sus íntimas expansiones tiene el gran talento de hacer que sólo brille el de aquellos mismos que le solicitan, y les paga con usara un agasajo, mayor cien veces que la misma generosidad de la adhesión que recibe.

Dudoso orador por sobra de energías y laringe rebelde por la excesiva movilidad de todo su organismo, impone su figura, y su figura lo salva en los días obligados de una declaración ó una defensa.

Mira con saña y mira con fuego. Su nariz aguileña y enérgica revela la firme raza y la antigua cuna. Su despejada frente anuncia la holgura del pensamiento propio. El entrecejo furibundo parece la cicatriz de una herida, parece un hachazo. El cuerpo fuerte y el bizarro ademán sientan clásicamente á su cabeza, modelada como los bustos de los escultores florentinos. Y es en la apariencia un hombre que retrae, y es en la realidad una bellísima persona, muy oculta, muy desconocida, porque si preguntáis á cualquiera de las muchas víctimas de sus contestaciones airadas, os responderán seguramente:

—También el marqués se conoce. Está abonado al tearo Real hace muchos años y tiene un piano en su salón de tertulia para entretener las malas

noches, porque la música le enamora y le estasía, y además porque la música domestica á las fieras.

Sabe aborrecer porque sabe sentir.

No hay nadie que le sea indiferente. Ó lo quiere bien ó lo quiere mal, y sea como sea, su cariño lo publica sin reparo y sin reservas.

La conversación del marqués es una lima ó un cauterio. Cuando acaricia, hiere; cuando hiere, raja; cuando golpea, contunde, y cuando analiza, dislacera y descompone. No es el óxido, es el cobre; no es el cañonazo, es la metralla.

Entre los aristócratas es lo mismo que entre los murmuradores: un grande.

Concibe una pasión de ira ó de rencor, se arrepiente de haberla concebido, pero la descarga.

Se conocen sus aficiones distinguidas y se saben sus secretos porque ignora completamente las artes del disimulo. Gran madrugador, gran paseante, gran señor, gran amigo, vive en grande, paga en grande, en grande contribuye, obsequia como los señores feudales en el castillo de Mos, convida como los árabes al paraiso de sus posesiones en Sierra Morena, y los cotos y los jardines de Bobadilla recuerdan á sus huéspedes la vida feliz de los cortesanos de Tiro, y sus banquetes espléndidos los del banquero Chigi en la Roma brillante y fastuosa del siglo XVI.

Es un magnate de nacimiento y de afición.

Tiene la sangre noble. No diré yo por lo mismo

que tenga mala sangre. Pero quién sabe si tendrá mal colocada alguna entraña.

Digo esto, porque no se explican todos satisfactoriamente aquella mirada acusadora, fiscal, espantable, y aquella persistente memoria que por no olvidar nada suyo, ni olvida los malos pensamientos, ni deja de realizarlos en la vida pública.

También ha conspirado.

En aquellos días en los cuales el general O'Donnell preparaba la insurrección militar de 1854, insurrección que no fué otra cosa más que la expresión del sentimiento público, según el testimonio de D. Fernando de Castro, el anhelo ferviente del general era permanecer en Madrid, para dirigir por sí mismo la conspiración que se fraguaba. El Gobierno del conde de San Luis lo comprendió de este mismo modo y desterró al caudillo. Obedecer la orden ministerial era impedir el movimiento, y el conde de Lucena se ocultó en casa del marqués de la Vega de Armijo, propósito llevado á efecto por la amistad que unía al marqués con el señor Vinyals, deudo del general O'Donnell. Hasta entonces no se conocieron el general y el marqués. Desde entonces fueron constantes y sinceros amigos.

Y durante los días de la persecución, el conde de Lucena recibía en la biblioteca de Vega Armijo las noticias que circulaban sobre su persona en los salones de la corte. Llegó el día señalado para la rebelión, y el general O'Donnell fué acompañado

por el marqués de la Vega de Armijo hasta las afueras de Madrid en un carruaje particular.

Pocos años después, cuando apenas contaba treinta y cuatro de edad el marqués de la Vega de Armijo, fué nombrado gobernador civil de Madrid y más tarde ministro de Fomento. La revolución de septiembre le confirió una vicepresidencia del Congreso y un puesto en la comisión que redactó su Código fundamental; la restauración le sorprendió en la embajada de Paris; fué el primer ministro de Estado del liberalismo dinástico, y dejó huella luminosa su iniciativa y buen recuerdo el españolismo que le inspiraba su propósito de que su patria interviniese en todos los problemas del continente, y hoy es el primer sospechado de discrepante en la ortodoxia ministerial del fusionismo.

No es un político de escuela, ni de fórmulas abiertas como D. Manuel Alonso Martínez; es más bien el eterno doctrinario, el hombre de las soluciones relativas y de la política intermedia, un espíriritu que se acomoda á las circustancias, y el prurito de las interpretaciones. Siente bien la libertad y mantiene en el poder los resortes de Gobierno. Parlamentar ó versadísimo en el secreto de agitar la política, ha sido el más hábil consejero del banco azul y el ministro de utilidad evidente para sustraerse á las emboscadas de la oposición y para sortear los momentos difíciles de toda contienda.

Estorba á sus iguales y se hace temer de los jefes de los partidos. Presume de demasiado minis-

tro y aspira á serlo como los presidentes de Gobierno, que tampoco lo son, porque no tienen cartera.

No es cortesano de nadie. Habla tan claro en la cámara de los reyes, que, sin caer en la irreverencia y sin llegar al atrevimiento, se dejaba oir en las regiones más altas durante el reinado de doña Isabel II; y lanzaba claridades resueltas al pueblo embravecido en la esplanada de Palacio, proclamando la necesidad de restablecer el régimen de la monarquía en los días más agitados de la Revolución de septiembre.

Hoy no le conocen los que no le tratan con intimidad. Su actual situación política aparece inexplicable, porque ni resueltamente adicto ni ostensiblemente adversario entre los propios, su constante afirmación de permanecer en el partido liberal no dice nada; liberal es el reformismo, liberal el elemento democrático, liberal lo que resta de los antiguos constitucionales, liberal la derecha ex centralista y liberal todo el mundo.

Ser liberal es en la presente organización de los partidos no ser nada fuera de ellos, y tanto vale esa declaración para el Gobierno como para las oposiciones más avanzadas. No puede aplicarse al marqués de la Vega el aforismo latino de que como hombre nada de lo humano puede serle ajeno, en sentido de advertencia ó de consejo; pero sí como liberal puede afirmarse que ninguna solución á la política gobernante podría considerarle ajeno del todo, ni enemigo ni partidario por sistema.

Político tan resuelto, hombre tan decidido, palabra tan clara, personalidad tan espedita, no autoriza á sospechar que no se puede decir lo que desea; pero actitud tan vaga, política tan vacilante, situación tan comprometida, quebranta su firmeza, oscurece su carácter, cuartea su prestigio y menoscaba su autoridad.

Hay derecho para extrañarse de que no sepa definirse ante los suyos quien tan airadamente se produce contra los adversarios, y no porque esto sea inclinación de los políticos en su gran mayoría puede excusarse la sobrada reserva en el marqués de la Vega de Armijo.

Y cuando allá en las soledades de su gran biblioteca contemple la vestidura de hierro de Alejandro Farnesio y la armadura fuerte del marqués de Leganés, el espíritu de la rebeldía que no pocas veces alentó en su corazón podrá acusarle con las voces misteriosas del recuerdo, y podrá decirle que las arrogancias heredadas se han debilitado al mismo tiempo que los impulsos reflexivos de la disciplina huyeron del ánimo sereno y esforzado.

O se tiene la razón y se proclama, ó se tiene el derecho y se exige: que someterse á la injusticia y tolerar la usurpación, ni se aviene á la grandeza del propósito, ni responde á la tradición de la noble alcurnia.

Los políticos de fama bien conquistada, como los artistas de inspiración genial, tienen ganado el aplauso porque tienen la obligación del acierto.

En la vida pública se debe todo al juicio y á la crítica de los contemporáneos, y como la relación entre lo que se es y lo que se debe ser corresponde establecerla á los desinteresados, mi pluma, fácil al calor del panegírico, no acusa, pero se enfría al contacto indiferente de la política indeterminada del ex ministro de Estado.

El perfil moral del marqués de la Vega de Armijo ofrece líneas de irreprochable corrección; pero su personalidad política se desvanece en ese crepúsculo de la duda, en las sombras de la desilusión y el desencanto, en la injusta desconfianza de sí mismo y de sus propias aptitudes para las agitaciones del Parlamento.

Si esto fuera un discurso, pronunciaría la frase sacramental *he dicho*.

Es un problema y lo planteo.

Es un conflicto y lo anuncio.

Estoy á oscuras, y acabo diciendo como el poeta incrédulo:

—Más luz, excelentísimo señor, más luz¡

DON ALEJANDRO PIDAL Y MON

Don Alejandro Pidal y Mon.

Si la oratoria es sentir y confesar en público lo que se siente; si el orador ha de mostrar con sinceridad intachable aquel hermoso estado de la conciencia, animada por el bien y resuelta á defenderlo; si una convicción ardorosa, y una fe ciega, y una figura de líneas varoniles muy acusadas, y un semblante iluminado por la pasión creyente, y un alma que se asoma con toda su expresión en la mirada, en el ademán, en las contracciones del propagandista ó del iluminado, son cualidades esencialísimas del orador, y todo esto es hablar como los profetas y como los apóstoles: Pidal es orador, Pidal es apóstol, Pidal habla maravillosamente.

Nada más alto que su pensamiento en la tribuna española, porque nada más elevado que aquella frente sobre un cuerpo bien erguido y una columna conformada en exactísima perpendicular.

Nada más artístico que aquella pequeña cabeza, muy joven todavía, y ya poblada como la barba capuchina de cabellos blancos, y siempre agitada en movimientos nerviosos, que cuasi exceden por su rapidez la verdadera neurosis de todo el organismo.

Nada más elocuente que la voz timbrada en acentos agudos y afinadísimos, sin retóricas ni adornos, pero con más fuego y más poesía que todas las pasiones y todos los versos de la fría, enferma, seca y agostada generación, que ni cree, ni espera, ni ama.

Nada más airoso en la tribuna contemporánea que la flexible contestura de aquella naturaleza muscular, dada á los penosos ejercicios, y nadie más airado como adversario decidido y contradictor furibundo de la democracia y del ateísmo, de la República y de la plebe.

La vida de Pidal es la política. La ocupación de Pidal es la política. Lo que de la política le queda en su vida y en su tiempo es lo que dedica á los suyos, y los suyos son trece hijos; uno falta para completar el soneto de Napoleón I.

¡Trece hijos á los cuarenta años!

No hay un ciudadano más útil á su patria.

Se educó entre los libros del derecho y los libros de la filosofía cristiana, y se educó en el campo, al aire libre y á tiros con las reses del monte y las alimañas de la espesura, cumpliendo el precepto clásico de que los primeros juguetes de los

niños deben ser los libros y las armas. Gran cazador, no se bate sino con las piezas mayores, y lo primero que cazó con la escopeta fué un jabalí, y lo primero que cazó con los discursos fué una cartera.

Mató á un sér que vivía quien es incapaz de causar á nadie semejante daño, ni otro cualquiera, ni el menor de todos, y fué ministro al poco tiempo de haber maldecido á todos los Gobiernos y á todos los gobernantes.

Esto de haber llegado á ministro ocurrió de la manera siguiente:

Cayó el Gobierno de Posada Herrera por la violenta ruptura de todos los elementos liberales unos con otros, y fué llamado á los consejos de la corona el partido conservador. No se sabe cómo, ni dónde, ni cuándo se formó este ministerio conservador, pero al presentarse Cánovas del Castillo en Palacio, cuentan que le preguntó D. Alfonso XII:

—¿Trae Vd. los nombres de los nuevos ministros?

—Sí, señor—contestó el futuro presidente.

—¿Y figura entre ellos Alejandro Pidal?

—Sí, señor—contestó Cánovas sin inmutarse.

Todavía es un secreto si aquella lista de ministros existió, si Pidal estaba en ella todavía es un secreto, y es un secreto todavía si fué el rey quien allí lo puso con la sola recomendación de preguntar por él.

No se sabe qué dirá Cánovas si sobre este punto de la historia contemporánea se le consulta, pero diga lo que quiera, él solo, él únicamente conoce la verdad y puede proclamarla como es, y puede negarla, y ser la única verdad oficial su negativa.

Será Cánovas quien llevó á Pidal en la lista, pero los amigos de Pidal, á fuer de monárquicos sinceros, agradecieron al rey el nombramiento.

Monárquicos he dicho y no dinásticos, porque alguno de ellos, si bien partidario de la familia de Borbón, fué carlista antes de restaurar la monarquía. Quien no fué jamás otra cosa que alfonsino fué Alejandro Pidal, y en favor de la dinastía hizo á su patria el gran servicio de la paz, contribuyendo poderosamente á separar el episcopado de la causa de D. Carlos de Borbón, influyendo constantemente en Roma para la realización de este gran pensamiento, y viéndole coronado por la concurrencia á los funerales del rey malogrado de cuarenta obispos adictos á su heredero y á la Regencia.

No hay fruto más preciado en toda la política conservadora que éste de la paz conseguida, ni colaborador que merezca título principal de gratitud mejor que este gran paladín de las instituciones históricas, ni conquista política más importante que la de haber transigido Roma con la base religiosa de la Constitución vigente, ni fórmula más hábil ni definición más acertada que aquella mis-

maque hizo injustificable toda posible audacia contra el Nuncio de la Santa Sede, y que ha contenido los arrebatos del jacobinismo democrático.

Contra Pidal se habla mucho, como hablan los loros, y se argumenta sin saber lo que se hace ni lo que se dice seguramente.

A pesar de las sublevaciones de los liberales, hay en España libertad, y á pesar de las sublevaciones de los moderados, hay orden.

Hubieran hecho todos los hombres políticos una ley buena cada uno, ó sea la mitad de lo que hizo Moyano, que fueron dos leyes, ó hubiesen procedido con la actividad, el entusiasmo y la buena fe de Alejandro Pidal en un propósito honrado, y todo hubiera llegado sin que hubiese ocurrido el acto de barbarie que arrastró el cadáver de Riego y el incalificable fusilamiento del general León.

A Pidal se le quiere porque se le teme.

Un discurso de Pidal es una fuerza, y si los magnates de los tiempos bíblicos oían á Salomón con el índice en los labios, los ministros de la monarquía constitucional oyen á Pidal temblando. Su misma ingenuidad, su propio candor le hace más temible, porque cree en las maldiciones que lanza, y no se entera de que respetando mucho á todos los que censura, y no queriendo molestarles siquiera, los acusa, los ofende, los maltrata y los avergüenza.

No extraña Pidal las contestaciones iguales, porque es tan liberal en la lucha de los Parlamen-

tos como en la lucha de las propagandas, y en esta misma convicción pide para la Iglesia todos los beneficios de las libertades públicas, sin negarlos para el error, seguro como está de que la Iglesia prevalecerá constantemente. Será tal pensamiento lo que se crea, pero es lógico; será la lógica de Santo Tomás, pero es la lógica, y por lo mismo sus acusaciones son difíciles de rechazar y su argumentación cerrada hay que huirla porque pesa, abruma y sofoca.

Pidal no es sólo un hombre en la vida pública, no es sólo un partido, porque es, más que un partido y un hombre, una tendencia, un sentimiento arraigadísimo en la sociedad actual, el de la tolerancia dentro de la misma religión católica. Pidal cree y transige, no en lo fundamental de la creencia, sino en la consideración que le merecen los pecadores.

No quiere que se peque, como no lo quiere la Iglesia, y perdona al pecador lo mismo que la Iglesia lo perdona. Cambiaría el mundo si pudiera, pero no puede, y antes que llorar esterilmente, aconseja lo mejor para consolar su espíritu y satisfacer á su conciencia. Es malo lo que tiene delante, pero es mucho peor lo que tienn detrás, porque es un ideal lo único bueno. Ya fué á Roma, donde se va por todo, pero se trajo las palabras para sus implacables los carlistas, y los carlistas quieren las obras.

Ya ha defendido el catolicismo contra Cas-

telar, pero Castelar hace á los absolutistas menos daño que Cánovas, y Pidal es canovista.

Como hizo el camino entre los obispos, lo quiere hacer entre los seglares, y esto ya resulta imposible, por medio de la convicción honrada y tranquila, porque el vulgo parece un progresista educado por un escolapio, y no se convence sino por el procedimiento de la correa.

Al amigo sólo se pueden decir lisonjas. Es de los que suenan poco la amistad, pero de los que mejor la sienten y de los que de más pródiga manera la corresponden.

Pide para los demás, cosa de excepción, donde lo acostumbrado es que cada uno pida para sí propio: se irrita si no se le atiende y se venga si no se le cumplen las palabras. Posee clarísimo discernimiento para estimar y conocer, pesar y medir las calidades del prójimo. Habla con todo el mundo, pero no pierde con todos el mismo tiempo. Sagaz en cuanto es delicadeza la sagacidad, instintivamente reparte la conversación en la medida proporcionada á la manera de ser de cada pretendiente. Lo oye todo, pero se guarda lo que merece guardarse para formar el juicio.

Una vez le pidieron setenta distritos y él exigió de su partido veinticinco. Al medio ciento restante Pidal renunció desde luego, porque no los merecían los que los deseaban. Los amigos de Pidal no pueden ser muchos, porque Pidal es un amigo verdadero, y porque Pidal no estima á los que no me-

recen de la justicia humana un concepto á todas luces honroso.

Es un fanático para la muchedumbre, un neo, un jesuíta, un obispo de fraque, pero es también para todo el mundo una persona excelente.

No pide tanto á nadie para estrecharle francamente la mano.

Y es elocuente en cuanto la elocuencia es atracción siempre y en todo. En el Parlamento como el que más, en la visita como nadie, en la amistad sin competidores, y en la conversación constantemente.

Aristóteles, Séneca, Plutarco y Alburquerque, educaron á los tiranos en todas las artes de la vida y en todas las mañas de la defensa, y sus discípulos fueron capitanes como Alejandro, emperadores como Nerón y justicieros como Pedro de Castilla.

Pero ninguno de ellos fué orador. En cambio nadie más ingenuo que Jesucristo.

Y nadie más elocuente.

EL GENERAL MARTÍNEZ CAMPOS

El general Martínez Campos.

Hagámosle justicia alguna vez, con el firme propósito de decir la verdad, sobre su condición y su carácter.

El general Martínez Campos es una gran pasión por la dinastía, encarnada en un organismo demasiado susceptible, por excesivamente celoso de su propia dignidad.

Se le puede herir al general Martínez Campos y herirle de muerte, y el general Martínez Campos sabrá perdonar al que le hiera. Lo que no se puede es zaherir á la manera burlesca al general Martínez Campos, porque perdona una estocada, pero no perdona un chiste. Al que todo lo hace de veras, no se le puede tratar en broma.

Cuando Sagasta era injusto con el general Martínez Campos, porque no hay un solo español que no lo haya sido, le negaba todo género de aptitudes para estar al frente de un Gobierno y para presidir jamás el Consejo de ministros, y precisamente el general Martínez Campos tiene la cualidad principalísima para merecer aquel puesto; la que no tiene ningún político español de cuantos han llegado á tan elevada altura, la de haber sido presidente del Consejo de ministros y no haber sentido impaciencias por volver á serlo.

Su debilidad monárquica es su debilidad suprema. Su política servir al rey. Su afán pagar con todos los entusiasmos de su corazón todos los honores que debe á la dinastía. Su vida un bien que no merece guardarse, sólo útil porque se puede perder, y entregarse como el precio de todo lo recibido, aunque no sea más que todo lo merecido y todo lo conquistado.

Como el rey Alfonso XII hubiese dado su vida por la patria, el general Martínez Campos está dispuesto á dar la vida por sus reyes á todas horas.

Y esto se sabe, porque lo siente el general Martínez Campos; y esto se cree, porque lo calla el general Martínez Campos; y esto se dice, porque nadie lo duda del general Martínez Campos.

En este mismo desprecio de la vida por un ideal de patriotismo ó por un altísimo pundonor; en este mismo desprecio de la muerte, que lo mismo es, porque el no temer á la muerte es despre-

ciar la vida, coincidieron siempre el gran espíritu de D. Alfonso XII y el valiente corazón del general Martínez Campos.

No he de recurrir á la historia en demanda de analogías de hombres ilustres ni he de recordar parecidos movimientos de grandes y esforzados ánimos para definir mejor el que inspira todas las acciones del general Martínez Campos; que mejor comparado no podría estar, seguro de que establecida aquella semejanza, no cabe la duda en el que la lee, ni en el que la escribe pudo influir tampoco la lisonja.

En otros órdenes de la vida ó en otro aspecto considerado, el general es una persona que se parece al mayor número; es un hombre de la clase media; ni por educación ni por nacimiento, sino porque no lo es.

Su vida privada tiene la monotonía y quizá el aburrimiento de la vida de todas las personas regulares que no ofrecen á las murmuraciones de la sociedad en que viven ninguna especie de accidentes dramáticos ni romancescos. Estoy seguro de que obedece todos los Mandamientos de la ley de Dios, desde el primero al noveno escrupulosamente, y el décimo lo mismo, y hasta el undécimo con toda severidad, porque el general Martínez Campos está no más que donde hace falta.

Vive como el burgués que viva medianamente, viste como el que no sabe que hay sastres en París, come como los que no han ascendido de la co-

cinera al cocinero, se produce como los que hablan, más para explicarse, que para que los oigan, y como quien no teme de nadie, el general Martínez Campos se fía de cualquiera.

Se afeita solo como un seminarista. Cuando tiene coche de ministro, anda á pie por la calle, y cuando no tiene coche se le ve constantemente en carruajes de alquiler. Fuma este general, que acabó la guerra de Cuba, peor que nadie. Y este orador de campaña, tan elocuente con la espada en la mano, hace más ruído en las Cortes que una pieza rayada; pero todos los cañonazos parlamentarios se vuelven salvas.

Suele guiñar los ojos excesivamente, abrir la boca demasiado, abstraerse más de lo que conviene. Y así cruza la vía pública con un semblante á veces asustado y á veces malicioso, porque si el general quiere mostrarse impasible, parece sorprendido, y si quiere hacerse temer muestra una socarronería que la conoce todo el mundo.

Lo mejor suyo es que también le conocen el corazón.

Porque la cara de este capitán general vale menos que su inteligencia, menos que su abnegación, menos, mucho menos que sus entrañas.

Es el último en los días de la parada.

Pero es el primero entre los silbidos del plomo.

No he de hablar de sus talentos políticos, porque el general Martínez Campos no pretendió en su vida más que traer al rey, y lo trajo.

En cuanto la restauración fué un hecho material, fué suya.

Otros la explicaron, otros la extendieron, otros la asimilaron al país, al movimiento político contemporáneo, á las corrientes de los tiempos y de las ideas; pero él la hizo.

Contra Sagasta, que lo hubiera fusilado.

Contra la opinión de Cánovas, que moralmente lo exoneró y lo destituyó cuando, escapado de Madrid el general, fué á encontrarse con la brigada Dabán en Valencia.

No he de hablar yo, que soy político y conozco la cultura de la inmensa mayoría de los políticos, de la ilustración del general Martínez Campos. El general Martínez Campos ha sido docto catedrático de la Escuela de Estado Mayor, y yo conozco muchos que han sido ministros y muchos que lo serán, á quienes el general Martínez Campos reprobaría á toda ley en la Escuela de Estado Mayor.

Tampoco he de juzgarle como hombre de aficiones literarias. El librero Fe sabe que el general Martínez Campos le compra todos los libros de literatura que anuncia en los escaparates de su librería.

Por lo demás, y lo demás son los tres entorchados de su empleo militar, ó de su gerarquía, el soldado que quiere combatir no sé cómo contra la artillería de los cantonales en el bombardeo de los puertos de Levante y maldice al Gobierno que le

impone una tregua y le presenta como garantía de su lealtad el hecho de mandar fuerzas—que si él no las mandara, él lanzaría entonces el grito de la restauración—el que cien veces penetra sin escolta en la manigua, cien veces en los campos y en las montañas carlistas de Cataluña, y cada día produce una sorpresa á los rebeldes en el Centro y espanta con una marcha á los absolutistas del Norte; el que no ha muerto en todos los combates porque no le llegó su hora, más compasiva que las balas, que todas le llegaron; aquel valiente que trae al rey y con el rey la paz, y salta á un barco para que lo lleve á Cuba á concluir la guerra separatista, porque si no la hubiera acabado no hubiera vuelto á la Península, y porque la acaba vuelve; quien esto dice y esto cumple, y así se porta y así es, tiene mucho más caudal de energía y de voluntad, de entusiasmo y de fe, muchísima más, del que se acostumbra y del que se ostenta en las cumbres del Gobierno, y todavía con exceso el necesario para someter estas voluntades agitadas que el lucro despierta, que anima la codicia, y congrega y reune el excepticismo, para todas las obras de perdición.

Hoy se asienta el Gobierno liberal sobre una mayoría inerte y descompuesta, y desconfiada y fría.

Hoy rige los destinos del país un hombre que todo lo ama con el mismo calor, porque todo lo defiende en unas actitudes de reposo y de templan-

za, más vecinas de la indiferencia que del entusiasmo.

Sagasta no es un peligro para nadie, porque para todos es una esperanza.—Quizá afirme él, dicen los conservadores, quizá afirme la regencia.—Quizá prepare, dicen los posibilistas, nuestro pacífico triunfo.—Quizá exaspere en una controversia parlamentaria á todos los republicanos, y como en 1869 los lance á la rebelión conmigo, dice Ruíz Zorrilla.—Quizá plantee, dice el carlismo, todas las reformas democráticas y nos regale el combustible para el tercer incendio.

Hoy es sucesor posible de Sagasta en plena normalidad, porque si la normalidad se rompiese no lo sería, Cánovas del Castillo; ese gran cerebro que cuando no hizo más en doce años de influencia absoluta, no hay que esperar que más receloso, más debilitado, más abatido que nunca, pueda abrir nuevos horizontes á la política española. Su programa en los últimos años se reducía á *vivir en paz*. No hay por qué sospechar que ha variado de política, cuando nunca como ahora conviene aquella actitud á la política benévola, confiada, retraída, del partido liberal-conservador. Pero Cánovas del Castillo no puede volver al Gobierno en mucho tiempo, porque su gran palabra, su gran autoridad, su nombre ilustre, sus grandísimos talentos pesan demasiado; y ha respirado mucho *Cánovas* la generación presente para que pueda en breve término volver á soportarlo.

La antigua Grecia desterró al Justo porque ya su fama era excesiva.

Nosotros no podríamos aguantar al académico y al sabio, porque ya sería demasiada academia y demasiada literatura. No hay que ponerlo en duda, porque esto es humano, y muy humano. Las cualidades eminentes, por lo mismo que se envidian, no se perdonan. Y cuando se sabe que Cánovas del Castillo ha hecho ya todo lo que podía hacer, no hay quien lo quiera de nuevo al frente de una situación gobernante por el sólo gusto de pregonar que rige los destinos del país el conservador insigne, lo que queráis que yo le llame, aunque sea si queréis la cabeza mejor organizada del planeta. Por eso repito que pesa mucho, que pesa demasiado para esta generación femenina, versátil y sensible.

Sagasta no está seguro. Cánovas no puede. A López Domínguez no lo quieren. Martínez Campos no se atreve.

¿Nos vamos á quedar sin amo que nos mande?

¿Se va á dar este inapreciable extraordinario ideal y dichosísimo espectáculo?

¡Quién sabe!

Pero diga S. E., señor Capitán general.

Si esto de no atreverse lo juzga injusto como opinión del prójimo, no anuncie vuestra autoridad que dimite por las reformas, que se va por los banquetes, que se retira por el sufragio, y que desfallece y se desanima por una medida política cualquiera.

El marqués del Duero no anunciaba jamás las dimisiones.

Ni el general O'Donnell.

Ni el general Narvaez.

Habían obtenido todas las graduaciones, y más que príncipes de la milicia, eran personajes de la polica, y cuando no estaban conformes con los extravíos se imponían.

Y cuando no podían imponerse luchaban.

Como V. E. contra la República.

Lo demás es disfrazarse, no según la costumbre de algo superior á lo que se es, sino de mucho menos.

DON GUMERSINDO AZCÁRATE

Don Gumersindo Azcárate.

No es monárquico.

Y basta y sobra con esta declaración, hecha por quien no la querría hacer, para que no se crea de Azcárate que coincide con aquellos que defienden la accidentalidad de las formas, ni con los otros que opinan que podrían gobernar una república el marqués de Barzanallana y D. Tadeo Calomarde.

Nada más oscuro para la soldadesca de la política que el pensamiento de Gumersindo Azcárate, y sin embargo, nada más claro.

Cree con toda su alma, y dice y confiesa en todos sus libros, que la monarquía es compatible con la mayor suma de libertades y con toda la democracia culta en Inglaterra, en Bélgica y en Italia; pero no cree que la monarquía española, por circunstancias diversas de tradición, de historia y de derecho, sea compatible con aquellos radicalismos, y por lo mismo Azcaráte es republicano.

De las aplicaciones de su crítica á las monarquías liberales extranjeras y á la monarquía liberal española, se ha deducido, por los precipitados en el juicio, que Azcárate vive en permanente contradicción política. Pero ya se ve que no es la apreciación exacta.

Como vive Azcárate es completamente equivocado, porque restauración que absuelve, restauración que se entrega á los progresistas conspiradores y á los monárquicos circunstanciales; restauración que elige Cortes por sufragio universal y autoriza reuniones, sin más trabas ni cortapisas que el parte de celebradas; restauración que defiende la libertad de cultos; restauración y regencia que sanciona el Jurado y la libre asociación, y toma los presidentes de sus Consejos y de sus Cámaras de la República innominada de 1874 y de la República efectiva y oficial de 1873; restauración que esto hace, monarquía que así se produce, es tan digna de que se la considere semejante á las monarquías más avanzadas, como digna es de la justicia del insigne publicista y del ilustre pensador á quien estamos ajustando la medida de estas vestiduras que le colgamos para que le conozca todo el mundo.

—Si un día me equivoco, me decía él mismo, confesaré mi error.

No le pido más sino que abra los ojos. Porque el día que vea su equivocación, la confesará con aquella nobleza de convicción y aquella sinceridad

de intenciones que son las dos cualidades distintivas de su corazón ardiente y de su inteligencia poderosa.

Lo que no me ha dicho jamás ni ha consentido que se lo preguntara, es lo que sería cuando llegase el momento de confesar su error.

Y por muy grande ó por muy atrevida que fuese mi amistad, jamás rebasaría esa línea de defensa contra la posible indiscreción de la intimidad y del afecto.

¿A quién no se le permite un secreto en el mundo de la política, si los que mayores y más distintas y más opuestas confesiones han hecho no nos han comunicado la secreta razón que todas las justifica?

Azcárate es por lo que digo, pues digo lo que es cierto, un republicano sin contradicción, pero un republicano según su pensamiento, no diré que únicamente, pero sí principal, principalísimamente.

También contestaría á los que le consideran formado y convencido por Salmerón, que si en el mundo existió un hombre que ejerciera sobre Salmerón verdadera autoridad en alguna época, fué Giner de los Ríos, y si alguien pudiese heredar el mismo influjo sobre el ex presidente de la república sería Azcárate. ¡Quién sabe si la mitad de las responsabilidades ó la mitad de las glorias alcanzadas ó temidas por el rompimiento del partido republicano progresista corresponden tanto al mismo

Azcárate como al propio Salmerón! ¡Quién sabe si la reciprocidad de una amistad fraternal no podrá jamás sustraerse á las influencias y á los efectos de una vida pública, más íntima todavía que la misma vida privada! ¡Quién sabe, repito, si cuando habla Azcárate piensa Salmerón y cuando habla Salmerón piensa Azcárate!

Yo he visto con mis ojos que nadie oye con más satisfacción los discursos del prójimo, que cada uno de estos dos hombres los discursos del otro. Yo los he contemplado llegar al Congreso monárquico el mismo día, prometer con la misma acción, sentarse en el mismo banco y sobre la misma piel para defender la propia contra las irritacciones que produce el terciopelo de lana que forra los escaños de la representación nacional. Juntos mantuvieron en sus puestos á toda la magistratura española y nombraron constantemente á los primeros lugares en las propuestas de registradores y notarios. Sin separarse nunca, atravesaron los azares de la demagogia y esperaron que arraigara la libertad en la restauración para pedir en paz las mayores conquistas de la democracia. Seguíales, no tan de cerca que pudiera votar con ellos, pero no tan de lejos que no les pudiera abrazar á todas horas, Fernando González, que los admiraba para no envidiarlos y los quería para consolarse de que la capital de Huesca no le diese sus votos.

Y cuando llegó el momento de la crisis en la política republicana, cuando Salmerón se vió des-

autorizado por sus electores, Azcárate fué el primero que le aplaudió la resolución de abandonar el Congreso.

Todos los libros de Azcárate son conocidos, toda su doctrina del *Self-Government* sabida y olvidada, todos sus méritos de catedrático y ateneísta públicos y pregonados. Nada hay que añadir de su saber, de su honrada conciencia, que resuelta á no engañar á Dios, cosa que cuando sucede no la ven los hombres, no puede engañar á nadie, porque si no tuviera convicciones temería al escándalo, hijo siempre de la publicidad, y á la publicidad, que es la venganza de los tontos contra los avisados y los despiertos.

Su oratoria vehemente y atropellada; su acción descompuesta y amenazadora; su frase incorrecta aún más que su propio estilo; sus movimientos de una exaltación nerviosa excesiva; su voz franca, pero oscura; su mirada llena de luz y de irritación; su semblante expresivo como su pensamiento y la afición de confundir en sus censuras la doctrina que combate y el orador á quien contesta, unidas á su gran cultura general y á su incomparable cultura jurídica, le hacen un polemista tan original como temible, el menos dialéctico ó el menos hábil, pero el más lógico y el más razonador, el enemigo de la retórica y el apasionado de las naturales asperezas del lenguaje, á quien no se puede flanquear porque no se le puede herir más que de frente, con quien no cabe la invención ni la men-

tira, artes oratorias muy comunes, sino la oposición convencida con definiciones contrarias; el más enlutado y el más elegante de toda la minoría republicana, porque los autonomistas Montoro, Figueroa y Fernández de Castro son más *pollos*, y Labra es el orador de las cadenas dobles y de las modas últimas, como si digéramos el más lujoso y el que más riesgos habría de correr en aquel día de las iras desenfrenadas y de las demagogias sueltas.

He dicho que no era monárquico y digo ahora que no es católico.

Su religión no es positiva. Cree en Dios firmemente, y profesa un racionalismo cristiano, que practica mucho mejor que la inmensa mayoría de los creyentes que ardorosamente publican su fe. Y allá en las intimidades de su familia es un modelo de maridos y de parientes. Se casó, sin abjurar y sin mentir, con piadosísima señora de ilustre cuna y de catolicismo cuasi fanático, y Dios bendijo aquella unión, autorizada con ritos especiales por el Padre Santo de los fieles, sucesor de San Pedro y cabeza de la Iglesia.

Ahora bien: si Azcárate no da forma á sus creencias ideales, y en el libro se cuida de lo que enseña, pero no de la manera como lo expone, y en el discurso de lo que piensa, pero no de la manera con que lo dice, y en su comunicación con Dios de lo que cree, pero no de la manera como lo cree; quien lo mismo siente en el aislamiento de su ra-

zón que sentiría ante las mudas paredes, frías y blancas, tristes y pobres del protestantismo rebelde; quien atavía su figura con la ropa de un color y no ofrece más accidentes en la variedad de sus movimientos que la desafinación de una barba gris, por lo revueltos que andan los pelos y las canas: uniforme en sus satisfacciones, reglamentado en sus necesidades, sometido al orden más regular y al régimen más constante, así en la vida moral, inteligente y afectiva, como en la vida orgánica, material y mundana, ¿qué ha de sentir de la estética de Hegel en la poesía, ni de las admirables síntesis de Vinkelmman en la pintura, ni de la lírica de Rioja en verso, ni de la lírica de Haydn en música, ni de las esculturas griegas, ni de los cuadros de Munich y del Prado, ni de la misma *Pulchra Leonina*, catedral sin paredes, fanal inmenso del gótico florido, maravilla sola y única, *Te-Deum* de piedra como la llama Castelar, porque todo sube al cielo, arcos, torres, columnas y remates, estatuas y crestería? ¿Qué ha de sentir Azcárate del pórtico, ni del arco, ni de la columna, ni del sonido, ni de la rima, ni del pincel, ni de la luz, ni del color?

Lo sabe todo, pero no lo estima, ó porque no lo siente, ó porque, todo razón, en la razón se asfixia el sentimiento de la belleza artística.

Si soñara, si se distrajera, si algo tuviese de poeta ó de loco, si hubiera hecho el amor alguna vez para perder el tiempo y hubiese tenido cuatro

ó cinco novias pasajeras con los mejores propósitos del mundo; si no hubiese asistido á las aulas de la Universidad y se hubiera fugado del hogar seis ú ocho días cada bienio con el dinero de su padre: si hubiese jugado al billar y asaltado en su pueblo la cerca del huerto vecino ó la reja de alguna colegiala; si hubiera visitado esa segunda zona social de *las de Gómez*, donde recitan versos los que vienen de la Habana, y hacen cuadros las sobrinas del intendente con un procurador que representa charadas, y cantan las hijas del habilitado, y toca el violín el señor de la casa, y se ponen las niñas un *polisson* como la taza de la Cibeles y un moño puntiagudo como el obelisco del Dos de Mayo; aunque después esperase frente á las Calatravas á las beldades de la última misa, y frente al oratorio del Caballero de Gracia á las oyentes devotísimas del padre misionero, y en la calle de Cañizares á la elegante cuadrilla de las Conferencias, Azcárate hubiese visto salir el sol muchos días antes de llegar á su casa, hubiese padecido, gozado, maldecido, deseado y vivido más la vida del azar, de la sorpresa y de la tentación, y sería hoy menos pensador, menos lógico, menos sabio, pero más soñador, más poeta, más artista...

El espíritu que pesa medita como el suyo, y el espíritu de los artistas se levanta porque es muy ligero, muy volátil, muy espíritu.

Jamás lo he encontrado en el museo, ni en la ópera, ni en el teatro, ni en el concierto. Constan-

temente lo he visto en la biblioteca, y en su habitación los libros llenan las paredes en los estantes y el suelo en montones: y si le ví en paseo fué sin otra compañía que la de la elegida de su corazón en hora de estudiar, cuando ni la gente ni el ruído le molestaban, y á mucha distancia de este fragor de Madrid, que ensordece, pero que interesa con aficiones muy pecadoras, pero muy atractivas.

Pasó Azcárate la primera mitad de su vida en la sombra. Era desconocido para todos los que no leen ni estudian, que en España son cuasi todos. Vinieron los Gobiernos liberales y cumplió la capital de la provincia de León un compromiso de honra, cual era el de mandar á las Cortes al más iluste de sus hijos en esta generación contemporánea. Hizo Azcárate un discurso y quedó la opinión perpleja; hizo el segundo y fué aclamado orador de grandes méritos.

Hoy es una figura de luz propia y de señalada personalidad; un hombre que no ha sido ministro, porque la República hizo hasta el daño de no dar á los republicanos todo lo que merecían.

Para concluir.

Sus delicadezas son tales y son tantas, que fuera ocioso y pueril reproducirlas, pero referiré una de ellas.

Todo el mundo sabe que en la estafeta del Congreso caen indistintamete las cartas de los diputados y de los periodistas. No es un abuso este de los periodistas, porque hay cierto derecho para

ello, fundado en cierta prescripción no declarada, pero consentida. Pues bien: Azcárate se negó en cierta ocasión á depositar en la estafeta la carta de un su amigo corresponsal de provincias.

Porque Azcárate es incapaz de consentir que se le crea cómplice supuesto de supuesta defraudación al Estado por una supuesta cantidad de 15 céntimos.

¡Y todavía no le han elegido concejal para formar parte del ayuntamiento de Madrid!

DON MANUEL ALONSO MARTÍNEZ

Don Manuel Alonso Martínez.

Porque gente que más se junte y que menos se entienda que nosotros los españoles, no la hay en el mundo.—Así decía el gran satírico de hace cuarenta años, porque entonces todavía se encontraba defendiendo pleitos en Búrgos el ministro indispensable del partido liberal sagastino y dinástico.

Con Alonso Martínez no es posible dejar de entenderse si la inteligencia se busca mirando al porvenir desde la oposición, y si basta una fórmula para hacer la inteligencia.

A él se debe que Martos sea ministerial de Sagasta, que Martos sea presidente de las Cortes y que Martos no pueda ser jamás presidente de un Gobierno del partido liberal compacto y unido.

Es un error vulgar suponer ambicioso á Alonso

Martínez; es una injusticia supina acusarle por excesivamente vanidoso y soberbio; es una de tantísimas torpezas, como entre nosotros comete la gente más importante, pregonar que Alonso Martínez intriga, conspira y se rebelará. Alonso Martínez, ó tiene más modestía, ó más patriotismo, ó más talento del que la muchedumbre le supone. Alonso Martínez no quiere más que ser ministro, y siendo el ministerio un lujo para Alonso Martínez, porque le cuesta los miles de duros que el bufete le produce, Alonso Martínez se quiere dar aquella satisfacción, y más vale para él un gusto que cien panderos y trescientos mil reales.

¡Si no tiene otro vicio!

¡Si apenas fuma; si apenas viaja más que para ir de su casa de Madrid á su casa de San Sebastián; si es el padre modelo y el marido que desearían como patrón para cortar el suyo todas las mujeres de virtud intachable; si no ha conocido jamás la vida galante de los salones en su juventud madura, ni la vida *flamenca* de la tropa estudiantil en los años universitarios!

¡Si aquella fisonomía recelosa, y aquellas barbas respetables, y la caballeera bien conservada y el paso bien medido, y la figura reducida y nunca estirada, obedecen á un pensamiento sistemático y á un plan meditadísimo!

¡Si es un jurisconsulto y no lo parece; si el mismo traje que lleva no denuncia jamás al vocero ni al curial; si bien examinado exteriormente se mues-

tra severo, reposado, tolerante y cuasi artista en cierto cuidadísimo descuido para la conversación, el saludo y el paseo; si no tiene más que algún signo de los seres inferiores, como lo tiene Sagasta, como lo tiene Castelar, como lo tiene Moyano, y el de Alonso Martínez es de la especie más lince, por lo mismo que el lince está clasificado entre los seres más perfectos de la raza felina!

¡Si no ha pecado más que por ser ministro y para ser ministro y por deshacer los Códigos de los que lo fueron antes y hacer los suyos para su propia satisfacción y regocijo!

¡Quisiera cada cual contentarse con lo que merece, y seríamos felices el que se contentara y los que le envidiáramos, como lo es Alonso Martínez!

Cuentan de este hombre que su anhelo constante se funda en establecer todas las instituciones del derecho según su pensamiento.

Y ha hecho bien el Jurado, pero no ha hecho bien las bases del Código penal, porque ha sido más liberal que jurisconsulto en el Código y más jurisconsulto que nadie en el Jurado. Planteada esta conquista del progreso, según unos, y esta servidumbre del partido liberal, según otros, con una buena fe excesiva y con una rectitud peligrosa, si el Jurado de Alonso Martínez fracasa, es que en España no hay Jurado posible, porque de esta ley ha podido decir Sagasta mejor que de todas las suyas, que este Jurado de España es el más grande Jurado del Planeta.

Ahí late una explicación de las aficiones de Alonso Martínez al Gobierno.

Todo lo ve de color de rosa en las regiones oficiales.

Hasta el Jurado negro, disolvente y maldito, que condenó resueltamente en los sillones de las academias, lo hubo de ensalzar desde los sillones ministeriales, porque el Jurado tenía un color para el académico y otro para el ministro.

Pero no es de este lugar semejante discusión, ni aunque de la pluma broten censuras contra el Jurado con mayor facilidad que excusas y alabanzas, merece más tiempo lo que está ya fuera de juicio como cosa de pleito y de contienda.

Satisfecha el ansia codificadora, Alonso Martínez descansa, porque lograda su iniciativa, queda su autoridad reconocida y acatada.

Hoy no está la cabeza del Gobierno en otra parte que sobre sus mismos hombros. La práctica del mando, la flexibilidad de la condición, lo elástico de aquel cerebro, en donde caben como felices concordancias hasta las antimonias de la filosofía, de la historia y del derecho; la solemne frase dogmática, la costumbre de ver á un tiempo el doble aspecto de todas las cuestiones, el desamor de la indiferencia, producido por no guardar otra cosa de sus juveniles entusiasmos sino el recuerdo y las cenizas; un temperamento sin nervios y una inteligencia sin prejuicios y un corazón sin pasiones, constituyen un hombre á propósito para la política

del buen acuerdo y los proyectos y las bulas parlamentarias de la composición entre los afines; y tantas cualidades y tantos méritos los reune Alonso Martínez, y los suma á la cultura mayor filosófica y jurídica que pudieron alcanzar los amigos políticos y los ministros contemporáneos de don Baldomero Espartero.

Nadie llegó á los Consejos de la Corona más pronto que Alonso Martínez. Antes de los treinta años era ministro. Representaba en el Liceo de Búrgos personajes históricos, y de la comedia á la realidad pasó, y fué ministro sin mayor intervalo que el que ocupa un monólogo entre dos escenas. Abrió el bufete, y entraron en su casa los pleitos á montones.

El secreto era entonces público, y lo es más ahora sin duda alguna. Había pocos liberales que valiesen tanto en aquella época como valía Alonso Martínez, sin que por eso no fueran muchos los moderados que valiesen tanto y que valiesen con positivo y considerable valer.

Ahora se sabe mucho más, porque se lee más, se escribe mejor, se habla admirablemente, y la generación contemporánea ha abandonado los fusiles del ruído miliciano y ha tomado los libros que los tabatallones dejaban empolvarse en las estanterías de las bibliotecas.

Los estudios filosóficos de Alonso Martínez fueron mejores cuando los imaginó que cuando los hizo públicos, y mucho más que cuando los hubo

de leer y comparar la nueva juventud entregada á las discordias de la metafísica moderna.

Los estudios jurídicos de Alonso Martínez son su principal trabajo de publicista, pero ni como pensador ni como literato es como le ha de juzgar la historia, porque su mayor estatura moral la tiene como gobernante y como jurista.

El Derecho civil y el Derecho político son su ciencia, si bien su criterio es más firme que en lo político en lo civil seguramente. Y en cuanto á sus méritos parlamentarios, figura, con perfecto derecho entre los primeros polemistas de las Cortes españolas.

Es demasiado hombre de ley para gran orador de profesión.

Sus discursos se oyen con más interés que se leen, y vale más todavía que su expresión y sus conceptos la pasmosa claridad con que plantea todas las cuestiones.

Lo que llaman los retóricos proposición, la hace admirablemente, y de lo que llaman dialéctica, conoce la mitad; elige su terreno, pero no obliga al adversario á que acuda donde le llama. Así como hay oradores tiples y oradores barítonos y oradores que hablan como *Roberto el diablo* y como el tenor de *Marta*, así hay bajos profundos en la oratoria como Alonso Martínez. Por lo mismo no hace discursos siempre que pide la palabra, porque un discurso suyo requiere, para que así resulte, el momento á propósito, el asunto á propósito y la Cá-

mara y el silencio á propósito. Es necesario que se interese mucho, y Alonso Martínez se interesa poco.—Cuando Cánovas lo fustigaba en la conversación de los salones y lo hería con el aguijón del chiste, y la punzada de la frase, y el vejigatorio de la mala voluntad malagueña, llegó Alonso Martínez á preocuparse por las gracias de su adversario, y una tarde de mucha nube, poca luz, público curioso de pelea y Congreso, ávido de emociones, Alonso Martínez, que capitaneaba el grupo centralista, pidió la palabra y pronunció contra el Cánovas presidente del Consejo de ministros en los últimos días de las primeras Cortes de la restauración, una de las más terribles acusaciones que ha escuchado el Parlamento, el mejor de todos los discursos de Alonso Martínez.

Pero de estos casos hay pocos en la vida pública del ilustre abogado. Necesita mucho fuego para encenderse y mucha mortificación para quejarse. Y en los años felices de sus reformas y en los días soñados de sus Códigos discutidos, no acaricia Alonso Martínez otra satisfacción que la de mantener su decisiva influencia en los destinos del partido liberal para completar su obra reformista en los Códigos del país.

Este es todo el político.

Necesitaría muchas páginas para decir cuál es todo el hombre de bien en su vida íntima y familiar.

Con esa sola cualidad de padre de familia exce-

lentísimo, hizo el marqués de Molins la semblanza del duque de Gor, y no creyó necesario el marqués, para hacer el mejor elogio del duque, sino decir que su familia le idolatraba.

Y en esto Alonso Martínez es tan afortunado como el duque de Gor.

Feliz en la vida pública y feliz en la vida privada, feliz en el *hotel* y en el ministerio, entre los clientes y entre los deudos, entre la familia que da Dios y la *familia* que en la política se elige, nosotros hacemos votos porque esta felicidad no se acabe jamás, y dedicamos á Alonso Martínez las últimas palabras de las felicitaciones populares.

—Que sea por muchos años, en compañía del presidente del Consejo de ministros y del capitán general de Castilla la Nueva.

Por más que como hombre político no me esté bien el decirlo.

DON PÍO GULLÓN

Don Pío Gullón

Si todos fueran en el mundo grandes oradores, ninguno sería grande, ni orador siquiera; si fuesen todos políticos extraordinarios, todos serían vulgares; si la habilidad fuese el talento dominante, la falsía llegaría á constituir la suprema virtud; si reinase el más fuerte, viviríamos de la conquista, y si reinase el más diplomatico, del arrebato ó de la anexión.

En aquella sentina de la antigua Grecia que se llamaba el Olimpo, y entre aquella muchedumbre de canallas impúdicos, hombres sin honor y mujeres sin vergüenza que se llamaban los dioses, cada cual encarnaba una pasión ó un vicio, y parecían hermosos porque el arte embellece todo lo que toca y hace amables hasta las impurezas.

Entre aquellos políticos de la religión pagana había dos que fueron los gobernantes perpetuos: Júpiter, el dios del crimen, y Mercurio, que era la cobardía de la inteligencia y todo el vicio posible lleno de talento.

Mercurio auxiliaba á Júpiter de una manera servil, y parecía anunciar la veneración que hoy tienen los rateros por los asesinos.

Líbreme Dios de creer que algo de esta ley perfeccionada pueda existir en la aparición del diplomático detrás del conquistador.

Y ahora pregunto: ¿Será injusticia brutal ó nituición extraña lo de creer que, definida la política como el conjunto de las pasiones, no puede haber un solo político de buena índole? Si todos en la política son conquistadores de posición y diplomáticos para conservarla, ¿será verdad que todos son discípulos de Mercurio y de Júpiter? No tengo los secretos de estos dioses del *paganismo del Estado*, que se podría llamar así en todas las acepciones de la palabra; pero vengo hablando de los vicios de todos ellos, de sus imperfeciones y de sus debilidades, y no puedo hablar de su caudal en ninguna ocasión, porque generalmente no lo tienen.

Los que más han gobernado están más cerca de la miseria, y conozco más ministros en la escasez, que ex gobernadores civiles y ex diputados á Cortes. Las riquezas del que las tiene entre los hombres de negocios, se conocen ó no se conocen;

el origen del caudal de los políticos que lo logran se sabe siempre cuál es. Y considero este factor importantísimo para la moral de la política, porque la publicidad de la misma vida privada es la garantía que de su vida pública entregan al país los gobernantes.

Hablemos de Gullón entre los modestos, entre los que no suman sueldos y sueldos, ni piden los que quedan para los deudos y los parientes; hablemos de este hombre por su ingenuidad, por la honradez positiva de sus intenciones, porque tiene lo que llamarían hombría de bien en Castilla, por ser lo que conceptúan persona muy regular en Aragón, excelente sugeto en todas partes, componedor amigable para transigir los pleitos de la vida, naturaleza sin maldades, y organismo sin aguijón y sin espinas; hablemos de este político, á quien podemos contar entre los apacibles y transigentes, porque no llega al sacrificio en la amistad con los fuertes, ni á la sublevación en el resentimiento, sin que por eso le falte en los secretos de sus intimidades políticas independencia bastante para no humillarse con la lisonja, ni soberbia digna para no colaborar en esa obra de los grandes mendigos de la familiaridad y de la escolta; hablemos de Gullón, del más ilustre de los Gullones de Castilla la Vieja, nacido en Maragatería, educado, según los usos cortesanos, en España y en Francia; poco hecho á las finezas convencionales de la sociedad apuntada y sutil; pero excesivamente cul-

to en la manera de producirse con sus iguales de la zona intermedia, entre los grandes de la corte y los pequeños del pueblo.

Toda su condición y todo su sér parecen modelados en una reflexión: la de apercibirse contra las posibles agresiones del prójimo. No se provee de armas ofensivas, sino de artefactos para rechazar los golpes ajenos. No usa la lanza, sino el escudo. No dispara contra nadie, sino que se blinda para guardar su persona. Rara vez interpela, y cuando lo hace es para intervenir en la interpelación del prójimo. Jamás le han oído los contemporáneos un discurso en contra, porque cuando habla enfrente, habla para alusiones. Hace la oposición aconsejando y exponiendo, y mejor ponderando lo suyo que maldiciendo lo de su enemigo. En cambio, ha hecho más defensas de su partido que todos los ex ministros de Gracia y Justicia.

Es el orador más fácil de su generación y de su tiempo. Tiene más palabras que nadie, con la buena cualidad antiacadémica de que todas las que usa las conoce todo el mundo. Cuando habla, habla siempre bien, y por altos que sean los asuntos no los rebaja nunca, y por pequeños que se presenten no los eleva jamás. Los contempla, los examina, los pulsa, los hace rodar y los deja donde los encuentra.

Su palabra brota de los labios con admirable soltura y su frase sale vestida de punta en blanco.

Posee una pronunciación clarísima, una sinta-

xis perfilada, una inteligencia positiva y práctica, una prosodia que parece un canto, una manera de decir tan persuasiva, que si no sujeta la voluntad, somete el oído; una correción tan limpia, que peca de monótona y uniforme, y tiene las mil quinientas palabras del lenguaje parlamentario usual y corriente en la misma punta de la lengua.

Si alguna vez no le entiende el auditorio, es que el auditorio no le escucha, porque Gullón no se equivoca jamás.

Podrá fallar su juicio, como todos los juicios humanos, pero en la exposición de su pensamiento, Gullón es infalible.

Es lícito preguntarle por qué piensa lo que dice, pero no lo sería preguntarle lo que ha dicho. El que no entiende á Gullón, no entiende á nadie. A fuer de sencillo, generalizador y elemental, ha sido personaje. Y ha ganado la cartera de ministro haciendo oraciones sin follaje y sin bordados.—Que no le importe.—También Herrera hizo el Escorial con la línea recta y el medio punto.

No sé hasta dónde llega su cultura. No hace olvidar nada cuando habla, y si algo enseña, todo eso se le debe agradecer. Hay un dato para suponerle hombre de conocimientos superiores á los de la generalidad de sus amigos, y son sus aficiones diplomáticas, su mérito indudable como escritor y sus desvíos del café, de la calle, del círculo y del club. Hay otro dato en contra; ha sido durante toda su vida progresista.

Las cualidades privadas y secretas de este hombre son poco conocidas y mal estimadas. Tiene su fuego bajo la nieve de aquellas canas, que, según los años, no debieran ser tan blancas; tiene sus pasiones que duermen el sueño pesado de la gente honrada, pero que por lo mismo que son pasiones vírgenes, serán violentas si se las deja despertar, se las provoca despiertas, ó se las irrita alborotadas; guarda el secreto de la política actual, y puede hablar haciendo estragos como todos los temperamentos ingenuos, porque ninguna verdad más amarga que la más sencilla, ni más terrible que la que se produce y se publica tranquilamente; no se atreve á discutir, porque la disidencia le parece mucha fiereza para conservar las amistades; pero no me atrevo á decir que si un día se le olvida y se le desdeña, no le parezca poco hasta la amenaza, porque no quiero quivocarme y no quiero dejarle asomado á la ventana, diciendo: «¡Si bajo!»

Cuando baje hablaremos.

Entre tanto, al que no le convenga que salga á la calle, que no le tire piedras á la ventana.

Hombre de administración intachable, hombre de familia completo y hombre político, á quien no ha herido la murmuración, verdad es que se le sublevaron las plazas fuertes en 1883; pero también se le sublevaron á Martínez Campos y también se le sublevaron á Sagasta, y si Martínez Campos no ha vuelto á ser ministro, Sagasta ha vuelto á ser Presidente del Gobierno. Y también se le sublevó

en 1866 á Venancio González, á Jovellar y al mismo Sagasta, uno de los cuarteles de Madrid; y si Jovellar no ha de volver al Gobierno, González ya fué candidato para el ministerio de Hacienda y Sagasta continúa en la Presidencia del Consejo de ministros.

Lo que yo aseguro es que las sublevaciones no se hacen contra los hombres, sino contra los partidos.

Y no fué á Gullón al que se le sublevaron las tropas, sino al partido liberal.

Con que no hay más que este dilema: ó el partido liberal no debe gobernar, ó si gobierna, no puede excluir á Gullón de sus ministerios.

Lo demás no merece una discrepancia: merece otra sublevación.

Aunque sea civil, generosa, desinteresada y pía.

DON EMILIO CASTELAR

Don Emilio Castelar.

Castelar es el primer orador de España, es el príncipe de nuestros oradores, según la expresa declaración de otro orador elocuentísimo, según la misma frase de Martos.

La palabra Castelar es la palabra que con más alta inspiración ha defendido la libertad, según el testimonio de la gran inteligencia de Cánovas del Castillo.

¿Para qué necesita Castelar otras consagraciones de su incomparable oratoria?

Tiene más fantasía que Verniaug y mejor sintaxis que Olózaga, la retórica de Demóstenes y la memoria de Masillon. ¿Se necesita más? ¿Se puede tener tanto? Pues no hablemos del orador si todo está dicho; hablemos del hombre público y del hombre privado.

No hablemos del orador, sino de Castelar.

***

Pasaron los cuarenta años primeros de su vida. Vive ahora los cuarenta años segundos. Entonces, dijo: Mi palabra y mi fantasía darán su fruto, y lo dieron. Ahora dice: La razón y yo contra todo el mundo. Y hasta ahora él y su razón están contra todos los republicanos.

¡Qué triste es tenerle en tanto como le tenemos, estimarle en cuanto estimarle podemos, y admirale en cuanto merece la gran figura de nuestro gran orador, viviendo al mismo tiempo enfrente de él, así por los mandatos de la propia convicción, como por los deberes más elementales del honor propio!

No hay un político en España más desinteresado que Castelar. Hoy caído, hoy sin mando ni influencia, hoy sin posiciones oficiales, hoy renuncia al único caudal de los hombres políticos en la oposición, la ciega, la inconsciente popularidad. Hoy Castelar no la quiere, porque hoy Castelar aborrece el ruído. Y lo aborrece desde los cañonazos de Cartagena. Si alguien pudiera dudar de la buena fe con que Castelar inició sus propagandas democráticas, la conducta severa que ahora se impone hace indudable aquella buena fe. Ha tenido como nadie el valor de sus convicciones y como nadie tiene el valor de confesar sus arrepentimientos. La patria posee el derecho de llegar á la conciencia de sus hijos ilustres, y Castelar ha mostrado á su patria todas las espontaneidades de su conciencia.

Como no transigió en los ardores de su entusiasmo con nada que se opusiera á los delirios de su fantasía, no transige en la total y completa posesión del juicio con nada que se oponga á los dictados de su razón. Si la experiencia es inútil porque siempre llega tarde, hasta de la experiencia hace Castelar elemento de su política.

Esta es su actitud con respecto á los demás republicanos españoles.

Su política, con respecto á los conservadores de la monarquía, es pelear y combatir constantemente. No solivianta las pasiones populares, porque no las ha de encender quien una vez las redujo á cenizas.

No levanta la bandera de la revolución, porque no ha de levantarla quien aspira á la confianza de los mejores combatiéndolas todas abiertamente. No huye del Parlamento, sino que allí se presenta con más asiduidad en cada legislatura y con empeño más grande. No cede ante su adversario, ni en las confesiones resueltas de su convencimiento ni en el mismo ardor de la pasión que le inspiran; y pronuncia entonces sus oraciones parlamentarias menos bellas, pero más profundas; sus grandes discursos de doctrina y de programa, sus tremendas acusaciones contra toda la política representada por el partido conservador liberal de la monarquía.

Destruye, pero crea. Castelar mina y demuele las situaciones conservadoras, pero hace con las piedras desprendidas su cabaña firme y quiere ha-

cer su palacio magnífico. Combate á Cánovas, porque Cánovas no transige con la democracia.

Su actitud de benevolencia para los hombres del partido liberal, y especialmente para los gobiernos que preside Sagasta, es para Castelar un deber de conciencia; porque Sagasta es un paso adelante en la evolución, un grado más en la serie, un reformista sobre la doctrina conservadora, que debe á los demócratas el Jurado y el sufragio universal. Y Castelar pide lo ofrecido, porque lo ofrecido es deuda. Así es que, mientras Sagasta no se muestre conocidamente arrepentido de sus promesas, los ardores de la oposición no iluminarán con frase encendida la política de Castelar.

El gran orador fué un sectario en los primeros años de su vida y aborreció á las dinastías con un aborrecimiento engendrado en la pasión y en la lucha frente á frente; de manera, que cuando Castelar contempla ahora lo que no pudo imaginar en su juventud; cuando el tribuno mira á Sagasta en el banco azul mereciendo la absoluta confianza de un rey Borbón, no maldice Castelar esa política, sino que su corazón patriota se abre á la esperanza, y si el rey ha muerto y la viuda augusta hereda con los títulos de regente la confianza del monarca en el partido liberal, Castelar, alma honrada y condición nobilísima, tiene sentidos recuerdos para el rey español y teje á la augusta esposa en sus desdichas y en sus virtudes la corona de la viuda, de la madre y de la reina.

¿Es poco accidentada, poco pintoresca, poco revuelta y poco dramática esta política de Castelar? Quizá lo sea, pero es una política que se conoce, y por lo mismo es leal. Querría la república, pero se conforma con las instituciones de la libertad dentro de la monarquía. Planteadlas y hacedlas posibles, y la palabra más elocuente que ha cantado la república reconocerá las virtudes de la dinastía tolerante y conciliadora, con la cual todo es posible. No le exijáis que abjure su fe republicana, porque no es necesario, y él cumplirá sus deberes de español, porque su conciencia se los impone constantemente.

Y en cuanto á los republicanos, que sepan ellos que si esta política no conduce al ideal democrático, porque España no deja de mirar al pasado, y necesita, antes de fijar la vista en el porvenir, meditar mucho tiempo sobre el presente, si es una política sin éxito para nuestra generación, más lo sería cualquiera otra menos inteligente, menos desinteresada, y siempre, siempre menos digna del respeto de sus adversarios y de la consideración del país.

***

Váis á verle los que ya le habéis oído y los que ya le conocéis en la tribuna, en el *meeting* y en la calle; váis á verle en su despacho.

Son las diez de la mañana, y en un piso segun-

do de buena casa, pero de casa de vecindad al fin y al cabo, suena constantemente el timbre de la escalera. Un criado que pasea el recibimiento no hace más que abrir y cerrar la puerta, desde que dan las ocho hasta que dan las doce, porque todo el que quiere ver á Castelar va á su casa, y todo el que llama en su habitación entra seguramente.

Castelar está siempre en su despacho y está siempre á la disposición de todo el mundo.

Si véis coches en su puerta, ni son suyos ni son de los que le visitan. Son coches de alquiler que le llevan artistas, escritores, amigos, pretendientes, gente de poco caudal, en una palabra.

Como Castelar vive en el barrio de Salamanca, solo va á pie hasta su casa la extrema necesidad ó la escasez prolongada, pero en coche propio no va nadie. Si acaso algún embajador, algún presidente del Consejo de ministros, pero ningún título de Castilla, ningún banquero, ningún príncipe eclesiástico ni seglar.

Al fin del pasillo hay una puerta de dos hojas entreabiertas. No necesitáis avisar. Empujad y entraréis. Dadle los buenos días, y quizá no os conteste. Sentaos, como si os ofreciese el asiento, y observad la habitación predilecta del orador insigne.

Todas las paredes son estanterías de libros sin encuadernar. Si alguno véis con pasta, pergamino ó tafilete, es un regalo. Castelar no encuaderna los libros. Entre uno y otro departamento de obras

de todos los conocimientos, escritos en los idiomas de todas las naciones del planeta, hay legajos, hay manuscritos, hay papeles, papeles y papeles. No tenéis que mirarlos para conocerlos. Son pedazos de libros, hojas de libros, capítulos de libros, cuartillas, folletos, apuntes, libros hechos, libros á medio escribir, libros comenzados, libros únicamente. Ni una estampa, ni un plano, ni un grabado, ni una pintura. Cosa escrita ó cosa impresa. Nada más, absolutamente nada más.

En una mesa libros amontonados; en otra periódicos, que son los libros de la información diaria; en el suelo libros á montones; sobre las sillas libros rotos; un tintero en cada rincón; plumas en todas partes; algún hierro que no sujeta los papeles; alguna escribanía que, si es de plata, no se usa y se enmohece; la estera oculta por los libros, y los libros sirviendo de pavimento y alfombra al gran tribuno.

Entre tanto Castelar, si oye ruído de alguien que entra, continúa su ocupación buscando un tomo entre aquellas confusiones, ó dando fin á un período de discurso ó de revista, como si nadie le sorprendiera, ó rompiendo las hojas de una nueva publicación, no con el cuchillo de cortar papel, que es operación lenta y de holgazanes, sino con los dedos, y después que ya dió fin á su tarea del momento, con la levita mal puesta y las manos manchadas de tinta y también el pañuelo del cuello, calados los lentes y más erguida aquella cabe-

za oratoria, completamente esférica, se adelanta al intruso, y si no le conoce le escucha, y si es su amigo, le sienta á su lado en asientos que levantan menos que las pilas de sus libros y le dedica todo el tiempo que puede, que en realidad es todo el tiempo que el conferenciante necesita.

Dan las doce y se acaban las audiencias.

Entonces se viste y lo cepillan. Castelar no sabe de qué paño se hace la ropa, ni quién la fabrica, ni cómo se trata, ni cómo se conserva. No conoce ni al sastre, ni al cepillo, ni al alcohol que conserva el pelo del estambre y quita las huellas del café azucarado. Es el desorden permanente en su vida privada.

Tiene un banquero; un amigo que le guarda lo que gana, que es lo único que posee Castelar. Le pide dinero cuando le dicen á Castelar que le hace falta, y ya no sabe mas: ni de dónde viene la moneda, ni á dónde se va, ni cuándo es necesario que vuelva para que se torne á ir. No lleva bastones porque los pierde, ni guantes porque los rompe, ni relucientes almidones porque los estruja, ni nada nuevo porque lo maltrata todo. Lo tiene, lo compra, se lo entregan, pero él lo pierde, lo desbarata, lo concluye, lo deshace. Come bien dos veces al día; come sin melindres, y prefiere á todas las comidas y á todos los frutos lo que se produce en Alicante, donde ha educado su inteligencia y su paladar en los años primeros de su vida.

Los domingos acepta los convites aristocráticos

de sus amigas tituladas. Los grandes hombres, como los hombres vulgares, prefieren los títulos hembras á los títulos varones. Y cuando se puebla el salón de convidados, Castelar se despide de ellos, porque de quien se debe despedir el que se va es precisamente de quien le importe poco la despedida.

Cree en Dios, pero sólo en Dios. Cree en las siete palabras del Calvario, pero no cree en los rayos del Sinaí. Cree en el Dios Padre, pero no en el Dios juez. Cree en la infinita misericordia. Y lo que sabe de Dios es que existe y que todo se lo perdonará... Y no quiere saber otra cosa.

Su arte para su crítica es la literatura, para su oratoria la pintura, para su corazón la música.

En España su poeta es Campoamor y Alarcón su prosista.

Victor Hugo su admiración.

En los museos, Rafael es su ideal. No el color de bronce, no los paisajes oscuros y tostados del apóstol del renacimiento, no aquellos prodigios de fuerza y de vigor en el Pasmo de Sicilia, sino la línea correctísima el perfil de la belleza griega filtrado por el sentimiento cristiano, las diosas hechas madres por los flamencos, hechas vírgenes por los sevillanos, hechas diosas fuera del paganismo por el autor de las Sibilas, por el que dió vida inmortal á las madres de las ideas.

En la música oye el arpegio porque lo siente. Bellini y Donizetti, después Rossini. Lo demás es ruído.

En filosofía es el mismo Hegel mejorado, perfeccionado, idealizado verdaderamente.

Sus pasiones son las pasiones grandes. Quizá la soberbia, probablemente el orgullo, tal vez la vanidad suprema, Pero la envidia jamás. A pesar de sus enemistades con Cánovas, le considera tan estadista como él y le reconoce la mayor inteligencia de su tiempo. A pesar de su enemiga mortal con Salmerón, en cuanto á la política se refiere, le reconoce una elocuencia portentosa. Defiende á Sagasta como orador contra todos los detractores del tribuno progresista. Quiere á Moret como á un discípulo y á Francisco Silvela como se quiere á una persona cuando se tiene por ella una grandísima debilidad.

Martos es su amigo, su adoración, su éxtasis. Hay momentos en que no sabe quién habla mejor, si es él ó es Martos.

No lo puede querer más.

Ama también á su partido con amor paternal, porque juzga á todas las muchedumbres menores de veinticinco años. Y no le pidáis que declare emancipados de su atoridad á todos los que le siguen, porque no los declarará en su vida.

¿Le amenazáis con que le pueden abandonar un día y dejarle solo?

¡Pues solo Castelar con su palabra, su autoridad y su patriotismo, seguiría propagando sólo su política... con la mayor tranquilidad del mundo!

***

He concluído estos artículos personalísimos.

Escribí en la primera hoja el nombre de un federal ilustre como quien levanta aquella bandera para disponerse á toda clase de atrevimientos, y acabo la serie primera de mis semblanzas á la sombra de otro nombre que por sí solo es también otra bandera, de mesura, de recato y de noble y cristiana confesión ante el recuerdo de las pasadas culpas.

Algunas de las *siluetas* fueron juzgadas cuando sueltas las publiqué como excesivamente benévolas, y esto me satisfizo porque yo deseo contribuir á crear reputaciones nuevas y no quiero zaherir ni rebajar las conquistadas, aunque no sean del todo merecidas.

Quien me dijo que era parcial de injusticia con mis amigos y se lo estimé, pues las verdades amargas á los amigos se deben antes que á nadie. Quien que todavía no se borraron de mi memoria las impresiones recibidas cuando en el partido conservador militaba, y aun hube de contestar que jamás se borrarían, porque al fin y al cabo también el soldado de fila se honra con la jefatura de un general que ha tenido pocos rivales en su tiempo.

No faltó quien me reconviniera y murmurase, porque á grande amigo mío, y sólo mi igual en la fecha del nacimiento, no le pusiera en más alto lugar del que aquí tiene, ignorando que yo solicito la correspondencia de mis afectos en otros semejantes, y no de mis lisonjas, porque valen poco, y porque no sé prodigarlas para ganar con ellas.

Lo que nadie me ha dicho, y nadie me lo dirá seguramente, es que yo sea ingrato en mi libro; porque los plazos de mi deber no se me han cumplido jamás, sin haberlo satisfecho antes con todo empeño de aparecer reconocido, y con todo el afán de verme libre de advertencias y recordatorios.

Y dicho esto, aguardo para obedecerlo el fallo de los que hagan el favor de juzgar y censurarme.

POST SCRIPTUM

EXCMO. SR. D. FRANCISCO RODRÍGUEZ DEL REY

Mi querido amigo: *Ya está el libro en la calle.*

Me impusiste la obligación de coleccionar estas páginas, darlas á la imprenta y después á la luz pública.

Has vencido, y ahí te remito un ejemplar.

Entretanto, si la audacia sale bien, diré que es mía, como aquel ebanista dijo del retablo que le hizo el oficial, y si saliera desdichadamente, ya repetiré en todos los tonos que tú solo fuiste quien entregó mi libro á las disputas de los hombres.

Tu afectísimo—Solsona.

Madrid Junio de 1887.

ÍNDICE

	Páginas.
Mi programa	5
Pí y Margall	7
Navarro Rodrigo	17
López Dominguez	31
Camacho	45
Montero Rios	61
Toreno	71
Santa Ana	83
Martos	101
Bosch (A)	113
Cánovas del Castillo	123
Moret	143
Romero Robledo	158
Salmerón	165
León y Castillo	175
Silvela (F)	187
Gamazo	201
Sagasta	211
Vega Armijo	223
Pidal y Mon	233
Martinez Campos	243
Azcárate	255
Alonso Martinez	267
Gullón	277
Castelar	287
Post scriptum	301

15.017